

HAMBRE

KNUT HAMSUN

Digitalizado por Róger E. Antón Fabián: rogerantonfabian@yahoo.es

Knut Hamsun (1859 – 1952)

Seudónimo de Knut Pedersen, escritor noruego nacido en Lom el 4 de agosto de 1859 en Garmo, un recóndito pueblo de montaña situado al oeste del Lago de Vaagaa, cuyas obras reflejan su individualismo y su rechazo a la civilización industrial. Ingresó en la universidad de Christiania (hoy Oslo), sin ningún tipo de formación previa, con la intención de ser periodista. Abandonó pronto sus proyectos y emigró a los Estados Unidos, donde vagabundó de un lugar a otro, a la vez que escribía. En 1888 regresó a Noruega y se dedicó por completo a la literatura. Fue uno de los principales motores del Neorromanticismo, movimiento que hizo su aparición entre los siglos XIX y XX, y se hizo célebre en toda Escandinavia con la novela *Hambre* (1890), en la cual describe los efectos psicológicos de la hambruna. A ésta siguieron otras novelas, como *Pan* (1894), *Bajo la estrella de otoño* (1906), en la que expone sus ideas sobre la vida inconsciente del alma; y *Un vagabundo toca con sordina* (1909).

Los personajes de este periodo de la trayectoria de Hamsun son seres impulsivos e irracionales que, odiando la sociedad organizada, escapan, por lo general, a lugares apartados, con el fin de eludir responsabilidades. En otras novelas posteriores, Hamsun revela sus preocupaciones sociales. Así, por ejemplo, en *En el país de los cuentos* (1913) y *Bendición de la tierra* (1917), considerada como la más importante del autor, en la que hace una encendida defensa del ideal del noble campesino y denuncia la decadencia capitalista.

Recibió el premio Nobel de Literatura por su obra en el año 1920. En sus últimas novelas, como *Vagabundos* (1927), retomó el tema del individuo errante y falto de raíces de la sociedad contemporánea. Cuando las tropas alemanas invadieron Noruega en 1940, defendió la ocupación proclamada que así se volvería a la grandeza de la época vikinga y se adhirió al colaboracionista por excelencia noruego Quisling, que sería ejecutado en 1946. El también fue acusado pero le fueron retirados los cargos por consideración a su edad.

Falleció, la noche del 19 de febrero de 1952 en su hogar: su granja Nørholm, cerca de Grimstad, cerca de Grimstad. Su obra ejerció una gran influencia sobre autores europeos de la talla de un Thomas Mann, Máximo Gorky e Isaac Baushevis Singer.

PRIMERA PARTE

Era el tiempo en que yo vagaba, con el estómago vacío, por Cristianía, esa ciudad singular que nadie puede abandonar sin llevarse impresa su huella...

Estoy acostado en mi buhardilla, no duermo; oigo sonar las seis en un reloj vecino. Hay mucha claridad y la gente comienza a moverse por la escalera. La pared de mi habitación, correspondiente a la puerta, está empapelada con números viejos del *Morgenbladet*. Puedo ver en ellos distintamente un «aviso» del director de *Faros*, y un poco a la izquierda, grande y ancho, un anuncio de pan fresco, de Fabian Olsen, panadero.

Abrí por completo los ojos y, siguiendo una inveterada costumbre, me di a pensar si tenía algún motivo de alegría. Ante los apuros de los últimos tiempos, todos mis efectos habían tomado, uno tras otro, el camino de la casa de empeños. Abatido y nervioso, dos o tres veces tuve que guardar cama durante todo el día, a causa de los vahídos que me daban. De vez en vez, cuando la suerte me sonreía, llegaba a cobrar hasta cinco coronas por un artículo en algún periódico.

Avanzaba el día y yo seguía leyendo los anuncios que estaban junto a la puerta; llegaba a distinguir los finos tipos de letra: *Mortajas, en casa de la señorita Andersen, a la derecha de la puerta cochera*. Oí dar las ocho en el reloj de abajo antes de levantarme para vestirme.

Abrí la ventana y miré. Desde donde estaba veíase una cuerda para tender ropa y un terreno inculto; al final del fuego de una fragua, quedaba un hogar apagado que algunos obreros se disponían a limpiar. Me acodé en la ventana y examiné el cielo. Sin duda se presentaba un día hermoso. Había llegado el otoño, la estación delicada y fresca en la que todas las cosas cambian de color y pasan de la vida a la muerte. En las calles había comenzado ya el ajetreo y el ruido me invitaba a salir. La vacía habitación, cuyo piso ondulaba a cada paso mío, parecía un lúgubre fêretro desajustado. La puerta carecía de cerradura segura, y la habitación, de estufa; solía acostarme por la noche sobre mis calcetines para encontrarlos un poco secos al día siguiente. El único objeto con que podía distraerme era una pequeña butaca roja, de báscula, en la que me sentaba por la tarde para soñar en muchas cosas. Cuando el viento era fuerte y las puertas de abajo estaban abiertas, se oía toda clase de extraños silbidos a través del piso y de las paredes. Y allí, cerca de mi puerta, grandes rasgones, tan anchos como una mano, se abrían en el *Morgenbladet*.

Me incorporé, fui al rincón de la cama a inspeccionar un paquete, en busca de algún alimento para desayunarme; pero no encontré nada y volví a la ventana.

«¡Dios sabe -pensé- si todo esto me servirá para buscar una colocación!» Estas múltiples repulsas, estas vagas promesas, estos «no» secos, estas esperanzas tan pronto nacidas como desvanecidas, estas nuevas tentativas que a cada instante se convertían en nada, habían consumido mi animosidad. últimamente había solicitado una plaza de auxiliar de caja, pero llegué tarde; por otra parte, no podía prestar la fianza de cincuenta coronas. Siempre encontraba algún obstáculo. También me había presentado en el cuerpo de bomberos. Estábamos en el patio unos cincuenta hombres, sacando el pecho para dar una impresión de fuerza y de gran intrepidez. Un inspector examinaba a los pretendientes, les tentaba los brazos y les hacía

preguntas. Pasó ante mí completamente erguido y se contentó con decirme, moviendo la cabeza, que quedaba rechazado a causa de mis gafas. Me presenté por segunda vez, sin gafas, tenía los párpados fruncidos, los ojos agudos como cuchillos, y nuevamente pasó el hombre completamente erguido ante mí, sonriendo..., debió reconocerme. Lo peor de todo era que mi traje estaba tan deteriorado que ya no podía presentarme en ningún sitio en forma conveniente.

¡Con qué regularidad, con qué movimiento uniforme, había bajado la pendiente! Me hallaba privado absolutamente de todo, ni siquiera me quedaba un peine, ni un libro que leer cuando la vida se me hacía triste. Durante todo el verano rodé por los cementerios o por el Parque del Castillo, o me sentaba y hacía artículos para los periódicos, cuartilla tras cuartilla, sobre las cosas más diversas: invenciones extrañas, caprichos, fantasías de mi agitado cerebro. En mi desesperación elegía a menudo los temas más inactuales, que me costaban largas horas de esfuerzo y que nunca se aceptaban. Al terminar uno de ellos, preparaba otro y rara vez me dejaba descorazonar por el «no» de un redactor jefe; yo me repetía sin cesar que algún día triunfaría. Y, en efecto, cuando estaba inspirado y cuidaba mi artículo, llegaba a veces a cobrar cinco coronas por el trabajo de una tarde.

Nuevamente me incorporé, abandoné la ventana, fui a la silla que me servía de lavabo y humedecí con un poco de agua las relucientes rodilleras de mi pantalón para ennegrecerlas y darles aspecto más nuevo. Hecho esto, metí, como de costumbre, cuartillas y un lapicero en mi bolsillo y salí. Me deslicé silenciosamente hasta el pie de la escalera para no llamar la atención de mi patrona; hacía varios días que debía haberle pagado y no me quedaba nada con qué saldarla.

Eran las nueve. El ruido de los coches y de las voces llenaba el ambiente; inmenso coro matinal en el que se fundían los pasos de los peatones y los chasquidos de las fustas de los cocheros. El turbulento tráfico que reinaba en todas partes me devolvió bien pronto la energía y empecé a sentirme cada vez más contento. Nada estaba más lejos de mi idea que un simple paseo en la fresca mañana. ¿Qué les importaba el aire a mis pulmones? Era fuerte como un gigante y hubiera podido detener un coche con un hombro. Se había apoderado de mí un sentimiento suave y extraño: el sentimiento de aquella alegre indiferencia. Observaba las gentes que se cruzaban conmigo o que yo dejaba atrás, y marchaba, leyendo los carteles que había en las paredes, recogiendo la impresión de que me lanzaban una mirada desde un tranvía en marcha, dejándome impresionar por cosas nimias, por las más pequeñas contingencias que encontraba en mi camino y desaparecían.

¡Si tuviera algo que comer en día tan hermoso! Me subyugaba la impresión de la alegre mañana; era incapaz de refrenar mi alegría y estaba tan contento que me puse a canturrear sin ningún motivo. Ante una carnicería estaba parada una mujer con la cesta al brazo, pensando en las salchichas para su almuerzo; al pasar junto a ella me miró. No tenía más que un diente en la parte superior. Nervioso y fácilmente impresionable como yo estaba en aquellos últimos días, el rostro de la mujer me produjo una repentina sensación de desagrado. Su gran diente amarillo parecía un pequeño dedo que salía de la mandíbula, y sus ojos estaban todavía llenos de salchichas cuando los dirigió hacia mí. De repente perdí el apetito y se me levantó el estómago. Al llegar al Mercado de la Carne, me dirigí a la fuente y bebí un poco de agua; levanté la vista... Eran las diez en el reloj de El Salvador. Seguí callejeando sin inquietarme por nada; me paré sin necesidad en una esquina, cambié de dirección y entré en una calle lateral en la que nada tenía que hacer. Dejaba pasar el tiempo, vagando en la alegre mañana, entreteniéndome mi apatía aquí y allá, entre los demás dichosos mortales. La atmósfera estaba transparente y en mi alma no había ninguna sombra.

Desde hacía diez minutos iba delante de mí un anciano cojo. Llevaba un paquete en una mano y andaba moviendo todo el cuerpo, trabajando con todas sus fuerzas para ir de prisa. Le oía jadear de fatiga y se me ocurrió que yo podía llevarle el paquete; a pesar de ello, no intenté alcanzarle. En lo alto de la calle Graensen encontré a Hans Pauli, que me saludó y pasó de prisa. ¿Por qué iba tan apresurado? Yo no tenía la menor intención de pedirle una corona; incluso quería, cuanto antes, enviarle una colcha que le había pedido semanas antes. Tan pronto saliera de apuros no quería deber a nadie ni una colcha. Quizá comenzara hoy un artículo acerca de «Los crímenes del porvenir» o «El libre arbitrio» o no importa qué; algo interesante que me produjera diez coronas por lo menos... Y al pensar en el artículo, me sentí de repente invadido por una imperiosa necesidad de ponerme a trabajar para desahogar la plenitud de mi cerebro. Buscaría un sitio conveniente en el Parque del Castillo, y no descansaría hasta haber terminado.

Pero ante mí seguía caminando el viejo inválido haciendo los mismos movimientos renqueantes. Comenzaba a irritarme ya tener delante de mí tanto tiempo al cojo. Parecía que su caminata no había de terminar nunca. Tal vez se hubiera fijado la misma ruta que yo y tendría que tenerlo ante mis ojos durante todo el camino. En mi exasperación, me parecía que, al cruzar cada calle, disminuía la marcha un poco, como si quisiera ver qué dirección tomaba yo. Después volvía a balancear en el aire su paquete y reunía todas sus fuerzas para avanzar. Cuanto más andaba y más miraba aquella obsesión de hombre, más irritado me sentía contra él. Experimentaba la sensación de que poco a poco me quitaba mi buen humor, y al propio tiempo arrastraba consigo, en su fealdad, la pura y hermosa mañana. Tenía el aspecto de un gran insecto cojo que quería hacerse a la fuerza un sitio en el mundo y conservar toda la calle para él solo. Al llegar ambos al final de la cuesta, me detuve; no quería dejarme conducir por más tiempo. Me volví hacia el escaparate de una tienda y me paré, dejando que el hombre siguiera su camino. Cuando me dispuse a marchar, al cabo de unos minutos, me lo encontré delante; también se había detenido. Sin reflexionar, avancé tres o cuatro pasos, enfurecido, alcancé al hombre y le toqué en su hombro. Se estuvo quieto. Nos contemplamos mutuamente.

-¡Una limosna para comprar leche! -dijo por fin inclinando la cabeza a un lado.

-¡Vaya, bueno; está bien!

Me hurgué los bolsillos y dije:

-Para comprar leche, bueno. ¡Jem...! El dinero es raro en los tiempos que corren... y no sé hasta qué punto tiene usted verdadera necesidad.

-No he comido desde ayer que lo hice en Drammen -dijo el hombre-. No tengo un cuarto y todavía no he encontrado trabajo.

-¿Es usted obrero?

-Soy guarnecedor de calzado. -¿Qué

-Guarnecedor de calzado. Pero también sé hacer zapatos.

-Eso cambia la cuestión -dije-. Espéreme aquí unos minutos, voy a buscar dinero para usted, algunos öre¹.

Apresuradamente bajé la calle de los Saules, en donde conocía a un prestamista, en un primer piso; pero nunca había estado en su casa. Al entrar por la puerta cochera, me quité rápidamente el chaleco, lo enrollé y me lo puse bajo el brazo; subí la escalera y llamé en la tienda. Me incliné y arrojé el chaleco sobre el mostrador.

¹ öre: moneda de cobre que vale la centésima parte de la corona.

-Corona y media -dijo el hombre.

-Está bien, gracias -contesté-. Si no fuera porque comienza a estarme estrecho no me hubiera desprendido de él.

Recogí las monedas y el recibo y salí. Realmente era un verdadero hallazgo aquel chaleco; todavía me quedaría dinero para un copioso almuerzo, y, antes de la tarde, mi artículo sobre «Los crímenes del porvenir» estaría terminado. Comencé a encontrar la vida más agradable y me apresuré a volver adonde estaba el hombre, para desembarazarme de él.

-¡Tome, haga el favor! -le dije-. Celebro que se haya usted dirigido a mí antes que a nadie.

Cogió el dinero y empezó a examinarme. ¿Qué miraba con sus abiertos ojos? Tuve la sensación de que concentraba toda su atención en las rodilleras de mi pantalón y me molestó la impertinencia. ¿Creía el bribón que yo estaba tan pobre como parecía por mi aspecto? ¿No había yo pensado ya comenzar a escribir un artículo de diez coronas? Además, a mí no me asustaba el porvenir y tenía mucho tiempo por delante. Entonces, ¿qué miraba el desconocido, si yo me tomaba la liberalidad de darle una pequeña cantidad en un día tan hermoso? La mirada del hombre me irritaba y resolví darle una lección antes de dejarle.

Alcé los hombros y dije:

-Buen hombre; es una fea costumbre la que tiene usted de comerse con los ojos las rodilleras de un hombre cuando le entrega una corona.

Eché la cabeza hacia atrás, contra la pared, y abrió la boca. Su mente trabajaba detrás de su frente miserable; pensó, sin duda, que quería ultrajarle de un modo o de otro, y me tendió el dinero.

Golpeé el suelo con el pie y juré que se lo guardara. ¿Se figuraba que para eso me había tomado tanto trabajo? Bien pensado, quizá le debiera yo esta corona; tenía como un recuerdo de aquella vieja deuda; allí donde me veía, era yo hombre íntegro, honrado a carta cabal. En una palabra, el dinero era suyo... ¡Oh! No tenía por qué darme las gracias, era una dicha para mí. Adiós.

Me marché. Por fin, desembarazado de aquel perseguidor inválido, podía recobrar la calma. Volví a bajar la calle de los Saules y me detuve ante una tienda de comestibles. El escaparate estaba lleno de alimentos y entré a comprar cualquier cosa, que comería en el camino.

-¡Un trozo de queso y un panecillo! -dije echando la media corona sobre el mostrador.

-¿Queso y pan por toda esa cantidad? -preguntó irónicamente la mujer, sin mirarme.

-Por los cincuenta óre -contesté impasible. Recogí mis compras, saludé a la gruesa tendera con extremada cortesía y, a buena marcha, gané el Parque de la Rampa del Castillo. Busqué un banco donde estar solo y me puse a comer glotonamente mis provisiones.

Esto me sentó bien; hacía mucho tiempo que no comía tan opíparamente y poco a poco me sentí invadido por esa tranquilidad satisfecha que se experimenta después de una gran crisis de llanto. Me sentía muy audaz. Ya no me bastaba escribir un artículo sobre un asunto tan sencillo y trivial como «Los crímenes del porvenir». Eso estaba al alcance de cualquiera: no había más que inventar o, en todo caso, leer la historia. Me creía capaz de los mayores esfuerzos; estaba dispuesto a vencer dificultades y me decidí por un trabajo en tres partes acerca de «El conocimiento filosófico». Naturalmente, en él encontraría ocasión de refutar algunos de los sofismas de Kant...

Cuando fui a sacar lo que necesitaba para escribir, descubrí que no tenía lapicero; lo había dejado olvidado en la tienda del prestamista; mi lápiz se había quedado en el bolsillo del chaleco.

¡Dios mío! ¡Parecía que todo se confabulaba contra mí! Proferí algunos juramentos, me levanté de mi banco y empecé a andar por los paseos. Por todas partes había gran tranquilidad; en la parte baja, hacia el pabellón de la Reina, algunas niñeras empujaban sus cochecitos; fuera de ellas, no se veían más personas por ninguna parte. Estaba terriblemente irritado y paseaba rabiosamente ante mi banco. ¿No se volvía todo contra mí? ¡Todo! ¡Un artículo en tres partes, iba a fracasar por un simple motivo de no tener en mi bolsillo un trozo de lápiz de diez óre! ¿Y si volviera a la calle de los Saules a reclamar mi lapicero? Todavía me quedaría tiempo para escribir una gran parte, antes de que el parque se llenara de paseantes. Y luego, ¡tantas cosas dependían de este «Tratado del conocimiento filosófico»! Quizá la felicidad de muchos hombres, ¿quién sabe? Me decía a mí mismo que tal vez sería un gran auxilio para muchos jóvenes. Reflexionándolo bien, decidí no atacar a Kant; podía evitarlo muy bien; bastaba con desviarme hábilmente, al llegar a la cuestión del Tiempo y del Espacio; pero a Renan, de ese viejo cura de Renan, no respondía... En fin de cuentas, se trataba de escribir un artículo de tantas y tantas columnas. Las deudas de hospedaje, las largas miradas de mi patrona cuando la encontraba por la mañana en la escalera, me atormentaban todo el día y me amargaban los momentos felices en que, aparte éste, no tenía ningún pensamiento sombrío. Había que acabar. Salí apresuradamente del parque y me dirigí a casa del prestamista, en busca del lápiz.

Al bajar la Rampa del Castillo, alcancé a dos señoras y las dejé atrás. Pero al pasar rocé la manga del vestido de una de ellas, y me volví a mirarla. Tenía el rostro lleno, un poco pálido. De súbito, enrojeció y se puso extrañamente bella. No sé a qué se debería su rubor; quizá a alguna palabra oída al pasar, tal vez a un silencioso pensamiento. ¿O era porque yo había tocado su brazo? Su alto seno se agitó violentamente; su mano se crispó sobre el mango de la sombrilla. ¿Qué le sucedía?

Me detuve, dejando que pasaran delante, incapaz por el momento de ir más lejos; tan extraño me parecía aquello. Estaba de un humor irritable, descontento de mí mismo a causa de la aventura del lapicero y excesivamente excitado por el atracón que me había dado. De repente, obedeciendo a un fantástico impulso, mi pensamiento tomó una singular dirección. Me asaltó el extraño deseo de atemorizar a la dama, de seguirla y de contrariarla de uno u otro modo. Le di alcance, pasé a su lado, me volví rápidamente y, poniéndome delante de ella, la miré de hito en hito. Sin apartar la vista de sus ojos, le espeté un nombre jamás oído, un nombre de una consonancia fluida y nerviosa: Ylajali. Cuando estuvo bastante cerca de mí, me erguí en toda mi estatura y le dije en tono atropellado:

-Se le cae el libro, señorita.

Oí los golpes de mi corazón en el pecho, al pronunciar estas palabras.

-¿Mi libro? -preguntó a su compañera. Y continuó su marcha.

Mi creciente perversidad me hizo seguir a la dama. Instantáneamente tuve la conciencia de cometer una tontería, sin poder impedirla. Mi turbación era tal, que escapaba a mi vigilancia; me inspiraba las más locas sugerencias y yo las obedecía inmediatamente. Tuve a bien decirme que me conducía como un idiota, pero de nada me sirvió. Hice las más absurdas muecas detrás de ella, y tos; furiosamente varias veces al adelantarme. Caminaba despacio ante ella, a la distancia de algunos pasos. Sentía su vista en mi espalda, y, sin poderlo remediar, me encogía la vergüenza de haberla atormentado. Poco a poco me invadió una impresión singular, la impresión de estar

muy lejos, en otro lugar distante, y tenía la sensación mal definida de que no era yo quien andaba allí sobre las piedras de la acera, con la espalda encorvada.

Algunos minutos después, la dama llegó a la librería de Pascha. Yo estaba ya parado ante el primer escaparate, y cuando pasó cerca de mí, me adelanté y repetí: -Pierde usted su libro, señorita.

-Pero ¿qué libro? -dijo con voz angustiada-. ¿Sabes de qué libro habla?

Se paró. Me deleitaba cruelmente su turbación; la perplejidad que leía en sus ojos me entusiasmaba. Su pensamiento era incapaz de concebir aquel apóstrofe insensato. No llevaba ningún libro, ni huellas de él, ni la menor hoja de un libro. Sin embargo, buscó en sus bolsillos; abrió sus manos y las miró. Se volvió a mirar atrás; sometió su frágil cerebro al máximo esfuerzo para saber de qué libro le hablaba. Su rostro cambió de color, se le demudó el semblante y oí su respiración angustiada; hasta los botones de su vestido parecían mirarme como una hilera de ojos aterrorizados.

-No le hagas caso -dijo su compañera, tirándola del brazo-. Seguramente ha bebido demasiado; ¿no ves que está borracho?

Por alterado que yo estuviese en aquel momento, víctima como era de influencias invisibles, me daba cuenta de todo lo que ocurría a mi alrededor. Un gran perro oscuro atravesó corriendo la calle, por las cercanías de la plaza de Lund, y bajó hacia el Tívoli; llevaba un estrecho collar de metal blanco. Calle arriba se abrió una ventana en el primer piso, se asomó una criada con los brazos arremangados y se puso a limpiar los cristales por la parte exterior. Nada escapaba a mi atención; conservaba toda mi lucidez y presencia de ánimo; un tropel de cosas se me presentaban con una brillantez deslumbrante, como si de pronto se hubiera hecho una intensa claridad en derredor mío. Las dos señoras que estaban ante mí tenían un ala de pájaro azul en el sombrero, y una cinta de seda escocesa les rodeaba el cuello. Se me ocurrió que eran hermanas.

Se desviaron, deteniéndose a hablar ante el almacén de música de Cisler. Cuando yo me paré también junto a ellas, volvieron sobre sus pasos, rehaciendo el camino, pasaron otra vez cerca de mí, volvieron la esquina de la calle de la Universidad y subieron hasta la plaza de San Olaf. Yo las seguía, pisándoles los talones, tan cerca como podía. Una vez volvieron la cabeza y me lanzaron una mirada entre curiosa y asustada. No vi en sus ojos ninguna indignación, ni un frunce en sus cejas. Esta paciencia ante mi importunidad me llenó de vergüenza y me hizo bajar los ojos. Ya no quería contrariarlas; quería únicamente, por pura gratitud, seguir las con la mirada, no perderlas de vista hasta el instante en que entraran en cualquier sitio y desaparecieran.

Ante la casa número dos, un gran edificio de tres pisos, se volvieron una vez más y entraron. Me apoyé en un farol cerca de la fuente y escuché. El ruido de sus pasos en la escalera se extinguió en el primer piso. Me separé del farol y miré la casa. Sucedió entonces algo singular. Unos visillos se agitaron, un instante después se abrió una ventana, asomó una cabeza y la extraña mirada de unos ojos se posó en mí. «Ylajali», dije a media voz sintiéndome enrojecer. ¿Por qué no pide auxilio? ¿Por qué no arroja un tiesto para romperme la cabeza? ¿Por qué no manda a alguien que me eche? Permanecemos mirándonos a los ojos sin hacer un movimiento; esto dura un minuto; los pensamientos se cruzan entre la ventana y la calle sin que sea pronunciada una palabra. Se aparta y esto me produce una sacudida, un pequeño choque en el alma. Veo girar un hombro, desaparecer una espalda en la habitación. Esta marcha lenta al separarse de la ventana, la acentuación de este movimiento del hombro, se hubiera dicho que eran señas dirigidas a mí. Mi sangre percibe este delicado saludo y de repente me siento maravillosamente alegre. Por fin, doy media vuelta y me voy calle abajo.

No osé mirar atrás ni supe si ella volvió a la ventana. A medida que profundizaba en esta cuestión, aumentaba mi inquietud y mi nerviosismo. Probablemente seguía observando con atención todos mis movimientos y era absolutamente insoportable sentirse espiado así, por detrás. Me erguí lo mejor que pude y proseguí mi camino. Comencé a sentir que mis piernas se estremecían, y mi andar llegó a ser inseguro por la fuerza de voluntad que había de hacer para mantenerlo airoso. Con objeto de parecer tranquilo e indiferente, balanceaba los brazos de un modo absurdo, escupía y levantaba la cabeza; pero nada conseguía. Sentía constantemente en mi nuca los ojos perseguidores, y frecuentes escalofríos recorrían mi cuerpo. Por fin busqué refugio en una calle lateral desde la que me dirigí a la de los Saules para recoger mi lapicero.

No hubo ningún inconveniente para devolvérmelo. El hombre me trajo el chaleco y me rogó que examinara todos los bolsillos. Encontré en ellos algunas papeletas de empeño que me guardé y di las gracias al buen hombre por su, amabilidad. Me sentía cada vez más atraído hacia él y de repente me pareció muy importante causarle una buena opinión de mí. Di un paso hacia la puerta y volví al mostrador como si hubiera olvidado alguna cosa. Creí deberle una explicación, una aclaración, y me puse a tararear para llamar su atención. Luego cogí el lapicero y lo levanté.

-No se me habría ocurrido nunca recorrer este largo camino por un lapicero cualquiera -dije-; pero tratándose de éste, es otra cosa, hay una razón especial. Por insignificante que parezca, este trozo de lápiz es, sencillamente, el que me ha hecho lo que soy en el mundo; el que, por así decirlo, me ha situado en la vida...

No dije más. El hombre se acercó al mostrador. -¡Ah, ah! -dijo, y me miró con curiosidad. -Con este lapicero -proseguí fríamente- he escrito mi «Tratado del conocimiento filosófico» en tres volúmenes. ¿No ha oído hablar de él?

El hombre creía haber oído el nombre, el título.

-Sí -dije-, era mío ese libro. No hay, pues por qué asombrarse de que tuviera interés en encontrar este trocito de lápiz. Tiene un gran valor para mis ojos; es para mí como un pequeño ser humano. Por esta razón estoy verdaderamente reconocido a sus buenos servicios y lo conservaré siempre... Sí, sí, realmente, lo guardaré siempre... Una promesa es una promesa. Así soy yo. Y él lo merece. Adiós.

Al salir, tenía yo, sin duda, el aspecto de un hombre en situación de conceder un alto empleo. El respetable usurero se inclinó ante mí por dos veces mientras salía. Me volví una vez y le dije adiós.

En la escalera encontré a una mujer que llevaba una maleta en la mano. Ante mi altiva actitud se hizo a un lado temerosamente para dejarme paso. Maquinalmente hurgué en mis bolsillos para darle algo. Como no encontré nada, me llené de confusión y pasé ante ella con la cabeza baja. Poco después la oí llamar también a la puerta del establecimiento. Había en la puerta una rejilla de alambre y reconocí también el ruido que hacía al contacto con los dedos humanos.

El sol estaba en toda su altura, era cerca de mediodía. La ciudad comenzaba a ponerse en movimiento. Se acercaba la hora del paseo y el tropel de gentes, sonriendo y saludando, ondulaba en la calle de Karl Johan. Pegué los brazos al cuerpo, me achiqué todo lo posible y pasé inadvertido junto a algunos conocidos que se habían amparado en una esquina, cerca de la Universidad, para mirar a los paseantes. Subí la Rampa del Castillo y me sumí en meditaciones.

Estas gentes que encontraba, ¡cómo balanceaban ligera y alegremente sus cabezas rubias y pirueteaban en la vida como en un salón de baile! Ninguna zozobra en los ojos que yo

veía, ninguna carga sobre los hombros, quizá ningún pensamiento nebuloso, ninguna pena secreta en ninguna de aquellas almas dichosas. Y yo caminaba al lado de aquellas gentes, joven, recién nacido, pero olvidado ya de la imagen de la felicidad. Me hundí en este pensamiento y me consideré víctima de una cruel injusticia. ¿Por qué aquellos últimos meses me habían maltratado tan rudamente? Ya no reconocía mi carácter dichoso; en todas partes era objeto de los más singulares tormentos. No podía sentarme solo en un banco, ni poner un pie en parte alguna sin ser asaltado por pequeñas contingencias insignificantes, pequeñeces miserables que se situaban entre las imágenes de mi espíritu y dispersaban mis fuerzas a todos los vientos. Un perro que me rozaba, una rosa en el ojal de la americana de un señor, podían poner en fuga mis pensamientos y absorberlos durante mucho tiempo. ¿Cuál era mi enfermedad? ¿Era que el dedo de Dios me había señalado? Pero ¿por qué a mí precisamente? ¿Por qué no había elegido, puesto que también está allí, a un hombre de América del Sur? Cuanto más pensaba en ello, más inconcebible me parecía que la gracia divina me hubiera escogido precisamente como conejo de Indias para sus experimentos. Era un modo de obrar bastante singular, el de saltar por encima de todo un mundo para escogerme a mí, cuando tenía tan a mano un librero-anticuario, Pascha, y un comisionista marítimo, Hennechen.

Caminaba, examinando el asunto, sin poder hallarle una solución. Se me ocurrían las más fuertes objeciones contra la arbitrariedad del Señor, que me hacía expiar la falta de todos. Aun después de encontrar un banco y haberme sentado, la cuestión me seguía preocupando y me impedía pensar en otra cosa. Desde aquel día de mayo en que habían empezado mis tribulaciones, podía comprobar una debilidad que se acentuaba lentamente; había llegado a estar demasiado cansado para conducirme y dirigirme a donde yo quería; en lo más íntimo de mí ser había penetrado un enjambre de pequeños bichos dañinos y lo habían vaciado. La resolución decretada por Dios, ¿era la de destruirme por completo? Me levanté y comencé a dar paseos ante el banco.

En ese momento, todo mi ser llegaba al paroxismo del sufrimiento. Tenía incluso doloridos los brazos, y casi no podía tolerarlos en una posición normal. Mi última comida, demasiado copiosa, me había producido un gran malestar; tenía el estómago sobrecargado, la cabeza me ardía y paseaba sin levantar los ojos. La gente que iba y venía se deslizaba ante mí como lucecitas. Por último, mi banco fue invadido por algunos señores que encendieron sus cigarros y comenzaron a charlar en voz alta. Me encolericé y estuve a punto de interpelarles, pero di media vuelta y me fui al otro extremo del parque, en donde encontré otro banco. Me senté.

La idea de Dios me preocupó nuevamente. Encontraba absolutamente injustificable de su parte que se me interpusiera cada vez que yo buscaba un empleo; y, para echarlo todo a perder, cuando pedía simplemente mi pan cotidiano. Había observado claramente que, cuando ayunaba, durante un período bastante largo, mi cerebro parecía desprenderse dulcemente de mi cabeza y lanzarse al vacío. Mi cabeza se aligeraba y, como si no existiera, no sentía su peso sobre mis hombros; y cuando yo miraba a alguien me parecía que mis ojos estaban fijos y desmesuradamente abiertos.

Sentado en el banco, sumido en estas reflexiones, acudieron a mi memoria trozos de mi catecismo, el estilo de la Biblia cantó en mis oídos y me hablé muy dulcemente a mí mismo, inclinando a un lado la cabeza sarcásticamente. ¿Para qué preocuparse de lo que comería, de lo que bebería, de lo que introduciría en la miserable caja de gusanos, que se llamaba mi cuerpo terrestre? ¿No me había tomado mi padre celestial a su cuidado como a los pajarillos del cielo, no me había hecho la gracia de señalarme como a su humilde servidor? Dios había metido su dedo en la red de mis nervios, y discretamente, al pasar, había embrollado un poco los hilos. Dios

había retirado su dedo y en él habían quedado fibras y finas raicillas arrancadas a los hilos de mis nervios. Y en el sitio tocado por su dedo, que era el dedo de Dios, había un agujero abierto; y en mi cerebro, una herida hecha por el paso de su dedo. Pero después que Dios me tocó con el dedo de su mano me dejó tranquilo y no volvió a tocarme, ni permitió que me sucediera ningún mal. Me dejó ir en paz; pero me dejó ir con el agujero abierto. Y ningún mal me ocurrió por la voluntad de Dios que es el Señor de toda Eternidad...

El viento me traía acordes musicales de la plaza de los Estudiantes; eran, pues, más de las diez. Saqué mis papeles para intentar escribir alguna cosa y dejé caer del bolsillo mi abono del peluquero. Lo abrí y conté las hojas; quedaban siete bonos. «¡Dios sea loado!», dije. ¡Todavía podía afeitarme durante algunas semanas y tener aspecto presentable! Súbitamente, me sentí del mejor humor, ante esta pequeña propiedad que todavía me quedaba; doblé cuidadosamente los bonos y guardé el carnet en mi bolsillo.

Pero me era imposible escribir. Después de algunas líneas, ya no se me ocurría ninguna idea; mis pensamientos estaban en otra parte y yo era incapaz de intentar un esfuerzo determinado. Todo influía en mí y me distraía; todo lo que veía me producía una impresión nueva. Moscas y mosquitos se posaban en el papel y me descomponían; soplaban sobre ellos para echarlos, soplaban cada vez más fuerte, pero sin éxito. Los pequeños bichos se apoyan en su trasero, se hacen pesados y resisten, en un esfuerzo que dobla sus patas delgadas. No hay medio de hacer que se muevan. Encuentran un sitio donde asirse, hincan sus patas en un punto o en una aspereza del papel y quedan inmóviles, firmes, todo el tiempo que les parece.

Los pequeños monstruos me tuvieron ocupado un buen rato. Crucé las piernas y me dediqué a observarlos. De pronto, y procedentes de la plaza de los Estudiantes, hirieron mi oído varias notas agudas del clarinete que dieron un nuevo impulso a mi pensamiento. Descorazonado por no poder llegar al final de mi artículo, volví los papeles a mi bolsillo y me recosté en el respaldo del banco. En aquel instante sentía tan despejada mi cabeza que podía pensar los más sutiles pensamientos sin experimentar fatiga. Extendido en aquella posición, dejó correr mi vista a lo largo de mi pecho y de mis piernas y noto el movimiento de mi pie a cada influjo de la sangre. Me incorporo y miro a mis pies. Experimento entonces una sensación extraña y fantástica que hasta entonces no había notado. Era, a lo largo de mis nervios, una sacudida ligera, maravillosa, como si los hubieran recorrido ondas luminosas. Al dirigir la vista a mis zapatos me parece encontrar un buen amigo o una parte separada de mí mismo. Es como un reconocimiento. Esta sensación hace vibrar mis sentidos, las lágrimas acuden a mis ojos y percibo mis zapatos como el ligero murmullo de una música que sube hacia mí. «¡Debilidad!», me dije rudamente a mí mismo. Cerré los puños al decir «¡Debilidad!». Me burlaba de mí mismo por estos sentimientos ridículos, me mofaba con una perfecta lucidez. Me hablaba razonablemente, con gran severidad, y cerraba violentamente los ojos para evitar las lágrimas. Como si nunca hubiera visto mis zapatos, me puse a estudiar su aspecto, su mímica cuando movía el pie, su forma y sus cañas usadas, y descubría que sus arrugas y sus costuras descoloridas les daban una expresión, les comunicaban una fisonomía. Algo de mí ser había pasado a mis zapatos y me hacían el efecto de un hálito que se elevaba hacia mí yo, de una parte de mí mismo que respiraba...

Disparaté acerca de estas sensaciones durante un gran rato, quizá durante una hora entera. Un viejecito vino a ocupar el otro extremo de mi banco; al sentarse, respiró profundamente, fatigado de su marcha, y dijo:

-Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. ¡Ah, sí!

Su voz fue como un viento que despejara el interior de mi cabeza. ¡Los zapatos no eran más que zapatos! Me parece ya que el estado de extravío que acabo de vivir pertenece a una época muy lejana, quizá a uno o dos años antes, y que está a punto de borrarse de mi memoria. Me puse a mirar al viejo.

¿En qué podía interesarme aquel hombrecillo? En nada. ¡En absoluto! Como no fuese que tenía en la mano un periódico -un número atrasado, con la página de anuncios al exterior- en el que parecía traer envuelta alguna cosa. Mi curiosidad se despertó y no podía separar los ojos del periódico. Se me ocurrió la insensata idea de que podía ser un periódico singular, único en su género. Crecía mi curiosidad y comencé a levantarme. Podían ser documentos, piezas peligrosas robadas en los archivos y se me ocurrió el pensamiento de un tratado secreto, de una conspiración.

El hombre estaba tranquilamente sentado y dormitaba. ¿Por qué no llevaba su periódico como cualquier otro individuo lo lleva, con el título hacia fuera? ¿Qué significaba tanta astucia? Parecía que no estaba dispuesto a dejar su paquete por nada del mundo y quizá ni aun osaba confiarlo a su propio bolsillo. Hubiera puesto la mano en el fuego a que el paquete ocultaba algo.

Miré al vacío. La imposibilidad de penetrar este misterio me enloquecía de curiosidad. Busqué en mis bolsillos algo que ofrecer al hombre para entablar conversación y encontré mi carnet de la peluquería, pero lo volví a guardar. Súbitamente se me ocurrió un golpe de audacia, palpé mi bolsillo vacío y dije:

-¿Me permite ofrecerle un cigarrillo? -Gracias.

El hombre no fumaba, tenía que cuidar sus ojos, estaba casi ciego.

-De todos modos se lo agradezco.

-¿Hace mucho tiempo que tiene usted los ojos enfermos? Entonces, ¿no puede usted leer? ¿Ni los periódicos?

-¡Ni los periódicos, desgraciadamente!

Me miró. Cada uno de sus ojos tenía una nube que le daba un aspecto vidrioso, su mirada era blanca y ofrecía una impresión repugnante.

-¿Usted no es de aquí? -dijo.

-No... ¿No puede usted ni aun leer el título del periódico que tiene en la mano?

-Apenas...

Comprendió en seguida que yo era extranjero; había en mi acento algo que se lo indicaba. Se equivocaba poco; tenía el oído muy fino. Por la noche, cuando todo el mundo dormía, podía oír respirar a la gente en la habitación próxima... ¿Qué quería yo decir?, ¿dónde vive usted?

Instantáneamente se me ocurrió una mentira. Mentí contra mi voluntad, sin intento, sin segunda intención, y contesté:

-En la plaza de San Olaf, número dos.

-¿De veras? -El hombre conocía cada piedra de la plaza de San Olaf. Había una fuente, algunos faroles de gas, dos árboles; se acordaba de todo...

-¿En qué número vive usted?

Quise terminar y levantarme, impulsado por la idea fija del periódico. Había que aclarar aquel misterio, costase lo que costase.

Ya que no puede usted leer este periódico, porque...

-¿En el número dos ha dicho usted? -continuó el hombre sin darse cuenta de mi agitación-. Hubo un tiempo en que conocí a todos los vecinos del número dos. ¿Cómo se llama su-patrón?

Precisamente inventé un nombre para desembarazarme de él, fabriqué este nombre inmediatamente y lo lancé para contener a mi perseguidor.

-Happolati -dije.

-Happolati, sí -aprobó él sin perder una sílaba de tan difícil nombre.

Le miré con extrañeza; conservaba toda su serenidad y parecía meditar. Apenas había yo pronunciado el estúpido nombre que había acudido a mi imaginación, cuando el hombre lo reconocía y fingía haberlo oído. Entretanto, colocó su paquete en el banco y noté que toda mi curiosidad vibraba en mis nervios. Observé que el periódico tenía manchas de grasa.

-¿No es marino su patrón? -preguntó el hombre, sin que en su voz hubiera muestras de ironía-. Creo recordar que era marino.

¿Marino? Éste es J. A. Happolati, agente.

Creí que esto iba a desconcertarle, pero el hombre se prestaba a todo.

-Parece que es un hombre hábil, según me han dicho -dijo tanteando el terreno.

-¡Oh! Es un hombre muy astuto -contesté-; una gran cabeza para los negocios, agente para todas las cosas, sean las que sean; plantas para la China, plumas de aves de todas clases, pieles de Rusia, pasta de madera, tinta...

-¡Je, je! ¡Valiente pillo! -interrumpió el anciano, divertido.

La cosa empezaba a resultar interesante. Yo no era ya dueño de la situación: una tras otra, las mentiras acudían a mi mente. Volví a sentarme, había olvidado el periódico, los documentos misteriosos; me excitaba e interrumpía a mi interlocutor. La ingenuidad del hombrecillo me volvía temerario, quería abrumarle a mentiras, sin consideración, derrotarle grandiosamente.

-¿Ha oído usted hablar del salterio eléctrico que Happolati ha inventado?

-¡Cómo! ¿Eléc...?

-¡Con letras eléctricas luminosas en la oscuridad!

Una empresa sencillamente colosal. Millones de coronas en movimiento, fundiciones e imprentas en plena actividad, legiones de mecánicos ocupados, con salarios fijos: he oído hablar de setecientos hombres.

-¡Qué me dice usted! -dijo el hombre con toda dulzura.

No hubo más. Creía todo lo que yo le contaba, palabra por palabra, y no daba muestras de sorpresa. Esto me hizo dar un brinco, pues yo esperaba enloquecerle, con mis invenciones.

Todavía le conté varios embustes, sin pies ni cabeza.

-¿Le hice saber que Happolati había sido ministro en Persia? -pregunté-. Es bastante más que ser rey aquí, casi como ser sultán. Pero Happolati lo había conseguido todo, sin ningún tropiezo.

Y le presenté a Ylajali, su hija, como un hada, una princesa que tenía trescientos esclavos y dormía sobre un lecho de rosas amarillas; era la más bella criatura que yo había visto; que Dios me confunda si en toda mi vida había visto otra belleza semejante.

-¡Ah! ¿Tan bella es? -profirió el anciano, como ausente de sí mismo, con los ojos bajos. -¿Hermosa? ¡Era adorable, encantadora, como para tentar a un santo! ¡Ojos del color de la seda silvestre, brazos de ámbar! Una simple mirada suya seducía como un beso; y cuando me llamaba, su voz penetraba hasta mi corazón como un chorro de vino. ¿Por qué no podía ser tan

maravillosa? ¿La consideraba acaso como un auxiliar de cajero o confitero? ¡Era sencillamente un esplendor del cielo, se lo juro a usted, un cuento de hadas!

-Sí, sí -dijo el hombre, un poco desconcertado.

Su tranquilidad me enojaba. Yo había llegado a escuchar mi propia voz y hablaba con la mayor seriedad. Los documentos robados, el tratado con una potencia extranjera, habían huido de mi imaginación. El paquetito plano estaba sobre el banco entre nosotros dos; ya no tenía la menor curiosidad por examinarlo, para ver su contenido. Estaba completamente arrastrado por mis propias invenciones, extrañas visiones desfilaban ante mis ojos, la sangre subía a mi cabeza y mentía a voz en grito.

El hombre mostró intención de querer marcharse. Se incorporó en el banco y dijo, para no romper demasiado bruscamente la conversación:

-Ese Happolati, ¿pasa por tener grandes propiedades?

¿Cómo aquel vejestorio osaba jugar con el extraño nombre imaginado por mí, como si se tratase de uno de esos nombres que se encontrara en las muestras de todas las tiendas de comestibles? No trabucaba una sílaba ni vacilaba en una letra; el nombre se le incrustó en el cerebro y allí había echado raíces desde el primer momento. Me excitaba aquello de tal modo, que empezaba a exasperarme contra un individuo que por nada se desconcertaba y en quien nada despertaba desconfianza.

-No sé nada de eso -respondí secamente-; no tengo la menor idea. Por otra parte, déjeme decirle de una vez para siempre que se llama Johann Arendt Happolati, a juzgar por sus iniciales.

Johann Arendt Happolati -repitió el hombre, asombrado de mi violencia. Luego calló.

-Debe usted de haber visto a su mujer -dije con rabia-. No hay persona más corpulenta..., ¿eh...? ¿No le parece demasiado gruesa?

-Sí, así parece... un hombre como él...

A cada una de mis salidas respondía el viejo tranquila y dulcemente, buscando sus palabras como si temiera cometer una plancha y provocar mi cólera.

-¡Voto al diablo, idiota! ¡Puede usted creer que me divierto contándole mentiras? -grité fuera de mí-. ¿Cree usted que hay un hombre que se llame Happolati? ¡Nunca he visto un viejo tan arrogante y tan terco! ¿Qué diablos le sucede? Y además, sin duda piensa que soy pobre como Job porque me ve con este traje, sin un paquete de cigarrillos en el bolsillo. ¡No estoy acostumbrado a esta clase de humillaciones, se lo advierto, y Dios es testigo de que no se las toleraré ni a usted ni a nadie, ya lo sabe!

El hombre se había levantado. Boquiabierto, sin decir una palabra, escuchó mi diatriba hasta el final; luego recogió apresuradamente el paquete del banco y se alejó a toda prisa por el paseo con sus pasitos seniles.

Me quedé sentado, mirando su espalda, que desaparecía lentamente y parecía curvarse y encogerse poco a poco. No sé por qué tuve esta impresión; pero me pareció que nunca había visto una espalda tan miserable, tan viciosa, y no sentí ningún remordimiento por haber injuriado al hombre antes de que me abandonara...

Estaba de un humor excelente. Me apoyé en el respaldo del banco, cerré los ojos y me adormecí poco a poco.

Soñoliento, estaba a punto de dormirme por completo, cuando un guardia me puso la mano en el hombro, diciéndome:

-No se puede dormir aquí.

-No -dije, irguiéndome en seguida.

De repente, se ofreció a mis ojos mi triste situación. ¡Es necesario que haga algo! De nada me había servido buscar empleos. Las recomendaciones que podía presentar habían prescrito y eran de personas demasiado desconocidas para surtir buen efecto. Además, me habían descorazonado. ¡Bah...! En último caso, mi plazo estaba vencido, y había que encontrar un expediente. Lo demás podía aguardar.

Maquinalmente cogí mis cuartillas y escribí en todos los ángulos la fecha «1848». ¡Si quisiera surgir aunque sólo fuese una idea, si brotara nada más que una idea que me trajera las palabras a la boca! Ya me había ocurrido algo así; había conocido momentos en que podía escribir grandes párrafos sin esfuerzo y a la perfección.

Estoy en el banco y escribo decenas y decenas de veces «1848». Escribo este número a lo largo, a lo ancho y de revés, de todas las maneras posible, esperando que surja una idea utilizable. Un enjambre de vagas ideas revolotea en mi mente y la impresión del día que acaba me vuelve melancólico y sentimental. Ha llegado el otoño. Comienzan a aletargarse todas las cosas. Las moscas y otros animalitos han sentido los primeros efectos. Allá arriba, en los árboles, y abajo, en la tierra, se oye el ruido de la vida, que se obstina, bullente, ruidosa, inquieta, luchando por no perecer. En el mundo de los insectos, los diminutos seres se agitan por última vez: cabezas amarillas que salen de la hierba, patas que se levantan, largas antenas que otean, luego todo el cuerpo de la bestezuela que se estremece, salta y allí se queda con el vientre al aire.

El ligero soplo del primer frío ha pasado sobre las plantas y cada una de ellas ha tomado un aspecto distinto. Las pálidas briznas de hierba se elevan hacia el sol y las hojas secas caen en tierra con un ruido semejante al que producen los gusanos de seda. Es la estación otoñal, en medio del carnaval de la vida efímera. La lozanía de las rosas ha decaído; su color de sangre viva ha tomado un lívido color de tisis.

Me miraba a mí mismo como un insecto agonizante, embargado por el aniquilamiento en medio de aquel universo próximo a dormirse. Presa de extraños terrores, me levanté y di algunos pasos rápidos por el paseo. «¡No! -grité, cerrando los puños-; ¡es necesario que acabe todo esto!» Volví a sentarme y tomé de nuevo el lápiz, decidido a poner en ejecución mi idea del artículo. No era cuestión de abandonarse, cuando se tenía a la vista la perspectiva del hospedaje sin pagar.

Lentamente comenzaron a asociarse mis pensamientos. Siguiéndolos atentamente escribí tranquilo, con ponderación, algunas páginas, a modo de introducción de alguna cosa. Podía ser el principio de cualquier artículo, una relación de viaje, un artículo político, lo que mejor me pareciera. Era un excelente principio para muchas cosas.

Empecé inmediatamente a buscar un asunto determinado que pudiera tratar: un hombre, una cosa sobre la que lanzarme; pero no pude encontrar nada.

Mis estériles esfuerzos provocaron el desorden que empezaba a reinar en mis pensamientos; literalmente, me fallaba el cerebro, mi cabeza se vaciaba, y la sentía sobre mis hombros, ligera y desprovista de contenido. Percibía con todo mi cuerpo aquel vacío sorprendente de mi cabeza, y me notaba completamente hueco de arriba abajo.

-¡Señor, Dios y Padre mío! -grité en mi dolor; y repetí esta imploración varias veces seguidas, sin agregar nada.

El viento sacaba susurros del follaje, se preparaba una tormenta. Me detuve un instante a sujetar desesperadamente mis papeles, luego los doblé y los metí despacio en mi bolsillo. Refrescaba el tiempo y me cogía sin chaleco; me abroché la americana hasta el cuello y, metiendo las manos en los bolsillos, me levanté y me fui.

¡Si hubiera podido vencer esta vez, nada más que esta vez! Mi patrona me había reclamado con la mirada por dos veces el pago de mi hospedaje, viéndome precisado a inclinar la cabeza y a deslizarme con un saludo embarazoso. No podía repetir aquel ejercicio; la próxima vez que encontrara aquella mirada abandonaría mi habitación con honradas explicaciones. De todos modos, no podía continuar aquello por mucho tiempo.

Al llegar a la salida del parque vi al viejo que mi furor había ahuyentado. El misterioso paquete del periódico estaba abierto a su lado sobre el banco, y lleno de provisiones de toda clase, que el hombre se disponía a comer. Me dieron tentaciones de ir hacia él y excusarme, de pedirle perdón por mi conducta; pero sus alimentos me hicieron retroceder. Los viejos 37

dedos, parecidos a garras encogidas, cogían las rebanadas de manteca de una manera desagradable. Sentí asco, y pasé ante él sin dirigirle la palabra. No me reconoció, pero fijó en mí sus córneos ojos secos, sin que su rostro se alterara.

Continué mi camino.

Como de costumbre, me detuve ante cada periódico para ver los anuncios de los «Ofrecimientos de empleos», y tuve la suerte de hallar uno que podía convenirme. En el barrio de Groenland, un comerciante necesitaba un empleado, tenedor de libros, algunas horas por la tarde; sueldo, a convenir. Anoté la dirección, y, mentalmente, rogué a Dios que me concediera aquella plaza. Yo sería menos exigente que cualquier otro; con cincuenta ó re quedaría pagado liberalmente aquel trabajo, aun quizá con cuarenta óre; con eso me conformaría.

Al entrar en mi casa, encontré sobre mi mesa una carta de mi patrona rogándome que pagara inmediatamente mi deuda o que me mudara cuanto antes. No podía molestarme por ello, era un deseo expresado de mala gana. Muy amable, señora Gundersen.

Escribí mi demanda a Christie, comerciante, calle de Groenland, número 31, y bajé a echarla en el buzón de la esquina. Luego volví a mi habitación y me senté, para reflexionar, en mi butaca de báscula, mientras la oscuridad aumentaba poco a poco. Comenzaba a ser difícil mantenerse a flote.

A la mañana siguiente me desperté temprano. Estaba todavía bastante oscuro cuando abrí los ojos, y sólo después de bastante rato oí dar las cinco en el reloj del

piso bajo. Quise volver a dormirme, pero me fue imposible reanudar el sueño; estaba cada vez más desvelado y pensaba en mil cosas.

De pronto, se me ocurrieron dos o tres bellas frases adecuadas para un artículo, delicados hallazgos de estilo, como nunca los encontré semejantes. Tumbado en la cama, repito las palabras y las encuentro aceptables. Poco a poco, otras nuevas se le agregan; de repente, me siento completamente despierto, me incorporo, y cojo mi papel y mi lápiz, que están sobre la mesilla de noche. Es como si hubiera estallado una de mis venas: una palabra sigue a otra, se ordenan, se encadenan lógicamente, se unen en frases; las escenas se amontonan unas sobre otras, los actos y las réplicas surgen en mi cerebro, y experimento un raro bienestar. Escribo como un poseído, y lleno una página tras otra, sin descansar un momento. Las ideas caen sobre mí tan repentinamente y siguen afluyendo con tal abundancia, que pierdo una multitud de detalles accesorios; no me es posible escribirlos tan aprisa, aunque trabajo con todas mis fuerzas. La inspiración sigue fluyendo, el asunto me invade, y cada palabra que escribo me parece como dictada.

Esto dura, dura un tiempo deliciosamente largo. Tengo quince, veinte páginas escritas ante mí, sobre mis rodillas, cuando me paro por fin y dejo el lapicero. ¡Si realmente estos papeles tienen algún valor, estoy salvado! Salto del lecho y me visto. El día avanza, puedo

distinguir a medias el «Aviso» del director de Faros, allá cerca de la puerta; y ante la ventana hay tanta claridad, que hasta podría ver para escribir. Inmediatamente me pongo a copiar mis cuartillas.

De estas fantasías asciende un vapor singularmente denso de luz y de color. Salto de gozo ante cosas tan bellas, puestas unas detrás de otras y pienso que nunca he leído nada mejor. La cabeza me rueda de alegría, la satisfacción me engríe, y me siento sacado poderosamente a flote. Sopeso mi escrito en la mano, y, a primera vista, lo taso en cinco coronas. Había que convenir en que podrían darse por él diez coronas, teniendo en cuenta la calidad de la materia. No tenía intención de ceder gratis un trabajo tan original. A juicio mío, no se encuentran novelas de tal calibre en todas las esquinas de la calle. Y me mantuve en las diez coronas. Cada vez había más luz en la habitación. Dirigí una mirada a la puerta. Sin esfuerzo apreciable, podía leer los finos caracteres esqueléticos de: *Mortajas, en casa de la señorita Andersen, a la derecha de la puerta cochera*. Además, ya había pasado un buen rato desde que el reloj dio las siete.

Me levanté y fui al centro de la habitación. Bien pensado, el deseo de la señora Gundersen era bastante oportuno. Realmente, aquella habitación no era digna de mí. En las ventanas colgaban unos visillos verdes demasiado ordinarios y en las paredes faltaban clavos para colgar la ropa. La pobre butaca de báscula, arrimada al ángulo del fondo, no era más que una caricatura de mecedora y hubiera hecho morir de risa a cualquiera. Era demasiado baja para un hombre hecho, y tan estrecha que, por decirlo así, hacía falta un calzador para sentarse en ella. En una palabra, la habitación no estaba amueblada para personas de ocupación intelectual, y yo no me proponía permanecer en ella mucho tiempo. ¡Por nada del mundo la hubiera conservado! Aunque mi paciencia era grande, ya estaba harto de ocupar aquel chamizo.

Lleno de esperanza y de contento, preocupado sin cesar por mi escrito, que a cada instante sacaba del bolsillo para releer un párrafo, quise poner inmediatamente en ejecución mi proyecto de mudanza. Saqué el paquete de mi ropa, un pañuelo rojo que contenía algunos cuellos postizos limpios y periódicos arrugados, que me servían para envolver el pan; arrollé mi colcha y me metí en el bolsillo mi provisión de papel blanco. Luego inspeccioné todos los rincones para asegurarme de que nada olvidaba. No encontrando nada, me asomé a la ventana. Era una mañana oscura y húmeda. No había nadie junto a la fragua encendida. Abajo, en el patio, la cuerda de tender, contraída por la humedad, se tendía rígida de una pared a otra. Era la misma vista de siempre. Me aparté de la ventana, cogí la colcha bajo el brazo, hice una reverencia al «Aviso» del director de Faros, otra a las *Mortajas de la señorita Andersen* y abrí la puerta.

Al momento pensé en mi patrona. Era preciso informarla de mi mudanza para que viese que trataba con un hombre razonable. Quise también agradecerle por escrito los días durante los cuales había ocupado su habitación, después del último pago. La certeza de estar salvado por un tiempo bastante largo me invadía a tal punto, que le prometía entregarle cinco coronas, al pasar por allí uno de los próximos días. Quería demostrarle cumplidamente la honradez de la persona que había cobijado bajo su techo.

Dejé la carta sobre la mesa.

Aún me detuve otra vez al llegar a la puerta y me volví. Me transportaba la idea deslumbradora de estar salvado. Desbordaba de gratitud a Dios y al Universo. Me arrodillé junto a la cama y en alta voz di gracias a Dios por su gran bondad para conmigo aquella mañana. Lo sabía, ¡oh!, lo sabía bien: aquella racha de inspiración que acababa de tener y de poner por escrito, se debía a la acción maravillosa del cielo sobre mi espíritu; era una respuesta a mi grito angustioso de ayer. «¡Es Dios!, ¡es Dios!», me gritaba a mí mismo, y lloraba de entusiasmo ante

mis propias palabras. De cuando en cuando me veía forzado a contenerme, para escuchar si pasaba alguien por la escalera. Por fin, me levanté y salí. Me deslicé sin ruido a lo largo de todos los pisos y gané la puerta sin ser visto.

Las calles brillaban a causa de la lluvia caída por la mañana. Un cielo frío y húmedo se extendía sobre la ciudad y por ninguna parte se percibía un rayo de sol. ¿Qué hora sería? Llevaba, como de costumbre, la dirección del Depósito. Vi que eran las ocho y media. Disponía, por lo tanto, de mucho tiempo. Sería inútil llegar al periódico antes de las diez, quizá de las once. No tenía más que esperar deambulando, y mientras, pensar en la manera de desayunar, aunque fuese poco. Ya no temía verme en el caso de acostarme en ayunas aquel día.

¡Gracias a Dios, habían pasado los malos tiempos! Había sido un período revuelto, un mal sueño. ¡Desde aquel día, no haría más que subir!

Sin embargo, la colcha verde me embarazaba, y no era digno de mí llevar bajo el brazo semejante paquete a la vista de todo el mundo. ¡Qué diría la gente! Mientras andaba, pensaba dónde podría dejarla guardada hasta nueva ocasión. Se me ocurrió que podría entrar en casa de Semb y hacer envolver la colcha en un papel. Mi paquete tendría entonces mejor aspecto y ya no daría vergüenza el llevarlo. Entré en la tienda y expuse mi deseo a uno de los dependientes.

Su primera mirada fue para la colcha y luego miró mi persona. Se me figuró verle alzar los hombros disimuladamente, con aire de desprecio, al coger el paquete, lo que me indignó.

-¡Caramba! ¡Tenga un poco de cuidado! -grité-. Van ahí dos vasos de precio. El paquete es para Esmirna.

Esto produjo su efecto, un efecto mágico. Cada uno de los movimientos del hombre me pedía perdón por no haber adivinado inmediatamente la presencia de objetos de valor dentro de la envoltura. Cuando terminó su embalaje, le di las gracias por el servicio prestado con el aspecto de una persona que ya había expedido otros objetos preciosos a Esmirna, y cuando salí fue a abrirme la puerta.

Comencé a pasear entre la gente por la plaza del Gran Mercado, prefiriendo la proximidad de las mujeres que vendían tuestos. Las grandes rosas rojas, cuyo brillo sangriento y áspero ardía bajo la ceniza húmeda de aquella mañana, me tentaban. Tenía grandes deseos de arrancar una. Pregunté el precio, sólo para poder r a ellas lo más posible. De haber tenido dinero, hubiera comprado una, pasase lo que pasase. Me sería preciso hacer algunas economías en mi alimento para conseguir equilibrar mi presupuesto.

A las diez subí al periódico. El redactor jefe no ha llegado aún. *Tijeras* rebusca en un montón de periódicos. A su invitación, le entrego mi abultado manuscrito y le hago comprender que es de una importancia nada común. Le recomiendo con insistencia que lo entregue personalmente al redactor jefe, en cuanto llegue. Yo mismo volveré durante el día a buscar la respuesta.

-¡Está bien! -dijo *Tijeras* volviendo a sus periódicos.

Me pareció que tomaba el asunto con calma excesiva, pero no dije nada; simplemente le hice con la cabeza un signo de indiferencia y me marché.

Tenía bastante tiempo por delante. ¡Con tal que el cielo se despejase! Hacía un tiempo clemente, sin viento y sin frío. Las señoras llevaban los paraguas abiertos por precaución, y los gorros de lana de los hombres tenían un aspecto cómico y triste. Todavía di una vuelta por el mercado, mirando las legumbres y las rosas. Sentí entonces una mano sobre mi hombro y me volví. *La Señorita* me dio los buenos días.

-¿Buenos días? -respondí, en tono interrogante, para saber en seguida lo que quería de mí. *La Señorita* no me inspiraba gran simpatía.

Observó con curiosidad el grueso paquete de flamante aspecto que llevaba bajo mi brazo y me preguntó

-¿Qué lleva usted ahí?

-He entrado en casa de Semb a comprar tela para un traje -contesté, en tono indiferente- Me parecía que iba ya demasiado raído. Ha de ser uno esmerado en su persona.

Me miró, desconcertado.

-¿Marchan bien las cosas, según eso? -preguntó lentamente.

-Del todo esperanzado.

-¿Ha encontrado usted, pues, algo que hacer?

-¡Algo que hacer? -respondí en tono de extrañeza-. Soy tenedor de libros en la casa del gran Christie.

-¡Ah, ah! -dijo, dando un paso atrás-. ¡Dios mío, cuánto me alegro por usted! Tenga cuidado de no dejarse explotar el dinero que gana. Buenos días.

Un instante después dio media vuelta y con su bastón señaló mi paquete:

-Quiero recomendarle a mi sastre para ese traje. No encontrará usted a nadie mejor que Isaksen. Dígale que va usted de mi parte.

¿Qué necesidad tenía de meter la nariz en mis asuntos? ¿Qué le importaba el sastre que yo eligiese? Me indigné. La presencia de aquel ser hueco y estirado me exasperó, y le recordé sin la menor consideración las diez coronas que me había pedido prestadas. Antes de que hubiera podido contestar, lamenté mi reclamación.

Me sentía turbado, y no osaba mirarle al rostro. En aquel momento pasaba una señora: me hice a un lado para cederle el paso y aproveché la ocasión para marcharme.

¿Qué hacer durante las horas de espera? No podía ir al café con el bolsillo vacío, y no conocía a ningún amigo a quien poder visitar en aquel momento. Instintivamente volví al centro de la ciudad, deambulé algún tiempo entre el mercado y la calle de Graensen, leí el *Aftenposten* que acababan de colocar, di una vuelta por la calle de Karl Johann, volví sobre mis pasos, y subí hasta el cementerio de El Salvador, donde busqué un rincón tranquilo, cerca de la capilla.

Me senté en medio de aquel gran silencio, y me adormilé en la atmósfera húmeda; soñaba medio desvelado, y tenía frío. Pasaba el tiempo. ¿Estaba completamente seguro de que mi artículo era una obrita maestra de arte inspirado? ¿Quién sabe si no tendría defectos aquí y allá? Pensándolo bien, hasta podría ser rechazado; sí, sencillamente rechazado. Puede que fuera demasiado mediocre, quizá francamente malo; ¿quién me garantizaba que en aquel momento no había ido a parar al cesto? Mi satisfacción estaba quebrantada. Me levanté de un salto y me precipité fuera del cementerio.

En la calle de Aker miré un reloj a través de los cristales de una tienda, y vi que sólo pasaba un poco de mediodía. Mi desesperación aumentó, pues yo suponía que el mediodía estaba ya muy lejano; y antes de las cuatro era inútil preguntar por el redactor jefe. La suerte de mi artículo me llenaba de sombríos presentimientos. Cuanto más reflexionaba en ello, menos probable me parecía que hubiese escrito una cosa notable, tan rápidamente, casi durmiendo, con el cerebro lleno de fiebre y de sueños. Naturalmente, me había engañado a mí mismo pasando alegre toda la mañana... ¡Para nada! ¡Naturalmente...! Subí a gran paso el camino de Ullevaal, pasé al Alto de San Juan, desemboqué en los espacios libres, entré en las extrañas calles estrechas

del barrio de las Sierras, atravesé terrenos incultos y campos, y, por último, me encontré en un camino del que no se veía el fin.

Me paré allí y decidí volver sobre mis pasos.

El paseo me hizo entrar en calor, y regresé lentamente, muy abatido. Encontré dos carros de heno. Los carreteros iban tumbados boca abajo, encima de su cargamento, y cantaban, los dos con la cabeza al aire, los dos con las caras redondas, indiferentes. Imaginé que me iban a interpelar, a dirigirme alguna pregunta, a lanzarme alguna pulla. Al llegar a su altura, uno de ellos me gritó preguntándome qué llevaba bajo el brazo.

-Una colcha de cama -contesté. -¿Qué hora es? -preguntó.

-No sé fijamente; alrededor de las tres, supongo. Los dos se echaron a reír. Pasaron. En el mismo instante sentí el silbido de una tralla junto a mi oído, y saltó mi sombrero. Aquellos mozos no pudieron dejarme pasar sin jugarme una de las suyas. Furioso, me llevé la mano a la oreja, recogí mi sombrero de la cuneta y proseguí andando. Junto al Alto de San Juan, un hombre me dijo que eran más de las cuatro. Apresuré el paso para llegar a la población y al periódico. ¡Quizá el redactor jefe había llegado hacía tiempo y abandonado ya la redacción! Iba unas veces andando de prisa, otras corriendo, dando traspiés, tropezando con los carruajes, dejando atrás a cuantos caminaban, luchando en velocidad con los caballos, moviéndome como un loco para llegar a tiempo. Me metí en el portal, subí los escalones de cuatro en cuatro y llamé.

No contestaban.

«¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado!», pienso. Intento abrir la puerta, veo que no está cerrada con llave. Llamo otra vez, y entro.

El redactor jefe está sentado a su mesa, con el rostro vuelto hacia la ventana y con la pluma en la mano, dispuesto a escribir. Al oír mi saludo agitado, se vuelve a medias, me mira un instante, mueve la cabeza y dice: -Aún no he tenido tiempo de leer su trabajo.

Me alegra tanto que no lo haya tirado aún al cesto, que respondo:

-¡Oh! Es bien comprensible. No corre tanta prisa. ¿Lo hará dentro de unos días, quizá, o...?

-Sí, ya veré. Además, tengo su dirección.

Me olvido advertirle que ya no tengo ninguna dirección.

La entrevista ha terminado, me inclino y salgo. La esperanza renace en mi corazón, nada se ha perdido; por el contrario, podía arreglarse todo por este lado. Y mi imaginación empezó a divagar: un gran consejo celebrado allá arriba, en el cielo, acaba de decidir que yo debía ganar; una ganancia colosal, diez coronas por un artículo.

¡Si tuviera al menos un rincón donde refugiarme por la noche! Busco dónde podría guarecerme, y me absorbo tan profundamente en mis meditaciones, que me quedo parado en el centro de la calle. Olvidado donde estoy, sigo plantado allí como un simple trozo de madera en plena mar, mientras el oleaje rompe y muge a su alrededor. Un muchacho que vende periódicos me ofrece *El Viking*. «¡Es tan divertido!» Levanto la vista y me estremezco; me encuentro ante la tienda de Semb.

Rápidamente doy media vuelta, y poniendo el paquete ante mí para ocultarlo, desciendo apresuradamente la calle de la Iglesia, confuso y angustiado, temiendo que me hayan visto por el escaparate. Paso por delante del Restaurante Ingrebet y del teatro, vuelvo hacia la Bolsa y bajo hacia el mar y la fortaleza. Encuentro un banco y vuelvo a reflexionar.

¿Dónde demonios encontrar un hueco para pasar la noche? ¿Existe un agujero en el que deslizarme y ocultarme hasta mañana? Mi orgullo me prohíbe volver sobre mi palabra. Rechazo

el pensamiento con gran indignación, e interiormente tengo una sonrisa desdeñosa para la pequeña butaca roja de báscula. Por una repentina asociación de ideas, me encuentro en una gran habitación con dos ventanas, en la que había vivido antes. El Alto de Haegde. Veo sobre la mesa una bandeja llena de enormes rebanadas de pan con manteca y compota. Cambian de aspecto y se convierten en una chuleta seductora, una servilleta blanca como la nieve, mucho pan, un tenedor de plata. La puerta se abre; la patrona entra a ofrecerme una segunda taza de té...

¡Visiones y ensueños! Pienso que si comiera ahora, mi cabeza se trastornaría de nuevo, la fiebre se apoderaría de mi cerebro y yo tendría que luchar con una muchedumbre de invenciones insensatas. No soportaría el alimento, no estaba constituido para ello; es una singularidad, una idiosincrasia.

Quizá habría medio de encontrar un albergue cuando llegara la noche. No había prisa. En el peor caso, buscaría un lugar en el bosque; tenía a mi disposición todos los alrededores de la ciudad, y el tiempo no era frío, no helaría.

Allá abajo, la mar se mecía en una calma pesada.

Los buques y los pontoneros de chata nariz abrían surcos en la superficie de plomo fundido, hacían saltar estrías a derecha e izquierda y proseguían su marcha. Edredones de humo giraban al salir de las chimeneas, y los golpes de pistón de las máquinas atravesaban la atmósfera húmeda con un ruido seco. No había sol ni hacía viento; detrás de mí, los árboles estaban mojados, y el banco en que me sentaba estaba frío y húmedo. Comencé a dormirme. Estaba fatigado y sentía algo de frío en la espalda. Un instante después sentí que mis ojos se cerraban. Y los dejé cerrados...

Cuando me desperté, todo estaba oscuro a mi alrededor. Me levanté de un salto, aturdido y helado, cogí mi paquete y me puse en marcha. Aceleré el paso para entrar en calor, moviendo los brazos, frotando mis piernas, que casi no sentía. Al llegar al retén de los bomberos, eran las nueve. Había dormido varias horas.

¿Qué iba a hacer? Había de decidirme por algún sitio. Dirigí al cuartelillo de bomberos una mirada estúpida, pensando que tal vez podría colarme por uno de los pasillos aprovechando el momento en que el centinela volviera la espalda. Crucé el umbral resuelto a entablar conversación con el hombre, que inmediatamente presentó el arma como para rendirme honores y esperó que yo le hablase. El hacha levantada, con el filo vuelto hacia mí, sacudió mis nervios, como si hubieran sentido su roce helado. Enmudecí de terror ante aquel hombre armado, y retrocedí instintivamente alejándome de él progresivamente, sin decir nada. Para salvar las apariencias, me pasé la mano por la frente, como si hubiera olvidado algo, y me eclipsé. Al encontrarme de nuevo en la acera me sentí a salvo, como si acabara de escapar de un gran peligro. Me alejé rápidamente.

Helado y hambriento, de un humor cada vez más lúgubre, seguí a lo largo de la calle de Karl Johann. Comencé a jurar en voz alta, sin cuidarme de que alguien podía oírme. Hacia el edificio del Parlamento, al llegar precisamente ante el primer león, una nueva asociación de ideas me hizo repentinamente pensar en un pintor que yo conocía, un joven al que había salvado de una bofetada en el Tívoli, y al que más tarde había visitado. Sacudí los dedos arrancándoles chasquidos y me encaminé a la calle de Tordenskjold. Encontré una puerta donde había una placa con el nombre de G. Zacarías Bartel, y llamé.

Abrió él mismo. Apeataba a cerveza y a tabaco; era atroz.

-Buenas noches -dije.

-Buenas noches. ¡Ah! ¿Es usted? ¿Por qué diablos viene tan tarde? Esto no se ve bien a la luz de la lámpara. Desde que nos vimos he añadido un montón de hierba y he hecho algunos cambios. Hay que ver esto de día; ahora es inútil intentarlo.

-¡Déjemelo ver de todos modos! -dije.

Además, no me acordaba de qué cuadro quería hablar.

-¡Imposible! -respondió-. ¡A esa luz todo es amarillo! Además, hay otra cosa -se acercó a mí y murmuró-: tengo una mujercita en casa esta noche. Por tanto, es imposible hacer nada.

-¡Ah! Si es así, no hablemos más.

Le di las buenas noches y me marché. Decididamente, no había para mí otro refugio que el bosque. ¡Si la tierra no estuviera tan húmeda! Acariciaba mi colcha, familiarizándome cada vez más con la idea de cubrirme con ella. Di tantas vueltas en busca de un albergue en la población, que estaba transido de fatiga. Era un verdadero goce abandonar la partida, retirarme del combate y de aquel callejeo sin una idea en la cabeza. Di una vuelta hasta el reloj de la Universidad, y al ver que eran más de las diez, emprendí el camino hacia las afueras. En lo alto de Haegde, me paré ante un almacén de comestibles, que estaban expuestos como muestra. Un gato dormía junto a un redondo pan blanco; detrás había un barreño con manteca de cerdo y algunos botes de sémola. Contemplé un rato aquellos alimentos; pero como no tenía con qué comprarlos, me volví y continué mi camino. Andaba muy despacio, caminé horas y horas y acabé por llegar al bosque de Bogstad.

Allí abandoné el camino y me senté a descansar. Recogí un poco de brezo y algunas ramas de enebro y me hice un lecho en una ladera casi seca. Abrí mi paquete y saqué la colcha. Fatigado, rendido por la larga caminata, me acosté inmediatamente, me agité y me revolví muchas veces antes de encontrar una buena postura. Mi oreja, herida por el trallazo del hombre de la carreta de heno, me dolía un poco, estaba ligeramente hinchada y no podía echarme sobre ella. Me quité los zapatos, los puse bajo mi cabeza, y encima de ellos el gran papel en que había envuelto la manta.

La oscuridad reinaba en torno a mí; todo estaba tranquilo, todo. Pero en las alturas zumbaba el eterno canto de la atmósfera, ese bordoneo lejano, sin modulaciones, que jamás se calla. Presté atención tanto tiempo a ese murmullo sin fin, a ese murmullo morboso, que comenzó a turbarme. Eran, sin duda, las sinfonías de los mundos girando en el espacio por encima de mí, las estrellas que entonaban un himno...

-¡Quizá sea el diablo! -dije, riendo a gritos, para conservar la serenidad-. Son los búhos que gritaban en Canaán.

Me levanté, volví a acostarme, me puse los zapatos y anduve en la sombra; me acosté otra vez y me debatí entre la cólera y el miedo hasta la aurora. Entonces, por fin, me dormí.

Era completamente de día cuando abrí los ojos, y supuse que se acercaba el mediodía. Me puse los zapatos, empaqueté de nuevo la colcha, y tomé el camino de la población. Tampoco hacía sol, y yo tiritaba como un perro. Tenía las piernas insensibles y los ojos llorosos, como si no pudieran soportar la luz.

Eran las tres. El hambre me daba feroces mordiscos. Estaba extenuado y sentía náuseas. Por el camino me vinieron bascas. Fui hasta el Restaurante Popular, leí la minuta y alcé ostensiblemente los hombros, como si el tocino recién salado y el tocino ahumado no fuesen comida digna de mí. Desde allí bajé a la plaza del " Ferrocarril.

Un singular desmayo me invadió repentinamente. Seguí sin querer prestarle atención; pero iba de mal en peor, y finalmente me vi obligado a sentarme en un escalón. Toda mi alma

sufría una transformación, como si en el fondo de mi ser se separara una cortina, como si una tela se hubiera desgarrado en mi

cerebro. Aspiré varias veces profundamente, y permanecí allí, lleno de asombro. No había perdido la conciencia, sentía distintamente el dolorcillo de mi oreja -la herida de ayer-, y cuando pasaba alguna de mis amistades, la reconocía inmediatamente, y me levantaba a saludar.

¿Qué era esta nueva sensación, esta nueva tortura que venía a agregarse a todas las demás? ¿Era consecuencia de la noche pasada sobre la tierra húmeda, o era inanición? ¿Era sencillamente absurdo vivir así! ¡Por los santos sufrimientos de Cristo, que no comprendía en absoluto cómo había merecido aquella persecución reservada a los elegidos! Súbitamente se me ocurrió la idea de que podía convertirme en un vividor y que podía llevar la colcha a la casa de empeños. Podía empeñarla por una corona. Suponía tres comidas, suficientes para hacerme subsistir mientras encontraba otra cosa. Engañaría a Hans Pauli. Ya estaba a punto de entrar en el sótano de la casa, pero ante la puerta me detuve, meneé la cabeza, dudando, y me volví.

A medida que me alejaba, me sentía más satisfecho de haber vencido tan fuerte tentación. La conciencia de mi honradez se me subió a la cabeza, tuve el sentimiento grandioso de que yo era un carácter, un faro completamente blanco en medio del mar cenagoso de los hombres, un mostrenco extraordinario. Empeñar el bien de los demás por una comida, beber y comer su propia condenación, tener que tratarse a uno mismo de canalla en pleno rostro y que bajar los ojos ante su propia conciencia... ¡Jamás, jamás! Nunca había acogido seriamente esta idea, aunque se me había ocurrido. Realmente, no se podía ser responsable de las ideas vagas y fugitivas, sobre todo cuando se tiene un terrible dolor de cabeza, cuando se está medio muerto de fatiga, y se arrastra una colcha que pertenece a otro.

¡Realmente podría encontrarse incluso un medio de salvación, llegado el momento! Por ejemplo: ¿había ido a importunar a todas las horas del día al comerciante de Groenland, desde que le escribí solicitando el empleo? ¿Había ido a llamar a su puerta por la mañana y por la tarde? ¿Me había rechazado? ¡Ni siquiera me había presentado para recibir la contestación! Nada probaba que fuera ésta una tentativa completamente vana: quizá la suerte me había favorecido esta vez. Los caminos de la fortuna son a veces extrañamente tortuosos.

Fui al barrio de Groenland.

La última conmoción que trastornó mi cerebro me dejó algo abatido. Andaba con extrema lentitud y reflexionaba en lo que diría al comerciante. Quizá fuera una buena persona. Si se le antojaba, podría darme una corona como anticipo de mi trabajo, sin que yo tuviera que pedírsela. Esta clase de gente tiene a veces excelentes inspiraciones.

Entré por una puerta cochera, ennegrecí las rodilleras de mi pantalón con saliva para tener un aspecto menos derrotado, dejé mi colcha en un oscuro rincón, detrás de una caja, crucé la calle a grandes zancadas y entré en la pequeña tienda.

Un hombre se disponía a llenar unas bolsas hechas con periódicos viejos.

-Quisiera hablar al señor Christie -dije. -Soy yo -contestó.

Bien. Mi nombre era Fulano de Tal, me había tomado la libertad de dirigirle una solicitud y no sabía si el resultado era favorable.

Repitió mi nombre varias veces y se echó a reír. -¡Va usted a ver! -dijo, sacando una carta del bolsillo-. Tenga la bondad de ver cómo anda de números. Ha fechado usted su carta el año 1848.

Y el hombre comenzó a reír a carcajadas.

-Sin duda es una cosa fastidiosa -dije con embarazo-. Una distracción. Convengo en ello.

Vea, necesito una persona que de ningún modo se equivoque en los números -dijo-. Lo lamento. Su escritura es muy clara, y además su letra me agrada también, pero...

Esperé un momento, no podía ser aquella la última palabra del hombre. Se puso a llenar las bolsas. -Sí, es enojoso -dije entonces-: de veras que es terriblemente enojoso; pero, pensándolo bien, eso no se repetirá, y ese pequeño error no puede despojarme de toda capacidad de tenedor de libros, hablando en general.

-No digo eso -contestó-; sin embargo, me ha parecido de tanto bulto, que me he decidido ya por otro candidato.

-¿De modo que la plaza está ya ocupada? -pregunté.

-Sí.

-¡Ah, Dios mío! ¡Entonces no podemos hacer nada!

-No. Lo siento; pero... -Adiós -dije.

Me entró una furibunda indignación. Fui a buscar

mi paquete detrás de la puerta cochera. Apretando los dientes, empujaba a los caminantes inofensivos que se me cruzaban en la acera, sin pedirles perdón. Un caballero se detuvo y reprendió agriamente mi conducta. Me volví y le grité al oído una sola palabra, una palabra desprovista de sentido, le puse el puño bajo la nariz y seguí mi camino, sin poder contener la rabia que me cegaba. Llamó a un agente. ¡Mi mayor deseo era tener por un momento un policía entre mis manos! Acorté el paso para darle lugar a que me alcanzara; pero no vino. ¿Había la menor apariencia de razón para que todas mis tentativas, las más enérgicas y las más apasionadas, debieran fracasar? Por ejemplo: ¿por qué había escrito «1848»? ¿Qué tenía que hacer con este maldito número? Tenía tanta hambre, que los intestinos se retorcían en mi estómago como serpientes, y en ninguna parte estaba escrito que yo pudiera comer algo antes de que terminara el día. A medida que el tiempo pasaba, me sentía más decaído física y moralmente, me dejaba influir por pensamientos cada vez menos honestos. Para salir del apuro, mentía sin vergüenza, estafaba su alquiler a las pobres gentes. Incluso tenía que luchar contra los más viles pensamientos, como el de empeñar las colchas de otro. Todo ello, sin pena; sin remordimientos de conciencia. Signos de descomposición comenzaban a aparecer en lo más íntimo de mi ser, que se enmohecía cada vez más. Y desde lo alto del cielo, Dios me seguía con atenta mirada y vigilaba para que mi caída se cumpliera con todas las reglas del arte, lenta y firmemente, sin romper la cadencia. Pero en el abismo infernal, los traviesos diablos se erizaban de furor, porque yo tardaba demasiado en cometer un pecado mortal, un pecado imperdonable por el cual Dios, en su equidad, se vería obligado a precipitarme en él...

Apresuré el paso, torcí de pronto a la izquierda y entré, enardecido y furioso, en un portal alumbrado. No me detuve ni un segundo, pero toda la singular decoración del portal se grabó instantáneamente en mi conciencia. Veía con toda claridad en mi interior los más insignificantes detalles de las puertas, de las molduras, mientras subía la escalera. Llamé violentamente en el primer piso. ¿Por qué me detuve precisamente en el primer piso? ¿Por qué tirar precisamente de aquel cordón de campanilla que era el más alejado de la escalera?

Abrió la puerta una joven, con un traje gris adornado de negro. Me miró un instante con extrañeza, luego movió la cabeza y dijo:

-No, no tenemos nada hoy.

E hizo ademán de cerrar la puerta. ¿Por qué fracasaba también con aquella persona? Pensé que me tomaba por un mendigo, e instantáneamente me tranquilicé. Me quité el sombrero, me incliné respetuosamente y, como si no hubiera oído sus palabras, dije con las más extremada cortesía:

-Le ruego que me perdone, señorita, por haber llamado tan fuerte; no conocía la campanilla. Debe de vivir aquí un señor enfermo que ha inserto un anuncio en los periódicos; solicita una persona para acompañarle empujando su cochecillo.

Estuvo un instante pensando en aquel embuste. Me pareció que se quedaba perpleja sin saber qué pensar de mí.

-No -dijo por fin-; aquí no hay ningún señor enfermo.

-¿No? Un señor de cierta edad, dos horas diarias de paseo, cuarenta óre por hora.

-No.

-Entonces, le ruego una vez más que me perdone -dije-. Quizá sea en los bajos. Quería simplemente recomendar a un conocido mío por quien me intereso. Yo me llamo Wedel Jarlsberg.

Me incliné de nuevo y me retiré. La joven enrojeció hasta el blanco de los ojos. En su embarazo, permaneció quieta y me siguió con la vista hasta que bajé la escalera.

Había recobrado la tranquilidad, y mi cabeza estaba despejada. Las palabras de la joven- que no tenía nada que darme hoy- me habían hecho el efecto de una ducha fría. Había llegado al extremo de que el primer llegado me señalara con el dedo y se dijera: «He aquí un mendigo, uno de esos a los que las gentes "bien" tienden su comida por el resquicio de una puerta».

En la calle de los Molineros me detuve ante un restaurante y saboreé el olor apetitoso de la carne que asaban en el interior. Ya tenía en la mano el picaporte e iba a entrar sin objeto preciso, pero me contuve a tiempo y me alejé. Al llegar a la plaza del Gran Mercado, busqué un sitio en donde descansar un momento. Todos los bancos estaban ocupados, y fueron inútiles las vueltas que di a la iglesia en busca de un lugar tranquilo donde sentarme. ¡Naturalmente!, me dije con amargura. ¡Naturalmente, naturalmente! Y seguí andando. Di la vuelta hacia la fuente que hay en el rincón del Mercado de la Carne, bebí un poco de agua y proseguí la marcha. Me arrastraba poco a poco, parándome largo rato delante de cada escaparate, deteniéndome para seguir con la vista cada coche que pasaba. Sentía en mi cabeza un calor intenso y luminoso, y un extraño latir en mis sienes. Me sentó mal el agua que había bebido, vomité en varios sitios de la calle. Llegué así al cementerio de El Salvador. Me senté, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Recogido en aquella posición, me encontraba bien y no sentía el roer de mis entrañas.

Un cantero permanecía inclinado sobre una gran piedra de granito, junto a mí, grabando una inscripción. Llevaba gafas negras y me recordó de repente a un conocido, al que casi había olvidado, un hombre que estaba empleado en un banco, y que había encontrado hacía algún tiempo en el café Oplandsk.

¡Si al menos pudiera ocultar mi vergüenza y dirigirme a él! Le diría toda la verdad. ¡Lástima que aquello no fuera cierto en un momento en que tan mal me encontraba en la vida! Podía darle mi abono de la peluquería... ¡Pardiez, el abono del peluquero! ¡Bonos por valor casi de una corona! Busco nerviosamente el precioso tesoro. No hallándolo en seguida, me pongo en pie de un salto, busco; un sudor de angustia cubre mi frente, y por fin lo encuentro en el fondo de mi bolsillo interior con otros papeles, blancos o escritos, sin interés. Cuento y recuento los seis billetes, tan pronto en un sentido como en otro. No tengo gran

necesidad de ellos. El ir sin afeitarse puede ser un capricho, un antojo que me ha dado. ¡Y yo podía ser dueño de media corona, de una hermosa media corona toda blanca, en plata de Königsberg! El banco cerraba a las seis y podía encontrar a mi hombre ante el Oplandsk entre siete y ocho.

Durante un gran rato me alegró este pensamiento. Pasaba el tiempo, el viento soplaba fuerte en los castaños vecinos, y caía la tarde. ¿No sería ridículo ir sin más ni más a ofrecer seis bonos para afeitarse a un joven que estaba empleado en un banco? A lo mejor tendría en el bolsillo diez bonos completamente llenos de billetes más elegantes y limpios que los míos; ¡quién sabe! Me palpaba los bolsillos en busca de alguna otra cosa que agregar al bono, pero no encontraba nada. ¡Si pudiera siquiera ofrecerle mi corbata! Podía muy bien pasarme sin ella, con tal de abrocharme la americana hasta el cuello; cosa que de todos modos tenía que hacer, porque carecía de chaleco. Me quité la corbata, una gran pechera que me cubría la mitad del pecho, la doblé con cuidado y la envolví en una hoja de papel blanco con el abono de la peluquería. Luego abandoné el cementerio y bajé hasta el Oplandsk.

Eran las siete en el reloj del Depósito. Me paseé por las proximidades del café, pasé una y otra vez ante la verja de hierro, mirando con atención, vigilando cuidadosamente a los que entraban y salían. Por fin, hacia las ocho, vi al joven, fresco y elegante, subir la calle y cruzar hacia la puerta del café. Al divisarle, mi corazón saltó en el pecho como un pajarillo, y corrí hacia él, sin saludarle.

-¡Deme media corona, amigo! -le dije, y haciéndome el desahogado añadí: ¡Aquí tiene su valor! -y le puse en la mano el paquetito.

-No la tengo -dijo-. ¡Dios me es testigo de que no la tengo! Y puso boca abajo el bolsillo ante mis ojos-. Estuve de juerga anoche y me quedé limpio. Créame, no tengo la media corona.

-¡Sí, sí, es muy posible! -contesté.

Creí lo que me decía. No tenía ningún motivo para mentir por tan poca cosa. Me pareció, además, que sus azules ojos estaban húmedos, mientras buscaba en sus bolsillos sin hallar nada. Me retiré.

-¡Excúseme! -dije, porque estaba un poco avergonzado.

Ya había recorrido un trecho de la calle, cuando me llamó, alargándome el paquete.

-¡Guárdese lo, guárdese lo! -contesté-. Se lo doy de todo corazón. Es poca cosa, una fruslería, casi todo lo que poseo en la tierra.

Mis propias palabras me conmovieron, tan desolado era su tono en la penumbra del crepúsculo, y me eché a llorar.

El viento refrescaba, las nubes corrían furiosamente por el cielo y hacía cada vez más frío, según iba cayendo la noche. Lloré a lo largo de la calle, cada vez más apiadado de mí mismo, repitiendo de vez en vez algunas palabras, una plegaria que me volvía a arrancar lágrimas siempre que pretendía contenerlas: «¡Dios mío, qué desgraciado soy! ¡Qué desgraciado soy, Dios mío!».

Pasó una hora, con una lentitud infinita. Permanecí gran rato en la calle del Mercado, sentándome en los escalones, disimulándome bajo las puertas cocheras, cuando alguien iba a pasar, acechando, sin pensar en nada, las pequeñas tiendas iluminadas, en que la gente se movía entre mercancías y dinero. Por último, hallé un cálido rincón detrás de una pila de planchas, entre la iglesia y el Mercado de la Carne.

¡No, no volvería aquella noche al bosque, pasara lo que pasase! No tenía fuerzas, ¡y el camino era tan infinitamente largo! Procuré acomodarme lo mejor posible, decidido a pernoctar en donde estaba. Si llegase a hacer demasiado frío, podría pasearme un poco por el lado de la iglesia; ¡no tenía intención de dar más paseos! Me recosté contra la pila de planchas, bien acurrucado.

El ruido disminuía a mi alrededor, las tiendas se cerraban, los pasos de los peatones eran cada vez menos frecuentes, y poco a poco se hizo la oscuridad en todas las ventanas...

Abrí los ojos y percibí una silueta ante mí. Los bruñidos botones, que reflejaban en la sombra, me hicieron sospechar que era un policía. No podía ver su rostro.

-¡Buenas noches! -dijo.

-¡Buenas noches! -contesté, lleno de miedo.

Me levanté muy azorado. Él permaneció un instante inmóvil.

-¿Dónde vive usted? -preguntó.

Por la vieja costumbre y sin reflexionar, le di mi antigua dirección, la de la pequeña buhardilla que yo había dejado.

Permaneció inmóvil un momento.

-¿He hecho algo malo? -pregunté ansiosamente. -¡Nada, en absoluto! -contestó-. Pero debe usted marcharse a su casa, hace demasiado frío para dormir aquí.

-Sí, hace fresco; lo estoy notando.

Le di las buenas noches, e instintivamente tomé el camino de mi antiguo domicilio. Con precaución, podría muy bien subir sin ser oído; la escalera sólo tenía ocho tramos, y los escalones no crujían más que en los dos últimos.

En la puerta me quité los zapatos. Subí. Todo estaba tranquilo. En el primer piso oí el lento tictac de un reloj y a un niño que lloriqueaba; después no oí nada más. Encontré la puerta de mi habitación, la levanté un poco sobre los goznes y la abrí sin llave, como hacía siempre. Entré y cerré la puerta sin hacer ruido.

Todo estaba tal como lo había dejado, los visillos recogidos en las ventanas y la cama estaba vacía. Sobre la mesa distinguí un papel. Quizá fuera mi carta para la patrona, que no habría subido desde que me marché. Alargué la mano temblorosa hacia la blanca mancha, y vi con estupefacción que era un sobre. ¿Un sobre? Lo cojo y me acerco a la ventana, miro tanto como puedo en la oscuridad aquellas letras mal trazadas, y por fin descifro mi propio nombre. «¡Ah! -pienso-. Una respuesta de la patrona, una prohibición de volver a poner los pies en el cuarto, en caso de que tuviera intención de volver a buscar albergue.»

Y lentamente, muy lentamente, salgo de la habitación con los zapatos en una mano, la carta en la otra y la colcha bajo el brazo. Al bajar los escalones que crujen, me hago más ligero, aprieto los dientes; por fin, llego sin dificultad al pie de la escalera, y heme de nuevo en el portal.

Me pongo los zapatos, tomándome tiempo para atarlos, y permanezco un instante tranquilo después de terminar, con la mirada en el vacío, sin pensar en nada y con la carta en la mano.

Después me levanto y salgo.

La llama vacilante de un farol de gas oscila en lo alto de la calle; voy a colocarme bajo la luz, apoyo mi paquete contra el farol y abro la carta; todo ello con extrema lentitud.

Como si un torrente de luz me atravesara el pecho, lanzo una exclamación, una absurda nota de alegría: la carta procede del redactor jefe, mi artículo está aceptado, y enviado

inmediatamente a componer. «Algunas ligeras modificaciones... Corrección de algunos errores de pluma... Lleno de talento... Impreso mañana... Diez coronas.»

Reí y lloré, me puse a correr calle arriba, me detuve, golpeé mis piernas, invoqué a mis grandes dioses, al vacío, por hacer algo. Y el tiempo pasaba.

Durante toda la noche, hasta llegar el día, canté por las calles, lleno de alegría, y repetía: «Lleno de talento». Era, pues, una pequeña obra maestra, un rasgo del genio. ¡Y diez coronas!

SEGUNDA PARTE

Una tarde, algunas semanas después, me encontraba en las afueras.

Nuevamente había ido, para sentarme, a un cementerio y había escrito un artículo para un periódico. Mientras estaba trabajando allí dieron las diez, la noche cayó e iban a cerrar las puertas. Tenía hambre, mucha hambre. Desgraciadamente, las diez coronas sólo habían durado poco tiempo. Ya hacía dos, casi tres días, que no comía nada, y me sentía deprimido; hasta sostener el lápiz me fatigaba. Tenía en el bolsillo la mitad de un cortaplumas y un manajo de llaves, pero ni un cuarto.

Cuando cerraron la puerta del cementerio, debí, haberme ido derecho a casa, pero vagué todavía algún tiempo. Me inspiraba un terror instintivo mi cuarto, tan tétrico y vacío: un taller abandonado de hojalatero, donde se me permitía vivir provisionalmente. Deambulé al azar, pasé ante el Depósito, bajé hasta el mar y fui a sentarme en un banco, en el muelle del Ferrocarril.

Por entonces no tenía ideas tristes. Olvidé mi miseria y me sentí sosegado a la vista del puerto, apacible y bello en la semioscuridad. Siguiendo una vieja costumbre, quise proporcionarme una alegría relejendo lo que acababa de escribir, y que a mi cerebro enfermo le parecía lo mejor que hasta entonces hiciera. Saqué el manuscrito del bolsillo, lo acerqué a mis ojos y lo recorrí página por página. Aquello me fatigó y guardé las cuartillas. Todo estaba tranquilo: el mar se extendía semejante a un nácar azulado. Un policía paseaba un poco lejos, era la única alma viviente que por allí se veía, y todo el puerto estaba silencioso.

Cuento de nuevo mi fortuna: la mitad de un cortaplumas, un manajo de llaves, pero ni un cuarto. De pronto busco en el bolsillo y saco de nuevo mis cuartillas. Es un acto mecánico, un reflejo inconsciente. Busco una hoja blanca, una bella hoja virgen y... Dios sabe de dónde me vino aquella idea... Hago un cucurucho, lo cierro con precaución para que esté lleno de aire y lo arrojo tan lejos como me es posible, sobre el pavimento. El viento lo lleva un poco más lejos, pero al fin se detiene.

El hambre me alteraba el sistema nervioso. Miré el cucurucho de papel blanco, que tenía el aspecto de envolver monedas de plata relucientes, y me engañé imaginando que contenía algo. Hasta me invité a adivinar la cantidad... ¡Y si acertaba exactamente, sería para mí! Me imaginaba las bellas piececitas de diez óre en el fondo y las grandes coronas estriadas encima... ¡Un cucurucho completamente lleno de dinero! Lo miraba con los ojos muy abiertos y, cómplice de mí mismo, me animaba a ir a robarlo.

Entonces oí toser al policía... ¿Cómo se me ocurrió remedarlo? Me levanté del banco, y tosí tres veces para que me oyera. ¡Cómo se arrojaría sobre el cucurucho cuando llegara cerca! Me regocijaba del chasco que iba a llevarse, me frotaba las manos, enajenado, y juraba a todos los vientos. ¡Cómo haría el ridículo, el granuja! ¡Que el diablo me llevase, si no iba dando volteretas hasta el mismo infierno

y sufría los más terribles tormentos aquel canalla! Estaba transido de inanición, el hambre me enloquecía por completo.

Poco después llega el agente, haciendo sonar su calzado ferrado sobre el pavimento, escudriñando por todos lados. Marcha despacio; tiene toda la noche ante sí; no ve el cucurucho... hasta estar muy cerca de él. Entonces se para y lo observa. ¡Tiene un aspecto tan blanco y tan hermoso, bien colocado sobre el pavimento! Tal vez sea una pequeña cantidad, ¿eh? Lo coge... ¡Jem! Es ligero, muy ligero. Quizá sea una pluma de precio, un adorno de sombrero... Lo abre con precaución con sus grandes manos, y mira. Yo río, río golpeándome las piernas, río desesperadamente. De mi garganta no sale un sonido, mi risa es silenciosa y febril, tiene la profundidad de un sollozo...

Luego suenan de nuevo pasos sobre el pavimento; el agente da una vuelta por la plaza. Yo tengo los ojos arrasados en lágrimas, el hipo me sofoca, estoy fuera de mí, de alegría febril. Me pongo a hablar alto, contándome la historia del cucurucho, e imitando los gestos del pobre agente, meto un ojo en el hueco de la mano y me repito sin cesar: «¡Ha tosido al tirarlo! ¡Ha tosido al tirarlo!». A estas palabras agrego otras, les doy un aire malicioso, doy vueltas a la frase y la afilo: «¡Tosió una vez... ju, ju!».

Di todas las variaciones posibles a estas palabras, y la noche estaba muy avanzada cuando mi excitación cesó. Una tranquilidad agobiadora cayó sobre mí, era una agradable lasitud a la que me abandoné sin resistencia. La oscuridad era un poco más densa, y una leve brisa abría surcos en el nacarado mar. Los buques, cuyos palos veía tocando el cielo, parecían, con sus negros cascos, monstruos silenciosos con los cabellos erizados que me aguardaban, al acecho. Yo no sentía ningún dolor; el hambre me había embotado la sensibilidad; por el contrario, me sentía deliciosamente vacío, sin ningún contacto con lo que me rodeaba, y feliz por no ser visto de nadie. Extendí las piernas sobre el banco y me volví hacia atrás; así podía sentir mejor todo el bienestar de la separación. No había ni una nube en mi alma, ninguna sensación de malestar y, tan lejos como podía llegar mi pensamiento, no envidiaba nada, no tenía ni un deseo insatisfecho. Estaba tumbado con los ojos abiertos, en un estado singular; estaba ausente de mí mismo, me sentía deliciosamente lejano.

Ni un ruido vino a molestarme; la clemente oscuridad había ocultado el Universo a mis ojos y me había rodeado de una tranquilidad imperturbable... Sólo el monótono rumor apagado del gran silencio vacío llegaba a mis oídos. Y los negros monstruos que estaban allí iban a cogerme, llegada la noche, y llevarme muy lejos, al otro lado del mar, a través de países extraños, donde no vivía el ser humano. Y me conducirían al castillo de la princesa Ylajali, donde me esperaba un esplendor insospechado, más grande que todo el humano esplendor. Ella misma estaría sentada en una sala deslumbrante, en la que todo son amatistas, sobre un trono de rosas amarillas, me tendería la mano cuando yo entrase, me saludaría, daría el grito de bienvenida al aproximarme y yo me arrodillaría. «¡Bien venido, caballero! ¡Bien venido a mi casa y a mi país! Te he esperado durante veinte estíos y te he llamado en todas las noches claras. Cuando estabas apenado he llorado en esta sala, y cuando dormías te he inspirado deliciosos sueños...» La hermosa coge mi mano y me acompaña a través de largas galerías o entre grandes legiones de hombres que gritan: «¡Viva!», y a través de los claros jardines en los que trescientas muchachas juegan y ríen. Me conduce a otra sala, donde todo es de esmeraldas brillantes, con las que el sol juega. Por las galerías y los pasillos pasa la sinfonía de una música embriagadora, y los aromas de los perfumes llegan a mi rostro. Tengo su mano en la mía, y siento correr en mi sangre las locas delicias del sortilegio. Rodeo su talle con mi brazo

y ella murmura: «¡Aquí no, más lejos aún!». Entramos en la sala roja, donde todo es de rubíes, un esplendor espumoso en que me abismo. Siento entonces su brazo alrededor de mi cuello, su aliento en mi rostro cuando murmura: «¡Bien venido por amor! ¡Dame un beso! Otro..., otro».

Desde mi banco, veo las estrellas completamente encima de mi rostro, y mi pensamiento flota en un huracán de luz...

Me había dormido echado en el banco y era el agente quien me despertaba. Me devolvían implacablemente a la vida y a la miseria. Mi primer sentimiento fue una estúpida extrañeza al encontrarme fuera de la hermosa estrella, pero pronto dejó lugar a un amargo descorazonamiento. Estaba a punto de llorar de pena por estar aún en la vida. Había llovido mientras dormía, mis ropas estaban mojadas y sentía en mis miembros un frío húmedo. La oscuridad había aumentado, y apenas podía distinguir las facciones del agente que estaba ante mí.

-¡Vamos -dijo-, levántese!

Me levanté en seguida. Si me hubiera ordenado que me volviera a echar, le hubiera obedecido igual. Estaba muy deprimido, completamente sin fuerzas, y además, comencé casi instantáneamente a sentir hambre.

-¡Espere un poco, idiota! -me gritó el policía-. Se va usted sin el sombrero. ¡Bueno, ahora márchese! -Me parecía también que hubiera olvidado..., que hubiera olvidado algo -balbuceé distraídamente-. ¡Gracias, buenas noches!

Partí tambaleándome.

¡Si tuviese aunque sólo fuera un poco de pan que llevarme a la boca! Uno de esos deliciosos panecillos de centeno que se pueden comer andando. Me representé con toda precisión la clase especial de pan de centeno que sería bueno poseer. Tenía un hambre canina, anhelaba estar muerto y desaparecido, me puse sentimental y comencé a llorar. Mi miseria, ¿no tendría nunca fin? De pronto me paré en medio de la calle, golpeé el suelo con el pie y juré en voz alta. ¿Qué me había llamado? ¿Idiota? ¡Voy a enseñarle a ese agente lo que cuesta llamarme a mí idiota! Di media vuelta, y volví corriendo sobre mis pasos. Me sentía inflamado y ardiente de cólera. En la parte baja de la calle di un mal paso y caí, pero no le di importancia; me levanté de un salto y seguí corriendo. Sin embargo, al bajar a la plaza del Ferrocarril estaba tan fatigado, que me sentí sin fuerzas para llegar hasta el muelle. Además, durante la carrera, mi cólera había decaído. Después de todo, ¿no era completamente indiferente lo que había dicho aquel bruto de agente? «Sí, pero hay cosas que yo no puedo tolerar.» «¡Sin duda! -me interrumpí yo mismo-; pero él no se había dado cuenta!» Encontré satisfactoria esta excusa. Me repetí que él no se había dado cuenta. Di de nuevo media vuelta.

«¡Dios mío, las cosas que inventas!», pensé con indignación. ¡Correr como un loco por estas calles mojadas, en plena noche! El hambre me roía intolerablemente y no me dejaba reposar. De vez en vez tragaba saliva, con la esperanza de satisfacerme, y me parecía que esto me tranquilizaba. Hacía ya muchas semanas, antes de este ayuno completo, que había tomado demasiado poco alimento y mis fuerzas habían disminuido considerablemente en los últimos tiempos. Aunque tuviera la suerte de obtener un billete de cinco coronas por uno u otro medio, nunca duraría aquel dinero el tiempo suficiente para permitirme restablecerme por completo antes de tener que sufrir un nuevo período de ayuno. Habían sufrido sobre todo mi espalda y mis hombros. Tosiendo fuerte o marchando inclinado, podía contener un momento aquel malestar del pecho; mas para el hombro y las espaldas no tenía remedio. ¿Cómo podía creerse

que mi situación no podía despejarse? ¿Acaso no tenía yo tanto derecho a vivir como cualquier otro, como el librero-anticuario Pascha, por ejemplo, o Hennechen, el comisionista marítimo? ¡Como si yo no tuviera hombros de gigante y dos sólidos brazos para trabajar! ¡Como si no hubiera solicitado una plaza de leñador, en la calle de los Molineros, para ganar mi pan cotidiano! ¡Como si yo fuera perezoso! ¿No había buscado empleos, seguido cursos, escrito artículos, estudiado y trabajado noche y día como un condenado? ¿Y no había vivido como un avaro, alimentándome con pan y leche, cuando tenía mucho dinero, con pan seco cuando tenía poco y ayunando cuando no tenía nada? ¿Es que vivía en un hotel? ¿Tenía yo un piso completo en algún entresuelo? Vivía en un granero, en un taller de hojalatero, de donde todo el mundo había huido el último invierno porque nevaba dentro. Por tanto, no podía comprender nada absolutamente.

Caminaba, reflexionando en todas estas cosas, y en mi pensamiento no había siquiera una sombra de perversidad, de envidia o de amargura. Me detuve ante un comercio de colores y miré al escaparate: intenté leer las etiquetas de algunos botes de hojalata, pero todavía estaba muy oscuro. Excitado contra mí mismo por este nuevo antojo, furioso, exasperado por no poder saber lo que contenían los botes, di un golpe en el cristal y me marché. Distinguí un policía en lo alto de la calle, apresuré el paso, fui derecho a él y le dije a quemarropa:

-Son las diez.

-No, las dos -respondió, asombrado.

-No, las diez -dije-. Son las diez. Y temblando de cólera, avancé aún algunos pasos, cerré el puño y dije: ¡Dígame, son las diez!

Meditó un momento, examinó mi figura y me miró estupefacto. Por fin, dijo dulcemente:

-De todos modos, es hora de que vuelva usted a su casa. ¿Quiere que le acompañe?

Esta amabilidad me desarmó; sentí subir las lágrimas a mis ojos y me apresuré a contestar:

-¡No, gracias! Me he retrasado un poco en el café. Se lo agradezco.

Llevó la mano a su casco cuando me separé de él. Su amabilidad me había abrumado, y lloré por no tener cinco coronas para dárselas. Me paré lentamente; me golpeé la frente, y lloré cada vez más violentamente según se alejaba. Me insulté a mí mismo por mi pobreza, me di nombres de pájaros, inventé denominaciones hirientes, preciosos hallazgos de groseras injurias que me aplicaba a mí mismo. Proseguí hasta que casi llegué a mi puerta. Al llegar, descubrí que había perdido mis llaves.

-¡Naturalmente! -me dije con amargura-. ¿Por qué no perder las llaves? Vivo aquí en un patio en que hay una cuadra abajo y un taller de hojalatero arriba. La puerta se cierra por la noche, y nadie, absolutamente nadie, puede abrirla; entonces, ¿por qué no perder mis llaves? Estaba mojado como un perro, tenía hambre, y las rodillas ridículamente flojas..., entonces, ¿por qué no perder mis llaves? Además, ¿por qué no se habría mudado toda la casa al barrio de Aker para que yo no la encontrara cuando quería entrar...? Y me reía de mí mismo, endurecido por el hambre y el frío.

Oía piafar a los caballos en la cuadra, y encima podía ver mi ventana. En cuanto a la puerta, era imposible abrirla e imposible entrar en el patio. Cansado y con el alma llena de amargura, me decidí a volver al muelle en busca de mis llaves.

Había comenzado a llover, y sentía el agua que atravesaba mi chaqueta hasta llegar a la espalda. Ante el Depósito se me ocurrió una idea luminosa; pediría a la policía que me abriera la

puerta. Me dirigí inmediatamente a un agente, y le rogué que me acompañara para entrar a mi casa, si podía.

-¡Ah, si pudiera, sí! -Pero no había manera, no tenía él las llaves. Las llaves de la policía no estaban allí, estaban en la oficina de los inspectores.

-¿Qué hacer entonces? -Nada, ir a acostarse al hotel.

-Pero, precisamente yo no puedo ir a dormir al hotel; no tengo dinero. He estado de juerga en el café, usted comprende...

Permanecimos allí un instante, en la escalera del Depósito. Él reflexionaba, meditaba, mientras me examinaba. A nuestro alrededor, la lluvia caía a torrentes.

-Entonces, vaya usted al puesto de guardia y hágase conducir como transeúnte -dijo.

¿Como transeúnte? No había pensado en eso. ¡Caramba, era una buena idea! Y di las gracias al agente por tan excelente hallazgo.

-Entonces, ¿no tengo más que entrar y decir que soy transeúnte?

-Nada más.

-¿Su nombre? -preguntó el inspector de servicio. Tangen... Andrés Tangen.

No sé por qué mentí. Mis pensamientos flotaban dispersos, y tenía más impulsos extraños de lo que era conveniente. Inventé rápidamente ese nombre, muy diferente del mío, y lo lancé sin premeditación. Mentí sin necesidad.

-¿Profesión?

Esto era ponerme entre la espada y la pared. ¡Jem! Pensé inmediatamente en hacerme hojalatero, pero no quise. Me había dado un nombre como no lo tienen los hojalateros; además, yo llevaba gafas. Se me ocurrió dar un golpe de audacia; avancé un paso y dije con tono firme y solemne:

-Periodista.

El secretario hizo un movimiento de sorpresa y luego escribió. Yo estaba ante la barra, majestuoso como un ministro sin domicilio. No desperté ninguna sospecha.

El secretario comprendía perfectamente que yo hubiera vacilado en responder. ¡Cómo suponer a un periodista en el Depósito, sin casa ni hogar!

-¿En qué periódico... señor Tangen?

-En el *Morgenbladet*-contesté-. He tenido la desgracia de estar de juerga hasta muy tarde, esta noche...

-¡No hablemos de eso! -interrumpió. Y agregó sonriendo-: Cuando la juventud se excita... ¡Sabemos lo que es eso!

Se levantó, se inclinó cortésmente ante mí y, dirigiéndose a un agente, le dijo:

-Conduzca al señor a la sección reservada. Buenas noches.

Sentí que un escalofrío recorría mi espalda ante mi audacia, y al andar apreté los puños para guardar la serenidad.

-El gas alumbró durante diez minutos -dijo el agente parado ante la puerta.

-¿Y luego se apaga? -Luego se apaga.

Me senté sobre la cama y oí echar la llave. La clara celda tenía un aspecto agradable. Me sentía bien abrigado y escuché con un sentimiento de bienestar la lluvia que caía fuera. ¡No podía desear nada mejor que un cuarto como éste, tan íntimo! Mi contento aumentaba. Sentado en el lecho, con el sombrero en la mano, los ojos fijos en la llama del gas, comencé a recordar las circunstancias de mis primeras relaciones con la policía. Porque éstas eran las

primeras. ¡Y cómo lo había enredado! Tangen, periodista. ¿Qué quiere usted? Y después ¡*Morgenbladet!* ¡Cómo había acertado al hombre en el corazón con *Morgenbladet!*

No hablemos de eso, ¿eh? ¡Asistir a la recepción de gala de la Presidencia del Consejo hasta las dos, haber olvidado en casa mi llave y una cartera con algunos billetes de mil! Conduzca al señor a la sección reservada...

De pronto, el gas se apagó con una rapidez sorprendente, sin disminuir, sin decrecer. Estoy en una profunda oscuridad, no puedo ver mi mano, ni las paredes blancas de mi alrededor, nada. No podía hacer más que meterme en la cama. Me desnudé.

Pero no tenía sueño y no podía dormir. Estuve echado un momento, mirando la oscuridad, aquellas espesas y macizas tinieblas que no tenían fondo y que yo no podía concebir. Mi imaginación era incapaz de comprenderlas. Estaba todo negro, sobre toda medida, y notaba que la oscuridad me oprimía. Cerré los ojos, me puse a canturrear y me eché de un lado y de otro en el camastro para distraer mi imaginación, pero sin éxito. La oscuridad había tomado posesión de mi pensamiento y no me dejaba reposar un instante. ¿Y si me hubiera disuelto en las tinieblas, si yo no fuera más que una parte de ellas? Me incorporé en el lecho y moví los brazos.

Mi nerviosismo llevaba toda la ventaja, y por más que lo intentaba todo para combatirlo, no conseguía nada. Yo estaba allí, víctima de las más extrañas fantasías, imponiéndome silencio a mí mismo tarareando canciones de cuna, sudando a causa de los esfuerzos que hacía para calmarme. Tenía los ojos fijos en las tinieblas y nunca en mi vida las había visto semejantes. No había duda de que me hallaba ante una clase especial de tinieblas, un elemento absurdo jamás observado por nadie hasta entonces. Se me ocurrían las ideas más ridículas, y cualquier cosa me producía terror. Un agujerito que había en la pared, junto a mi cama, me preocupaba enormemente; supongo que sería el hueco dejado por un clavo: una marca en el muro. Lo palpaba, soplaba dentro e intentaba adivinar su profundidad. No era un agujero inocente ni mucho menos; era un agujero muy sospechoso, lleno de misterio, del que había de desconfiar. Obsesionado con la idea del agujero, completamente fuera de mí, lleno de curiosidad y de terror, acabé por saltar del lecho y buscar mi medio cortaplumas para medir la profundidad del agujero convencerme de que no llegaba al cuarto contiguo.

Volví a acostarme para tratar de dormir; pero, en realidad, para volver a luchar con las tinieblas. La lluvia había cesado fuera, y no se oía ningún ruido. Durante un rato presté atención a la calle y no descansé hasta oír los pasos de un transeúnte, un agente, a juzgar por el sonido. De pronto me puse a dar chasquidos con los dedos mientras soltaba la risa. ¡Era endiabladamente gracioso! ¡Ah! Creía haber encontrado una palabra nueva. Me incorporé y dije: «Esto no existe en el idioma, soy yo quien ha inventado ésta: "Kuboa". Tiene letras como una palabra. ¡Bondad divina, hijo mío, has inventado una palabra... "Kuboa"... de una gran importancia gramatical!». Veía claramente la palabra ante mí, en las tinieblas.

Permanecí con los ojos muy abiertos, asombrado de mi hallazgo, y reí de alegría. Luego empecé a hablar en voz baja, para que no me oyeran, porque quería guardar el secreto de mi invento. Había llegado a la completa locura del hombre, estaba vacío y no sufría, y ya no tenía las riendas de mi imaginación. Reflexioné silenciosamente. Con los más extraordinarios saltos de razonamiento, me puse a profundizar en la significación de mi nueva palabra. Nada le obligaba a significar «Dios» o «Tívoli», y, ¿quién había dicho que significaba «exposición de ganado»? Apreté violentamente el puño y repetí: «¿Quién ha dicho que significa "exposición de ganado"?». Reflexionando bien, no era necesario que quisiera decir «candado» o «amanecer». A una palabra

como aquella no era difícil encontrarle un sentido. Esperaría, tendría paciencia. Entretanto, podía dormir.

Echado en mi camastro, reía burlonamente, sin decir nada ni pronunciarme en pro o en contra. Al cabo de algunos minutos me puse nervioso, la nueva palabra me torturaba sin descanso, volvía sin cesar a mi pensamiento, como una obsesión, y me puse serio. Me había forjado una opinión acerca de los significados que no debía tener, pero no había adoptado ninguna decisión acerca de los que debía tener. «¡Es una cuestión secundaria!», declaré en voz alta. Me cogí del brazo y repetí que era una cuestión secundaria. La palabra estaba hallada, gracias a Dios, y eso era lo principal. Pero la imaginación no dejaba de atormentarme y me impedía dormir; nada me parecía bastante para aquella rara palabra. Por fin me incorporé de nuevo, y me dije, oprimiéndome la cabeza: «¡No, precisamente es imposible hacerle significar "emigración" o "manufactura de tabaco"!». De haber podido significar algo por este estilo, hace tiempo que me hubiera decidido, cargando con las responsabilidades. No; realmente la palabra es propia para significar algo *psíquico*, un sentimiento del alma... ¿Cómo no lo comprendí antes? Y me exprimí los sesos para encontrar algo *psíquico*. Entonces me pareció que alguien se mezclaba en mi conversación y contesté enfurecido: «¿Le parece bien? ¡No, idiota, no te pareces a nadie! ¿"Lana para medias"? ¡Vete al diablo! ¿Por qué estoy obligado a darle el significado de "lana para medias", cuando me repugna especialmente ese significado? Soy yo quien ha inventado la palabra, y, por tanto, tengo absoluto derecho para darle el significado que quiera. Todavía no me he decidido, me parece...».

Pero mi cerebro se embarullaba cada vez más. Por último salté de la cama y busqué a tientas el grifo. No tenía sed, pero me ardía la cabeza y sentía una necesidad imperiosa de agua, una necesidad instintiva.

Después de haber bebido, volví al lecho y adopté la resolución de dormir, a toda costa. Cerré los ojos y procuré estarme tranquilo. Permanecí extendido varios minutos sin moverme, empecé a sudar y la sangre empezó a golpear violentamente en mis venas. ¡Era de todo punto insólito; era demasiado chusco buscar dinero en el cucurucho! Además, no tosió más que una vez. Y me decía si aún seguiría paseando. ¿O se habría sentado en mi banco...? El nácar azul..., los buques...

Abrí los ojos. ¡Para qué tenerlos cerrados si no podía dormir! Las mismas tinieblas reinaban en torno a mí, la misma insondable y negra eternidad contra la cual se revolvía mi imaginación, sin poder concebirla. ¿A qué podía compararla? Hice los esfuerzos más desesperados por encontrar una palabra que fuese bastante negra, que pudiera ennegrecerme la boca cuando la pronunciara. ¡Dios mío! ¡Qué negrura! Me distraje pensando en el puerto, en los buques, en los monstruos negros que me esperaban. Iban a aspirarme, a engullirme, a retenerme cautivo y a navegar, llevándome a través de mares y de tierras, a través de reinos sombríos que ningún hombre había visto. Me sentía a bordo, atraído por el agua, volando entre las nubes bajando.

Lancé un grito ronco, un grito de angustia, y me incorporé. Había hecho un viaje peligroso, lanzado a través de los aires como un objeto. ¡Qué sentimiento de bienestar cuando toqué con la mano el duro camastro! «¡Esto se parece a cuando uno muere -me dije-, es que vas a morir!» Permanecí un instante pensando en esto: iba a morir. Entonces me senté en el lecho y 81

me pregunté severamente: «¿Quién ha dicho que voy a morir? Soy yo quien encontré la palabra: tengo, pues, el derecho absoluto de decir lo que debe significar...». Comprendí que deliraba; lo comprendí antes de terminar de hablar. Mi locura era un delirio de debilidad,

agotamiento; pero no había perdido mi conciencia. Y, de repente, una idea atravesó mi cerebro; la idea de que me había vuelto loco. Sobrecogido de terror, salté de la cama. Fui tambaleándome hacia la puerta, que intenté abrir, y dos o tres veces me lancé contra ella para hacerla saltar; di de cabeza contra la pared, me quejé en alta voz, me mordí los dedos y juré...

Todo estaba tranquilo. Sólo mi propia voz chocaba en las paredes. Caí desplomado al suelo, y me sentí incapaz de moverme por más tiempo en la celda. Entonces distinguí en lo alto de la pared un cuadrado grisáceo, una mancha blancuzca, tenue... Era la claridad del día. ¡Ah, con qué delicia respiré! Adopté en el suelo una posición supina y lloré de alegría ante aquella bendita claridad, ante aquel anuncio de luz; sollocé de reconocimiento, envié besos a la ventana y me conduje como un loco. También en aquel instante tenía conciencia de lo que hacía. Todo mi desfallecimiento había desaparecido en un instante, toda mi desesperación y todos mis sufrimientos habían cesado; y, cuanto podía alcanzar mi pensamiento, no tenía ningún deseo insatisfecho. Me senté en el suelo, junté las manos y esperé pacientemente la llegada de la aurora.

¡Qué noche había pasado! Me llenaba de extrañeza que nadie hubiera oído ruido. Es cierto que yo estaba en la sección reservada, muy por encima de todos los detenidos. Un ministro sin domicilio, si así podía decirse. Siempre de excelente humor, con la mirada dirigida a la pared, a la ventana, cada vez más clara, me divertía en «jugar al ministro», me llamaba Von Tangen y me dirigía la palabra en estilo parlamentario. No cesaba de fantasear, sólo estaba menos nervioso. ¡Si no hubiera cometido la lamentable botaratada de olvidar en casa la cartera! Señor ministro, ¿no me concedería el honor de conducirme al lecho? Y con toda seriedad y mucha ceremonia fui hacia el camastro.

Había ya tanta claridad, que pude distinguir las dimensiones de la habitación, y un poco más tarde pude ver el enorme cerrojo de la puerta. Aquello me divertía. La oscuridad uniforme, de un espesor tan irritante, de un espesor tal que me impedía verme a mí mismo, se había roto. Mi sangre se tranquilizó, y pronto sentí que mis ojos se cerraban.

Me despertaron unos golpes dados en la puerta. Apresuradamente salté del lecho y me vestí; mi traje conservaba todavía la humedad de la víspera.

-¿Quiere hacer el favor de presentarse al inspector de día? -me dijo el agente.

« ¡Aún habré de llenar algunas formalidades! », pensé con terror.

Entré en una habitación del piso bajo, donde había sentadas treinta o cuarenta personas, todas sin domicilio. Una a una, iban siendo llamadas por el orden de registro, y a cada una se le entregaba un bono de alimentos. El inspector decía a cada momento al agente que había a su lado:

-¿Ha cogido su bono? No olvide entregarles los bonos. Necesitan comer.

Yo miraba los bonos y esperaba que me diesen uno.

-¡Andrés Tangen, periodista!

Avancé y me incliné.

-¡Dios! ¿Cómo es posible que esté *usted* aquí? Expliqué todo lo ocurrido, conté la misma historia que la víspera, mentí con los ojos bien abiertos y sin pestañear, mentí con sinceridad:

-Me entretuve hasta muy tarde en el café, perdí la llave...

-Sí -dijo sonriendo-, eso es lo que pasa. ¿Ha dormido usted bien al menos?

-¡Como un ministro! -contesté-. ¡Como un ministro!

-Me alegro mucho -dijo, levantándose-. ¡Buenos días!

Y salí.

¡Un bono, un bono también para mí! No había comido en tres largos días con sus largas noches. ¡Pan! Pero nadie me ofreció el bono, y yo no me atreví a reclamar. Inmediatamente hubiera despertado sospechas. Habrían comenzado a bucear en mis asuntos íntimos y hubieran descubierto lo que era realmente; me hubieran detenido por falsa declaración. Salí del Depósito con la cabeza levantada, la altivez de un millonario y las manos cruzadas a la espalda.

Brillaba un sol caliente, eran las diez; en el mercado Young el tráfico estaba en todo su apogeo. ¿Adónde ir? Meto la mano en el bolsillo, y toco mi manuscrito. Cuando fueran las once, intentaría ver al redactor jefe. Permanecí un momento apoyado en la balaustrada y 84

observé la vida que me rodeaba. Mi traje despedía un vaho húmedo. Reaparecía el hambre royéndome los intestinos, sacundiéndome, produciéndome agudos dolores, como finas picaduras que me hacían sufrir. Pero ¿no tenía ni un amigo, ni un conocido a quien dirigirme? Busqué en mi memoria una persona que me pudiera dar diez *ere*, y no la encontré. No obstante, el día era espléndido; había mucho sol y mucha luz en torno a mí; el cielo se abría, como una mar suave, en las montañas de Lier...

Sin darme cuenta, había emprendido el camino de mi casa.

Tenía un hambre terrible. Cogí del suelo una viruta de madera y la mastiqué. Esto me satisfizo. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! La puerta estaba abierta. El palafrenero me dio los buenos días, como de costumbre.

-¡Hermoso tiempo! -dije.

Fue todo lo que supe decir. ¿Le rogaría que me prestara una corona? Si pudiera, seguramente lo haría con mucho gusto. Además, una vez le escribí una carta.

-¡Hermoso tiempo! -repitió-. ¡Jem! Tengo que pagar hoy mi habitación. ¿No sería usted tan amable que me prestara cinco coronas? Sólo por algunos días. Ya me hizo usted un favor otra vez.

-No puedo. Crea que me es imposible, Jens Ola; -contesté-. Ahora no. Tal vez luego, quizá esta tarde. Y subí, vacilante, la escalera que conducía a mi cuarto. Allí me tumbé en la cama y rompí a reír. ¡No era divertido que me hubiera ganado por la mano! Mi honor estaba salvado... Cinco coronas... ¡Que el buen Dios le ayude! Lo mismo podrías haberme pedido 85

cinco acciones del Restaurante Popular o una villa en Aker.

Y al pensar en las cinco coronas me hizo reír cada vez más fuerte. ¡Si será tunante! ¡Cinco coronas! ¡A buena puerta llamaba! Mi alegría aumentaba y yo me abandonaba a ella. ¡Puf! ¡Qué olor a cocina hay aquí! ¡El fuerte olor de las chuletas para el almuerzo, puf! Abrí la ventana para airear la habitación y expeler aquel olor repugnante. ¡Camarero, un bisté! Vuelvo hacia la mesa, la mesa inválida que he de sostener con las rodillas para poder escribir, me inclino profundamente y digo: «Permítame una pregunta: ¿desea usted beber vino? ¿No? Soy Tangen, el ministro Tangen. Desgraciadamente, me estuve divirtiendo hasta muy tarde... La llave de la puerta cochera...».

Y mi imaginación desbocada escapa de nuevo por los caminos de la aventura. Me doy cuenta de la incoherencia de mis palabras, y no pronuncio ni una sin oír y entenderla. Me digo a mí mismo: « ¡Ya vuelves a divagar!». Y, sin embargo, no puedo impedirlo. Era como estar acostado sin dormir y hablar en sueños. Mi cabeza está ligera, sin dolor, completamente despejada, y en mi alma no hay nubes. Voy a la deriva, sin oponer ninguna resistencia.

«¡Entre! ¡Entre usted! ¡Mire, todo es de rubies! ¡Ylajali, Ylajali! ¡El diván es de seda roja; afelpada! ¡Cómo respira afanosamente! ¡Un beso, amada mía, otro, otro! Tus brazos son como el ámbar, tus labios son de fuego... ¡Camarero, he pedido un bisté...!»

El sol entraba por mi ventana, oía a los caballos ronzando, abajo su pienso. Yo masticaba la viruta, de buen humor, con el alma alegre como un niño, mien86

tras palpaba mi manuscrito; yo no pensaba en él, pero mi instinto me decía que existía, mi sangre me lo recordaba. Lo saqué.

Como estaba mojado, lo desdoblé y lo extendí al sol. Luego me puse a pasear por el cuarto. ¡Cómo deprimía su aspecto! En el suelo, por todas partes, trocitos de hojalata; pero ni una silla en donde sentarse, ni un clavo en las desnudas paredes. Nada que pudiera empeñarse o ser devorado. Algunas hojas de papel en la mesa, cubiertas de espeso polvo, constituían toda mi fortuna. La vieja colcha verde sobre la cama, me la había prestado Hans Pauli, algunos meses antes... ¡Hans Pauli! Produje un chasquido con mis dedos. ¡Hans Pauli Pettersen me auxiliaría! Intenté recordar su dirección. ¡Cómo había podido olvidar a Hans Pauli! Seguramente le molestaría mucho que no me hubiese dirigido a él inmediatamente. Vivamente, me pongo el sombrero, recojo mi manuscrito y me precipito escalera abajo.

-¡Oye, Jens Ola! -grito en el patio-. Creo que podré hacer algo por ti esta tarde.

Al llegar al Depósito, veo que son más de las once, y me decido ir inmediatamente a la redacción. Ante la puerta de la oficina me paro para comprobar si mis cuartillas están ordenadas; las coloco con cuidado, me las guardo y llamo. Al entrar, oigo las palpitaciones de mi corazón.

Tijeras está en su sitio, como de costumbre. Tímidamente pregunto si está el redactor jefe. No obtengo respuesta. El hombre, armado de grandes tijeras, busca noticias en los periódicos provincianos.

Repito mi pregunta y avanzo.

-El redactor jefe no ha llegado -dice por fin *Tijeras*, sin levantar los ojos.

-¿Cuándo vendrá?

-No sé, no puedo decirlo.

-¿Hasta qué hora está abierta la redacción?

La pregunta queda sin contestar, y me veo forzado a retirarme. *Tijeras* no se había vuelto a mirarme. Me reconoció por la voz. Como era mal visto allí, no se dignaba ni contestarme. ¡Sería una orden del redactor jefe! He de advertir que desde la aceptación de mi famoso artículo de las diez coronas, le había abrumado con mis trabajos, forzando su puerta casi diariamente con cosas inútiles que tenía que leer de cabo a rabo antes de devolvérmelas. Sin duda acabó por tomar sus medidas... Me puse en camino hacia el arrabal de Homansby en Hans Pauli Pettersen era un estudiante del campo. Habitaba una buhardilla en una casa de cuatro pisos, porque Hans Pauli era pobre. Pero si tenía una corona, no me la rehusaría. Me la daría. Estaba tan seguro como si ya la tuviera en la mano. Durante todo el camino me entusiasmó aquella corona, tan seguro estaba de tenerla. Encontré la puerta cerrada y tuve que llamar.

-Quería hablar con el señor Pettersen, el estudiante -dije, haciendo ademán de entrar-. Conozco su habitación.

-¿El señor Pettersen, el estudiante? -repitió la criada-. ¿Es el que vivía en la buhardilla? Se ha mudado. No sé dónde, pero rogó que le enviaran la correspondencia a casa de Hermansen, en la calle de la Aduana.

La criada no dijo el número.

Lleno de fe y esperanza, fui a la calle de la Aduana para obtener la dirección de Hans Pauli. Era mi último recurso, y había que aprovecharlo. Por el camino pasé ante una casa recién edificada; en la acera, dos carpinteros estaban cepillando. Cogí del suelo dos virutas

relucientes, me metí una en la boca, y guardé en el bolsillo la otra para más tarde. Seguí mi camino. En el escaparate de una panadería acababa de ver un pan de diez óre extraordinariamente grande, el más grande que se podía conseguir por aquel precio...

-Vengo a saber la dirección del señor Pettersen, el estudiante.

-Calle de Bernt Aker, número diez, buhardilla... ¿Va usted allí? En este caso podría hacer el favor de llevarle algunas cartas que han llegado para él.

Vuelvo a subir al centro de la ciudad por el mismo camino que había llevado, y paso otra vez ante los carpinteros que estaban sentados con sus platos entre las rodillas, comiendo un buen almuerzo caliente del Restaurante Popular. Paso de nuevo por la panadería. El pan continúa en su sitio. Llego por fin a la calle de Bernt Aker, medio muerto de hambre. La puerta está abierta, y subo todos los escalones hasta llegar a la buhardilla. Saco las cartas del bolsillo para poner de buen humor a Hans Pauli al entrar. Seguramente no rechazaría este golpe de mano cuando le explicara las circunstancias en que me encontraba, seguramente no. Hans Pauli tenía un gran corazón; siempre lo dije...

En la puerta encontré su tarjeta. «H. P. Pettersen, estudiante de Teología... Ha marchado con su familia.»

Me senté allí mismo, en el suelo, abrumado por una pesada lasitud, un gran aturdimiento. Repetí varias veces maquinalmente: «¡Se ha marchado con su familia! ¡Se ha marchado con su familia!». Luego enmudecí. No había una lágrima en mis ojos, no pensaba nada, no sentía nada. Permanecí allí con los ojos dilatados, mirando las cartas, sin comprender nada.

Pasaron diez minutos, quizá veinte, tal vez más, y seguía sentado en el mismo sitio, sin mover ni un dedo. Sentía aquel triste abandono como un peso.

Alguien subía la escalera. Me levanté y fui a su encuentro diciendo:

-Venía a ver al señor Pettersen, el estudiante..., traigo dos cartas para él.

-Se ha marchado con su familia -contestó la mujer-. Pero volverá después de las vacaciones. Si quiere usted, puedo quedarme con las cartas.

-Sí, muy bien, gracias -dije-; así las encontrará al volver. Quizá contienen algo importante. Buenos días. Salí, me paré en plena calle, y dije apretando los puños: «¡Voy a decirte una cosa, mi querido Buen Dios!». Y proferí las más insensatas imprecaciones. Di algunos pasos y me paré de nuevo. Súbitamente cambié de actitud, uní las manos, incliné la cabeza a un lado, y con voz dulce me pregunté: «¿Pero acaso te has dirigido a Él, hijo mío?».

La entonación no era justa.

¡Con una E mayúscula lo dije, con una E grande como una catedral! Así: «¿Pero acaso te has dirigido a Él, hijo mío?». Bajé la cabeza y adopté una voz afligida para contestar: «No».

Tampoco esta vez era justa la entonación.

No puedes hacerte el hipócrita, aunque eres loco. Hay que decir: « Sí, he invocado a mi Dios y a mi Padre». Y hay que dar a las palabras la más piadosa melodía que hayas oído jamás. Veamos, así. Sí, está mejor. Pero hay que suspirar, suspirar como un caballo que tiene retortijones de tripas. «¡Así!»

Ensayaba la lección mientras andaba, golpeaba impaciente el suelo con el pie cuando no me salía bien, y me llamaba estúpido, con gran asombro de los peatones, que se volvían a mirarme.

Masticaba mi viruta sin interrupción, y marchaba vacilante por las calles tan aprisa como podía. Sin darme cuenta, me encontré en la plaza del Ferrocarril. El reloj de El Salvador

marcaba la una y media. Me paré un instante, y me puse a reflexionar. Un sudor de cansancio perlaba mi rostro y me corría por los ojos. «¿Vamos a dar una vuelta por el muelle?» «¡Claro que sí, tienes tiempo!» Condescendí, y bajé hasta el muelle del Ferrocarril.

Allí estaban los buques, la mar ondulaba bajo el sol. Por todas partes había movimiento y actividad, mugidos de sirenas, mozos cargados con cajas, cantos alegres de los boteros de las pinazas. Cerca de mí estaba sentada una vendedora de pasteles, con su curtida nariz inclinada sobre su mesita de mercancías, absurdamente llena de golosinas. Me volví con repugnancia, porque invadía todo el muelle con olor de comida. ¡Puf! ¡Abrí las ventanas! Me dirigí a un caballero que se sentaba a mi lado, y le expliqué del modo más convincente aquel abuso: vendedores de pasteles por aquí, vendedores de pasteles por allá... ¿No? Con vendría, por tanto, que... Pero el hombre, cogido de sorpresa, no me dejó terminar el discurso; se levantó y se fue. Me levanté también y le seguí, firmemente resuelto a sacar al hombre de su error.

-Aun desde el punto de vista de la higiene... -le dije poniéndole la mano en el hombro. - Perdóneme; soy extranjero, y no conozco los reglamentos acerca de la higiene -dijo, mirándome con terror.

«¡Ah, bien! La cosa cambiaba si era extranjero... ¿No podría hacerle algún favor? ¿Acompañarle a visitar la ciudad? Sería un placer para mí, y no le costaría nada... »

Pero el hombre quería a toda costa desembarazarse de mí, y cruzó la calle a grandes zancadas para ganar la otra acera.

Volví al banco y me senté. Estaba muy agitado, y el gran organillo que había comenzado a tocar un poco más lejos aumentó mi agitación. Una música rígida, metálica, un fragmento de Weber acompañaba a una muchacha una melancólica canción. El organillo tenía tonos de flauta, impregnados de sufrimientos, que se infiltraban en mi sangre. Mis nervios comenzaron a sacudirme como si vibraran al unísono, y un instante después caí de espaldas en el banco, gimiendo y tarareando el aire de Weber. ¡Qué no inventarán nuestros sentimientos cuando nos aprieta el hambre! Me sentía absorbido por esta música, disuelto, convertido en música; chorreaba, me sentía muy distintamente chorrear música, mientras volaba muy por encima de las montañas, danzando en las zonas luminosas.

-¡Un óre! -dijo la muchacha tendiendo su platillo de hojalata-. ¡Sólo un óre!

-Sí -respondí inconscientemente, levantándome de un salto y rascándome los bolsillos. Pero la niña, creyendo que quería engañarla, se alejó en seguida, sin decir nada. Aquella muda resignación era demasiado para mí; si me hubiera injuriado, me hubiese parecido mejor. «No tengo ni un óre -le dije-; pero me acordaré de ti más tarde, quizá mañana. ¿Como te llamas? ¡Ah! Es un bonito nombre, no lo olvidaré. Hasta mañana entonces...»

Aunque no dijo una palabra, comprendí que no me creía, y lloré de desesperación porque aquella muchachita no quería creerme. La llamé otra vez, y rápidamente me quité la americana para darle mi chaleco. «Voy a indemnizarte -le dije-; espera un momento...» Pero no tenía chaleco.

¿Cómo se me ocurrió buscarlo? Hacía ya varias semanas que no era mío. ¿Qué me sucedía? La muchacha, asombrada, no esperó más y se retiró apresuradamente. Me fue forzoso dejarla marchar. La gente se arremolinó en torno a mí, y reía; un agente se abrió paso, se acercó a mí y preguntó qué ocurría.

-¡Nada -contesté-; absolutamente nada! Quería dar mi chaleco a esa chiquilla... para su padre... No tienen por qué reírse así. No tenía más que ir a casa y ponerme otro.

-¡Basta ya de hacer tonterías en la calle! -dijo el policía-. ¡Ea, márchese! Y me empujó por los hombros-. ¿Son suyos estos papeles? -me gritó.

-¡Ah, pardiez, sí! ¡Es mi artículo para el periódico! Son escritos muy importantes. ¡Cómo he podido ser tan imprudente...!

Cogí mis cuartillas, comprobé que estaban en orden, y me dirigí a la redacción, sin detenerme un instante ni para volver la cabeza. Eran las cuatro en el reloj de El Salvador.

La redacción estaba cerrada. Bajé la escalera sin hacer ruido, temiendo que me oyesen como un ladrón, y me paré, indeciso, después de cruzar el umbral. ¿Qué hacer? Me apoyé en la pared, con la vista fija en el suelo, y medité. Me incliné a coger un alfiler que brillaba a mis pies. Si descosiese los botones de mi americana, ¿qué me darían por ellos? Quizá no servían para nada. Los botones no eran, al fin y al cabo, más que botones; pero los cogí y los miré y remiré por todas partes, y los hallé casi nuevos. Me pareció una idea luminosa, podía descoserlos con la mitad de mi cortaplumas y empuñarlos. La esperanza de poder vender aquellos cinco botones me devolvió pronto el valor, y me dije: «¡Ya ves cómo se arregla!». Mi alegría me dio ánimo, y me puse inmediatamente a descoser los botones, uno a uno. Mientras, monologaba en silencio de esta forma.

«Sí, ya ve usted; están un poco desfondados, es un apuro momentáneo... ¿Usados dice usted? No, se engaña. Si hay alguien que use sus botones menos que yo, me gustaría verle. Debo advertirle que llevo siempre la americana desabrochada; es una costumbre adquirida en mi casa, una particularidad... No, no, desde el momento que usted no quiere, no digo nada. Pero necesito, por lo menos diez óre por estos botones... Pero, ¡Dios mío! ¿Quién dice que debe usted hacer eso? Cállese y déjeme en paz... Sí, puede ir a buscar a la policía. Yo esperaré aquí mientras busca usted un agente. Y no le robaré nada... ¡Muy bien, buenos días, buenos días, buenos días! Me llamo Tangen. Me estuve divirtiendo hasta un poco tarde...» Alguien bajaba la escalera. Instantáneamente volví a la realidad, reconocí a *Tijeras* y me apresuré a guardar los botones en el bolsillo. Quería pasar de largo, aun sin contestar a mi saludo, tan absorto iba en la contemplación de sus uñas; pero le detuve, y le pregunté si estaba el redactor jefe.

-No está.

-¡Miente usted! -dije, y con un descaro que me asombró a mí mismo proseguí-: Es necesario que le hable, se trata de un asunto urgente. Puedo comunicarle un informe de la Presidencia del Consejo.

-¿No puede usted decírmelo a mí, en todo caso? -¿A usted? -dije midiéndole con la mirada. Aquello surtió efecto. Inmediatamente volvió a subir conmigo y abrió la puerta. Sentí que el corazón se me subía a la garganta. Apreté violentamente las mandíbulas para darme ánimo, llamé y entré en el despacho del redactor jefe.

-Buenos días. ¿Ah, es usted? -dijo afablemente-. Siéntese.

Si me hubiera señalado la puerta, me habría producido mejor efecto. Me sentía a punto de llorar y dije: -Le ruego que me perdone...

-Siéntese -repitió.

Me senté y le expliqué que tenía un artículo que me agradaría mucho ver publicado en su periódico. Tanto trabajo y tantos esfuerzos me había costado.

-Lo leeré -dijo al cogerlo-. Sin duda, todo lo que escribe le cuesta esfuerzos; pero es usted demasiado violento. ¡Si pudiese usted ser un poco más circunspecto! Hay siempre demasiado nervio. Pero lo leeré. Se volvió hacia la mesa.

Me engañaba con promesas mentirosas. ¿Me atrevería a pedirle una corona? ¿Explicarle por qué siempre tenían nervio mis artículos? Seguramente me ayudaría; no sería la primera vez.

Me levanté. ¡Jem! Pero recordé que la última vez que le vi se quejó de falta de dinero y envió al ordenanza a cobrar algunas notas con que reunir una pequeña cantidad para mí. Quizá hoy estaría en el mismo caso. No, no lo haría. ¿No veía que se disponía a trabajar?

-¿Tiene usted algo más que decirme? -preguntó. -No -dije, procurando dar firmeza a mi voz-. ¿Cuándo puedo volver a saber algo?

-¡Oh!, cuando usted quiera; dentro de dos días, por ejemplo.

No pude hacer la petición que tenía en los labios. La amabilidad de aquel hombre me parecía ilimitada, y yo debía demostrar que la apreciaba. Antes, morir de hambre. Me marché.

Ni aun cuando en la calle sentí de nuevo los ataques del hambre me arrepentí de haber abandonado el despacho sin haberle pedido la corona. Saqué del bolsillo la segunda viruta, y me la metí en la boca. De nuevo me sentí aliviado. ¿Por qué no había hecho aquello antes? «Debería darte vergüenza -me dije en voz alta-. ¿Cómo se te ha podido ocurrir la idea de pedir a ese hombre una corona y comprometerlo una vez más?» Fui extremadamente duro conmigo mismo, y me reproché la descarada idea que había tenido. «¡Caramba, es lo más innoble que conozco! -dije-.

¡Asaltar a un hombre y casi arrancarle los ojos, sencillamente porque tú, perro miserable, necesitas una corona! ¡Ea, en marcha! ¡Más aprisa! ¡Más aprisa, vago! ¡Ya te enseñaré yo!»

Empecé a correr para castigarme, recorriendo al galope una calle tras otra, excitándome con exclamaciones rabiosas, espoleándome furiosamente en silencio cuando quería detenerme. Al llegar a lo alto de la calle de los Saules, me paré, a punto de llorar de rabia por no poder correr más; temblaba todo mi cuerpo, y me dejé caer en una escalinata. «¡Arriba!», me dije. Y para torturarme más volví a levantarme y me esforcé en permanecer de pie; me reí de mí mismo, y me deleitaba con mi propio agotamiento. Por fin, al cabo de unos minutos, me concedí, con un movimiento de cabeza, permiso para sentarme; aunque escogí el sitio más incómodo de la gradería.

¡Dios mío, qué bueno era descansar! Enjuagué el sudor de mi rostro y respiré el aire fresco a pleno pulmón. ¡Cómo había corrido! Pero no lo lamentaba, lo tenía bien merecido. ¿Por qué diablos había pensado pedir aquella corona? Ahora tocaba las consecuencias. Y comencé a hablarme con dulzura, a amonestarme como podría haberlo hecho una madre. Me sentía cada vez más conmovido, y en mi fatiga y en mi

agotamiento me puse a sollozar. Era una pena silenciosa y profunda, un sollozo interior sin una lágrima. Permanecí en el mismo sitio un cuarto de hora o algo más. La gente iba y venía, sin molestarme. Niños pequeños jugaban acá y allá a mi alrededor. Un pajarillo cantaba en un árbol, al otro lado de la calle.

Un agente de policía se acercó a mí y dijo:

-¿Por qué se sienta usted aquí?

-¿Por qué me siento aquí? -pregunté-. Por mi gusto.

-Hace media hora que le observo -dijo-. Hace ya media hora que está usted sentado. -Aproximadamente -contesté-. ¿Tiene usted algo más que decirme?

Me levanté furioso, y me marché.

Al llegar al mercado me detuve, y miré al suelo. «¡Por mi gusto! ¿Era ésta una contestación? Por fatiga, debiste decir con una voz quejumbrosa. No eres más que un buey,

nunca aprenderás a ser hipócrita... ¡Por inanición! ¡Y debieras haber resollado como un caballo!
»

Al llegar al cuartelillo de los bomberos me paré de nuevo, asaltado por una nueva idea. Hice chasquear mis dedos, a la vez que me echaba a reír, con gran asombro de la gente, y dije: «¡Ahora tienes que ir a casa del pastor Levison! ¡Voto al diablo! Sí, irás. Aunque no sea más que para intentarlo. ¿Qué te cuesta? Además, hace muy buen tiempo».

Entré en la librería de Pascha, encontré en el anuario la dirección del pastor Levison, y me fui hacia allá: «¡Esta vez la cosa es seria! -me dije-. ¡No hagas tonterías! ¿Tu conciencia, dices? Nada de puerilidades. Eres demasiado pobre para sostener una conciencia. Tienes hambre y vas para un asunto importante; y, además, con prisa. Pero hay que inclinar la cabeza, dar el tono a las palabras y hablar melodiosamente. ¿No quieres? Entonces te abandono, no doy un paso más, tenlo por seguro. Bueno: estás en un estado inquietante, eres el blanco del señor de las tinieblas; por la noche, sostienes una horrible lucha con enormes monstruos silenciosos, que son un horror. Tienes hambre y sed de leche y vino, pero no los posees. Mira adónde has llegado. Ya no te queda, por decirlo así, aceite en la lámpara. ¡Pero crees en la bondad divina, a Dios gracias, y aún no has perdido la fe! Por tanto, juntas las manos y adoptas un aire de satisfacción: tanto crees en la bondad divina. Por lo que se refiere al demonio, le odias bajo todos sus aspectos. Un libro de salmos, es otra cosa; un libro de salmos, como recuerdo, un pequeño recuerdo de un par de coronas.»

Me paré ante la casa del pastor y leí: «El despacho está abierto de doce a cuatro».

«¡Y ahora nada de puerilidades! -me dije-; ¡esto se pone serio! Vamos, inclina la cabeza, un poco más...» Y llamé a la puerta.

-Quisiera ver al pastor -dije a la criada.

Pero me fue imposible mezclar el nombre de Dios en la frase.

-Ha salido -contestó.

¡Ha salido! ¡Ha salido! Aquello echaba por tierra todo mi plan, trastornaba completamente lo que había pensado decirle. ¿De qué me servía, pues, mi caminata? ¡Bastante había ganado!

-¿Es algo de particular? -preguntó la criada. -No -contesté-; nada de particular. Pero como hace un tiempo tan hermoso, he querido venir a saludarlo.

Estábamos los dos frente a frente. Intencionadamente, saqué el pecho para llamar su atención sobre el alfiler que sujetaba mi americana; le rogaba con los ojos que viera por qué había venido; pero la pobre no entendió nada.

-Sí, hace un tiempo delicioso. ¿La señora tampoco está en casa?

-Sí, pero tiene reuma, está echada sobre un diván sin poder moverse... ¿Quiere usted que le pase algún recado u otra cosa?

-No, nada de eso. De cuando en cuando, como ahora, doy un paseo para hacer un poco de ejercicio. Es muy bueno después de almorzar.

Eché a andar. ¿Qué necesidad había de prolongar aquella conversación? Además, comenzaba a sentir vértigos. No había por qué engañarse, estaba a punto de hundirme del todo.

«El despacho está abierto de doce a cuatro.» Había llamado una hora más tarde. ¡El momento de la gracia había pasado!

En la plaza del Gran Mercado, me senté en un banco cercano a la iglesia. ¡Dios mío, qué oscuro se me presentaba el porvenir! No tenía fuerzas ni para llorar. En el límite de la tortura, permanecía allí sin oír ni entender nada, inmóvil y hambriento. Me ardía el pecho,

produciéndome un escozor muy doloroso. Masticar virutas ya no me servía de nada; mis mandíbulas estaban cansadas de aquel trabajo estéril, y las dejé en reposo. Me di las gracias. Por otra parte, una cáscara de naranja que había cogido del suelo y empezado a masticar me produjo náuseas. Estaba enfermo. Tenía las venas de las muñecas hinchadas y azuladas.

Después de todo, ¿por qué había perdido tanto tiempo? ¿A qué correr todo el día de un lado a otro detrás de una corona, para sostener mi vida unas horas más? ¿No era lo mismo que sucediera lo inevitable un día antes o un día después?

Para portarme como un hombre sensato hubiera debido regresar a casa mucho tiempo antes y acostarme. En aquel momento de lucidez mental, iba a morir; era el otoño, y todo comenzaba a aletargarse. Había ensayado todos los medios, empleado todos los recursos que conocía. Acariciaba sentimentalmente aquella idea, y cada vez que renacía en mí la esperanza de una posible salvación, me revolví diciendo: «¡Qué loco eres! ¡Ya has comenzado a morir!». Había que escribir algunas cartas, ponerlo todo en orden y estar preparado. Me lavaría cuidadosamente y haría mi cama con aseo; colocaría mi cabeza sobre algunas cuartillas blancas..., las más limpias que tuviera... Pondría la colcha verde...

¡La colcha verde! Instantáneamente volví a la realidad, la sangre se me subió a la cabeza y mi corazón latió con fuerza. Me levanté del banco y eché a andar; de nuevo agitó la vida todo mi ser, y obstinadamente acudían a mis labios las mismas palabras «¡La colcha verde! ¡La colcha verde!». Andaba con paso acelerado, como temiendo no llegar a tiempo y no tardé en hallarme en casa, en mi taller de hojalatero.

Sin detenerme un momento a reflexionar fui derecho a la cama y me puse a enrollar la colcha de Hans Pauli. ¡Sería bien desagradable que mi feliz inspiración no pudiera salvarme! Me acometieron tantos escrúpulos, pero me elevé por encima de ellos. ¡Los mandé a paseo! Yo no era un santo, un virtuoso idiota; tenía toda mi razón...

Me puse la colcha bajo el brazo, y fui al número 5 de la calle de Stener.

Llamé y entré, por primera vez, en la gran sala desconocida. La campanilla de la puerta sonó sobre mi cabeza, con una serie de golpes incoherentes. De una habitación contigua salió un hombre, masticando, con la boca llena de comida, y se colocó ante el mostrador.

-¡Oh! ¿Puede usted darme media corona por mis gafas? Seguramente las recuperaré dentro de unos días.

-¡Hum! ¿Son gafas de acero? -Sí.

-No, no puedo.

-Claro, usted no puede. Perdone, no era más que una broma. Pero traigo una colcha que no me hará falta en algún tiempo, y he pensado que podría usted quedarse con ella.

-Desgraciadamente tengo un gran surtido de colchas -contestó. Y cuando la desenrollé le dirigió una rápida ojeada y gritó:- No, perdone usted; eso no me sirve.

-He querido enseñarle primero el peor lado -dije-. El otro está bastante mejor.

-¡Oh, no se moleste; no quiero ver más y no encontrará por eso ni diez óre! ¡En ninguna parte! -No, claro que no tiene valor -dije-; pero pensé que podía formar un lote con otra colcha vieja para la almohada.

-No, es inútil. -Veinticinco óre -dije.

-No, no la quiero ni regalada; esas cosas no entran en mi casa.

Recogí la colcha bajo el brazo, y volví a mi casa. Una vez allí, hice como si nada hubiese ocurrido; extendí de nuevo la colcha en la cama, la desarrugué bien, como tenía por costumbre, e intenté hacer desaparecer toda huella de mi última tentativa. ¡Parecía increíble! Necesitaba haber

perdido el juicio para decidirme a cometer semejante canallada; cuanto más pensaba en ello, más increíble me parecía. Debió de ser un acceso de debilidad, un relajamiento de los resortes de mi conciencia, que me había cogido desprevenido. Por otra parte, no me había dejado caer en la trampa; tuve el presentimiento de que iba por mal camino desde el momento que intenté empeñar ante todo mis gafas. Me regocijé grandemente de no haber tenido ocasión de cometer aquella falta, que hubiera manchado las últimas horas de mi vida.

Aún volví a la población.

Nuevamente me senté en un banco, cerca de la iglesia de El Salvador, me acurruqué con la barbilla apoyada en el pecho, cansado de la última sobreexcitación, enfermo y agobiado por el hambre. Pasaba el tiempo.

Aún podía permanecer allí una hora larga. Había más luz en la calle que en mi casa; además, me parecía que el estómago no me atormentaba tanto al aire libre; y, de todos modos, volvería a casa demasiado pronto.

Estaba medio dormido, y reflexionaba y sufría cruelmente. Me había metido en la boca una guija, después de limpiarla, para tener algo que chupar. Aparte esto, no hacía ningún movimiento, ni siquiera movía los ojos. Las gentes iban y venían; el ruido de los coches, las pasadas de los caballos y las conversaciones llenaban el ámbito.

Siempre podía intentar empeñar los botones. Claro que de nada me serviría, y además no podía con mi alma. Pero bien pensado, para ir a mi casa había de pasar precisamente por la casa de empeños.

Por fin me levanté y eché a andar lentamente a pasos cortos. Empezaba a sentir un gran calor por encima de las cejas, la fiebre subía, y me apresuré con todas mis fuerzas. Volví a pasar ante la panadería, y aún vi el pan. «No, nos paramos aquí -dije con firme resolución-. ¿Y si entrara a pedir un poco de pan?» Fue un pensamiento fugaz, como un resplandor. «¡Puff!», rechacé. Y volví a andar, pensando en la amarga ironía de mi suerte, porque demasiado sabía que era inútil entrar a pedir en aquella tienda.

En el pasaje de los Corderos, oí un rumor de charla amorosa junto a una puerta; un poco más lejos, había una muchacha asomada a una ventana. Andaba yo tan despacio y con tal circunspección, que parecía llevar alguna idea en la cabeza... y la muchacha salió a la calle.

-¡Hola! ¿Qué tal, querido? ¿Qué? ¿Estás enfermo? ¡Qué cara, Dios me perdone! Y la muchacha se retiró apresuradamente.

Me paré. ¿Qué tenía mi cara? ¿Había comenzado a morir en realidad? Me toqué las mejillas; estaba delgado, no era para menos; estaba desencajado. ¡Dios mío! Volví a andar a pasos cortos.

Nuevamente me detuve. Debía de estar hecho una calavera. Y los ojos pronto se me hundirían en la cabeza. ¿Qué aspecto ofrecía? ¡También era ocurrencia del diablo que uno se desfigurase por tener hambre! De nuevo noté que me invadía la cólera, la última llamarada, el último espasmo. ¡Dios me valga! ¿Qué cara, eh? Estaba dotado de una cabeza que no tenía semejante en todo el país; de un par de puños que, ¡vive Dios!, podía moler y pulverizar a un descargador; y con todo, en plena ciudad de Cristianía, tenía que ayunar hasta perder la figura humana. ¿Tenía aquello sentido, estaba dentro del orden y de la medida? Había hecho todo lo hacedero, me había reventado noche y día, como caballejo de pastor, había estudiado hasta que se me saltaban los ojos, había ayunado hasta perder la razón. ¿Qué diablos tenía, en cambio? Hasta las prostitutas rogaban a Dios que me quitara de su vista. Pero ahora se había acabado... ¿Comprendes? ¡Acabado! Aunque el diablo se metiera por medio ¡habría que acabar...! Con

creciente furor, rechinando los dientes al sentirme tan acabado, seguí entre quejas y juramentos, echando pestes, sin cuidarme de las gentes que pasaban a mi lado. Volví a martirizarme voluntariamente golpeándome la frente contra los faroles, hincándome las uñas en las palmas, mordiéndome la lengua como un demente cuando hablaba con claridad y riendo furiosamente de mi daño.

-Sí, pero ¿qué hacer? -me pregunté por fin. Golpeé el suelo con el pie varias veces, repitiendo-: ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Un caballero que pasaba en aquel momento, me dijo sonriendo:

-Hacerse detener.

Le miré. Era uno de nuestros célebres médicos de señoras, llamado el *Duque*. Tampoco él comprendía mi estado, él, un hombre al que yo conocía, al que había estrechado la mano. Me tranquilicé. ¿Detener? Sí, tenía razón; yo estaba loco. Sentía la locura en mi sangre, la sentía latir en mi cerebro. ¡Aquél era el fin que me estaba reservado! ¡Sí, sí! Continué mi camino, lenta y tristemente. ¡Ya sabía dónde iría a parar!

Me detuve en seco. «¡Pero no a presidio! -me dije-. ¡Eso, no!» Mi voz estaba ronca de angustia. ¡Rogué, supliqué al vacío que no me detuvieran! Porque volverían a llevarme al Depósito, me encerrarían en una sombría celda en la que no habría ni un rayo de luz. «¡No, eso no!» Aún quedaban otras salidas que no había probado. Las intentaría, me impondría aquel trabajo, emplearía en él mi tiempo e iría sin descanso de puerta en puerta. Allí estaba, por ejemplo, Cisler, el comerciante de música; no había puesto los pies en su casa. Podría encontrarse remedio... Me pareció discurrir tan bien, que otra vez lloré de emoción. «¡Todo menos que me arresten!»

¿Cisler? ¿Quizá me lo indicaba Dios? Su nombre se me había ocurrido sin motivo, y vivía allá en el quinto infierno; pero quise ir a verle en seguida. Conocía el camino por haber ido con frecuencia a comprar algo de música, en los buenos tiempos. ¿Le pediría media corona? Quizá le molestase si no le pedía una corona entera.

Entré en la tienda y pregunté por el dueño; me introdujeron en su despacho. Allí estaba sentado, guapo, vestido a la última moda, y examinaba unos papeles.

Balbué una excusa, y le expuse mi pretensión. Forzado por la necesidad de dirigirme a él... Quizá no tardaría en devolverle el dinero... Cuando recibiera el importe de mi artículo en el periódico... Me prestaría un gran servicio...

Hablaba todavía, cuando se volvió a su mesa y continuó trabajando. Cuando terminé, me lanzó una mirada oblicua, movió su hermosa cabeza y dijo: «¡No!». Simplemente: «No». Ni una explicación. Ni una palabra.

Mis piernas no me sostenían y hube de apoyarme en la pequeña barandilla pulida. Intentaría otra vez. ¿Por qué habría acudido su nombre a mi memoria en el barrio de Vaterland? Sentí unas punzadas en el lado derecho y comencé a sudar. «¡Jem! Realmente estaba muy débil -dije-, bastante mal, ¡ay!, y seguramente dentro de cuarenta y ocho horas podría devolvérselas. ¡Si quisiera ser tan amable!»

-¿Por qué acude a mí, buen hombre? Para mí es usted sencillamente un X entrado de la calle. Vaya usted al periódico, donde le conocen.

-¡Nada más que por esta tarde! -dije-. La redacción ya está cerrada y tengo mucha hambre.

Meneó la cabeza sin interrupción, y seguía moviéndola cuando ya tenía yo la mano en el picaporte. -¡Adiós! -dije.

«No era un signo del Altísimo -pensé; y sonreí amargamente-; así yo también podía hacer indicaciones si fuera necesario.» Me arrastré durante un cuarto de hora, y después otro, descansando aquí y allá sobre un escalón. ¡Con tal de que no me detengan! Todo el tiempo me perseguía el terror de la celda, sin dejarme un momento de reposo; cada vez que encontraba un agente en mi camino, me escabullía por una calle transversal para evitar el encuentro. «Andaremos otro poco -me dije- y probaremos la suerte de nuevo. Alguna vez se encontrará el remedio.» Era un modesto almacén de mercería, donde nunca había puesto los pies. Sólo había un hombre detrás del mostrador; un despacho interior con una placa de porcelana en la puerta, y una larga hilera de tablas. Esperé a que la última cliente hubiera abandonado la tienda, una joven con dos hoyuelos. ¡Qué aspecto tan dichoso tenía! No quise impresionarla a mi favor con mi americana cerrada con un alfiler, y me volví. -¿Desea usted algo? -preguntó el dependiente. -¿Está el dueño?

-Está de excursión por Jotunheimen -contestó-. ¿Tenía usted algo importante para él?

-Se trata de pedir algunos óre para comer -dije, intentando sonreír-. Estoy hambriento y no tengo un cuarto.

-Entonces está usted tan rico como yo -dijo, y comenzó a colocar paquetes en fila.

-¡Oh, no me despida usted... todavía! -dije, y un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo-. Realmente estoy casi muerto de hambre, hace ya varios días que no tomo nada.

Con toda seriedad, sin decir nada, empezó a volverse los bolsillos, uno tras otro. ¿No quería creer su palabra?

-Solamente cinco óre -dije-. Le devolveré diez dentro de unos días.

-Buen hombre, ¿quiere usted que robe la caja? -preguntó, impaciente.

-Sí -dije-, tome cinco óre de la caja.

-No seré yo quien haga eso -contestó, y agregó-: Y permítame decirle que ya hemos terminado este asunto.

Salí, enfermo de hambre y rojo de vergüenza. ¡No, había que terminar! Verdaderamente, había llegado muy lejos. Me había mantenido durante muchos años, duante muchas horas crueles en el camino recto, y he aquí que de pronto caía en la mendicidad más embrutecedora, degradaba mi pensamiento y llenaba mi alma de imprudencia, no avergonzándome, para hacerme más interesante, de llorar ante los más modestos comerciantes. ¿Y de qué me había servido? ¿No estaba igual que antes, sin un trozo de pan que llevarme a la boca? Sólo conseguí disgustarme a mí mismo. ¡Sí, sí; había que acabar! No tardarían en cerrar la puerta de mi casa, y tenía que apresurarme si no quería volver a dormir en el Depósito.

El miedo me prestó fuerzas. No quería dormir en el Depósito. Con el cuerpo doblado y la mano apoyada en el costado izquierdo para calmar un poco las punzadas, me arrastré con la vista fija en el suelo, para no tener que saludar a mis conocidos, y me apresuré hacia el cuartelillo de los bomberos. A Dios gracias, sólo eran las siete en el reloj de El Salvador, y tardarían tres horas en cerrar la puerta. ¡Qué miedo había pasado!

No me quedaba nada que intentar, había hecho cuanto podía. «¡No haber obtenido nada en todo el día! -pensé-. Si se lo contara a alguien, no me creería, y si lo escribiera, dirían que lo he inventado. ¡Nada de ninguna parte! ¡Bah, ya sé qué hacer; ante todo, no tratar de inspirar piedad! ¡Puf! ¡Qué cosa tan desagradable! Te aseguro que me repugna. ¡Si toda esperanza se ha perdido, bien, que se pierda! Por otra parte, ¿no podría coger un puñado de avena en la cuadra?» Un rayo de luz, un rayo... yo sabía que la cuadra estaba cerrada con llave.

Acudí en mi ayuda y fui hacia mi casa a paso de tortuga. Sentí sed, felizmente por primera vez en todo el día, y por el camino busqué una fuente donde beber. Estaba demasiado lejos el Mercado de la Carne, y no quería entrar en una casa particular. Tal vez pudiera esperar hasta llegar a mi casa, bastaría un cuarto de hora. Además, no estaba seguro de poder sostener un buche de agua. Mi estómago no toleraría nada. Hasta la saliva que tragaba me daba nauseas.

¡Pero, y los botones! ¡Aún no había intentado nada con los botones! Me paré en seco y sonreí. ¡Quizá estaba en ellos la solución! ¡Mi perdición no era tan irremisible! A lo mejor conseguiría diez óre, al día siguiente encontraría otros diez, y el jueves me pagarían mi artículo en el periódico. ¡Ya vería cómo se arreglaba! ¡Haber podido olvidar los botones! Los saqué y los miré al emprender la marcha. La alegría oscureció de tal modo mi vista, que no veía no por dónde iba.

¡Qué bien conocía yo el gran sótano, el refugio de las tardes sombrías, mi vampiro amigo! Todos mis objetos habían desaparecido en aquel antro, uno a uno: mis escasos objetos familiares, mi último libro. En los días de subasta bajaba por gusto de espectador, y me alegraba si mis libros caían al parecer en buenas manos. Magelsen, el actor, tenía mi reloj, y estaba casi orgulloso por ello. Un conocido compró un almanaque en el que estaba mi primer ensayo poético; y mi gabán fue a parar al taller de un fotógrafo, como accesorio. Por lo tanto, no tenía por qué arrepentirme de lo sucedido.

Llevaba los botones preparados en la mano, y entré. Mi tío² está sentado a su mesa y escribe.

-No tengo prisa -le dije, ante el temor de que se molestara por mi pretensión.

Mi voz tenía un tono tan extrañamente hueco, que apenas la reconocí yo mismo, y mi corazón batió como un martillo.

Vino hacia mí, sonriendo, según su costumbre; colocó las dos manos abiertas sobre el mostrador, y me miró sin decir nada.

-Sí, tengo aquí una cosa, y quería preguntarle si encontraría algún empleo para ella..., algo que no hacía más que molestarme en casa, se lo aseguro; una verdadera calamidad, unos botones.

-¿Y bien, qué es eso, qué clase de botones son? Y acercó sus ojos a mi mano.

-Si pudiera darme algunos óre... Lo que quiera... Usted mismo.

-¿Por esos botones? -Mi tío me miró estupefacto-. ¿Por esos botones?

-Lo justo para comprar un cigarro, lo que valgan. Pasaba por la puerta y he querido enterarme. Entonces el viejo usurero se echó a reír y se volvió a su mesa sin agregar una palabra. Me quedé allí plantado.

A decir verdad, no había concebido grandes esperanzas, y, sin embargo, creía posible obtener algo. Aquella risa era mi sentencia de muerte.

Tampoco serviría de nada tratar de colocarle mis gafas. -Naturalmente, pondría en el lote mis gafas, es lógico -dije quitándomelas-. Sólo por diez óre, o si usted quiere, por cinco óre.

Ya sabe que no puedo darle nada por sus gafas -dijo Mi tío-; ya se lo he dicho.

-Pero me hace falta un sello -dije con voz sorda-. No puedo ni echar las cartas que he escrito. Un sello de diez o de cinco óre, como usted quiera.

-¡Vaya con Dios, y déjeme en paz! -respondió, haciéndome un gesto con la mano.

² Juego de palabras intraducible. En jerga vulgar, al sinónimo de nuestro Monte de Piedad se le llama Mi tía. Y el protagonista llama Mi tío al dependiente. (N. del T.)

«¡Bueno, bueno, no hablemos más!», me dije. Maquinalmente recogí las gafas y los botones, y salí. Di las buenas noches y cerré la puerta detrás de mí, como de costumbre. ¡Vaya, que no hay remedio! Me paré en el descansillo de la escalera y miré una vez más los botones. «¡Pensar que no valen nada! ¡Y, sin embargo, son botones casi nuevos! ¡No puedo comprenderlo!»

Mientras estaba sumido en estas consideraciones, pasó a mi lado un hombre en dirección al sótano. En su prisa me había tropezado, nos excusamos los dos, y me volví para mirarle.

-¡Cómo! ¿Eres tú? -gritó al pie de la escalera. Subió y le reconocí-. ¡Dios mío, qué aspecto tienes! -dijo-. ¿A qué has venido aquí?

-¡Oh..., negocios! ¿Bajas tú? -le dije.

-Sí. ¿Qué has traído?

Temblaban mis piernas, me apoyé en la pared y tendí mi mano abierta con los botones.

-¡Diablo! -gritó-. ¡Eso es demasiado!

-Buenas noches -dije, haciendo ademán de marchar, porque los sollozos rompían mi pecho.

-¡No, espera un momento!

¿Qué tenía que esperar? También él iba a empeñar, quizá llevaba su anillo de bodas, habría ayunado varios días, debería dinero a su patrona.

-Sí -respondí-. Si te das prisa...

-Naturalmente -dijo, cogiéndome del brazo-. Pero lo que te digo; no te creo, eres idiota; es mejor que bajes conmigo.

Comprendí su intención, y de repente me invadió un puntillo de honor y contesté:

-¡No puedo! He prometido estar en la calle de Bernt Aker a las siete y media y...

-¡A las siete y media, muy bien! Pero son las ocho. Llevo el reloj en la mano, es lo que voy a entregar. ¡Vamos, entra, pecador hambriento! Sacaré por lo menos cinco coronas para ti.

Y me empujó hacia el sótano.

TERCERA PARTE

Transcurrió una semana en la magnificencia y en la alegría.

Una vez más había franqueado el peor paso, podía comer todos los días, mi valor aumentaba y yo ponía manos a la obra. Tenía preparados tres o cuatro artículos que agotaban mi pobre cerebro, hurtándole cada resplandor, cada pensamiento que en él nacía, y me parecía que aquél funcionaba mejor que antes. Mi último artículo, que tantas idas y venidas me había costado, y en el que había puesto tanta esperanza, me había sido devuelto por el redactor jefe, y yo lo había destruido allí mismo, furioso, vejado, sin releerlo. Con el fin de abrirme varias salidas para el porvenir, quise ensayar en otro periódico. En el peor de los casos, y si esto no tenía éxito, me quedaba siempre el recurso de los buques. *La Monja* estaba en el muelle, dispuesta a zarpar, y tal vez, a cambio de mi trabajo, podría obtener en él pasaje para Arcángel o cualquier otro puerto. Por lo tanto, no me faltaban perspectivas por todas partes.

La última crisis me había maltratado demasiado. Empezaba a caérseme el cabello en gran cantidad, tenía dolores de cabeza que me hacían sufrir mucho, sobre todo durante la mañana, y los nervios no se calmaban.

Escribía con las manos envueltas en trapos, por no poder tolerar la sensación de mi propio aliento en la piel. Cuando Jens Olaj cerraba con violencia la puerta de la cuadra, o cuando un perro, entrado en la cuadra, empezaba a ladrar, me hacía el efecto de que me introducían puntas de hielo hasta la médula de los huesos y me pinchaban por todas partes. Realmente, estaba bastante mal.

Todos los días trabajaba mucho, dándome apenas tiempo de tomar mi alimento antes de ponerme a escribir.

Mi lecho, como mi mesilla vacilante, estaban llenos de notas y de cuartillas escritas, en las que trabajaba alternativamente. Agregaba a ellas las nuevas ideas que se me ocurrían durante el día, modificaba, daba vida a los puntos muertos con una palabra escogida de aquí o de allá, avanzaba con gran trabajo de frase en frase, a costa de grandes esfuerzos. Por fin, uno de mis artículos quedó terminado una tarde; dichoso y alegre lo guardé en el bolsillo y fui a la redacción de *El Comendador*. Era ya tiempo de hacer una nueva expedición en busca de algún dinero, porque ya no quedaban muchos óre.

El Comendador' me rogó que me sentara un momento, terminaba en seguida... Siguió escribiendo. Dirigí una mirada circular al modesto despacho; bustos, litografías, recortes, un cesto de papeles desmesurado que parecía poder engullir una persona entera sin gran trabajo. Sentía tristeza en el alma a la vista de aquella enorme garganta de dragón siempre abierta, siempre dispuesta a recibir nuevos trabajos rechazados... nuevas esperanzas truncadas.

-¿Qué fecha es la de hoy? -dijo de repente *el Comendador* desde su mesa.

Veintiocho -contesté, satisfecho de poder prestarle un favor.

«Veintiocho.» Siguió escribiendo. Por fin, metió en un sobre varias cartas, tiró unos papeles al cesto y, dejando su pluma, se volvió en su silla a mirarme. Al advertir que me había quedado cerca de la puerta, me hizo con la mano un signo entre cómico y serio y me indicó una silla.

Para que no descubriese la ausencia de mi chaleco, me volví un poco, me abrí la americana y saqué del bolsillo mi artículo.

-Es un pequeño estudio acerca de Coreggio -dije-; desgraciadamente, no está tal vez escrito en forma que...

Me cogió las cuartillas y se puso a ojearlas con el rostro vuelto hacia mí.

Al fin vi de cerca el aspecto de aquel hombre, cuyo nombre oí ya en mi primera juventud y cuyo periódico ejerció sobre mí gran influencia durante muchos años. Tenía cabellos rizados, hermosos ojos morenos, un poco inquietos, y la costumbre de soplar con la nariz de cuando en cuando. Un pastor escocés no tendría seguramente un aspecto tan dulce como aquel formidable hombre de pluma, cuyas palabras dejaban marcas sangrientas dondequiera que caían. Me invadió un singular sentimiento de temor y de admiración hacia aquel hombre. Las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos, e involuntariamente di un paso hacia él para expresarle mi profundo agradecimiento por cuanto él me había enseñado y rogarle que no fuese muy exigente conmigo. No soy más que un pobre diablo, bastante desgraciado ya.

Levantó la vista y dobló lentamente mi manuscrito, mientras meditaba.

Para facilitarle una respuesta, extendí el brazo y dije:

-¿Desde luego, no será aprovechable? Y sonreí para darle la impresión de que aceptaré su fallo con tranquilidad.

-Ha de tener un carácter perfectamente popular todo lo que publiquemos -contestó-. Usted sabe a qué público nos dirigimos. ¿No podría tratar de simplificarlo un poco? ¿O escribir de otro asunto que la gente entienda mejor?

Aquella deferencia me asombró. Comprendí que mi artículo estaba rechazado, pero no podía esperar una repulsa más elegante. Para no entretenerle más tiempo, contesté:

-¡Oh! Sí, puedo hacerlo muy bien.

Me dirigí a la puerta. «¡Jem! Que me perdonase haberle hecho perder el tiempo con aquel artículo.» Me incliné y abrí la puerta.

-Si lo necesita usted -dice-, puede siempre obtener un pequeño anticipo. Escribirá usted para pagar la cantidad que pida.

Había comprendido que yo no era capaz de escribir. Su ofrecimiento me humilló un poco, y contesté:

-No, muchas gracias, veré si me acompaña el éxito otra vez. De todos modos, se lo agradezco mucho. ¡Adiós!

-¡Adiós! -contestó *el Comendador*, volviéndose inmediatamente a su mesa.

Al menos, me había tratado con una amabilidad inmerecida y por ello le estaba reconocido. Por otra parte, sabría pagarle en la misma moneda. Me propuse no volver a verle hasta llevarle un trabajo del que yo estuviera plenamente satisfecho, un trabajo que pudiera extrañar un poco al *Comendador* y le hiciera pagarme diez coronas sin vacilar un momento. Volví a mi casa y me puse a escribir.

En las tardes siguientes, alrededor de las ocho, cuando los faroles ya estaban encendidos, pensaba regularmente en esto:

Cuando salgo de casa para dar un paseo por las calles, después del trabajo y de las penalidades del día, encuentro a una dama vestida completamente de negro, parada junto al farol que hay al otro lado de la puerta; vuelve su rostro hacia mí y me sigue con la vista cuando paso a su lado. Observo que lleva siempre el mismo traje, el mismo velo espeso que oculta su cara y le cae sobre el pecho, y tiene en la mano un pequeño paraguas con un anillo de marfil en el mango.

Era la tercera tarde que la veía, siempre en el mismo sitio; al pasar yo, daba media vuelta y se alejaba calle abajo.

Mi enervado cerebro sacudió sus fibras y en seguida tuve el ridículo presentimiento de que aquella visita era para mí. Estaba a punto de dirigirle la palabra, de preguntarle si buscaba a alguien, si necesitaba mi ayuda para lo que fuera, si debía acompañarla hasta su casa, aunque estuviese tan mal vestido, ¡ay!, y protegerla en las oscuras calles. Pero tenía el vago temor de que aquello terminaría por costarme algo: un vaso de vino, un paseo en coche, y yo no tenía dinero. Mis bolsillos, desesperadamente vacíos, ejercían en mí una influencia demasiado deprimente, y no tuve ni siquiera el valor de mirarla con curiosidad al pasar junto a ella. El hambre volvía a torturarme. No había comido desde la tarde anterior; no era mucho tiempo, comparado con otras veces; pero había empezado a debilitarse notablemente mi organismo y me bastaba un solo día de ayuno para padecer vahídos y vómitos frecuentes en cuanto bebía un poco de agua. Se agregaba a esto el suplicio del frío durante la noche. Dormía completamente vestido, como andaba durante el día, y me helaba hasta ponerme morado; todas las tardes sufría escalofríos, y me quedaba rígido durante el sueño. La vieja colcha no podía librarme de las corrientes de aire, y me despertaba por la mañana el crudo frío de la escarcha que entraba en mi cuarto y me constipaba.

Andando por las calles, pensaba en el medio de sostenerme a flote mientras terminaba mi primer artículo. «Si tuviera siquiera una vela -me decía-, forzaría la marcha trabajando por la noche, en cuanto concibiera la idea, sería cuestión de unas horas; y en tal caso, mañana podría ir a ver al *Comendador*.»

Sin reflexionar más, entré en el Oplandsk, en busca de mi joven amigo del banco, con propósito de pedirle los diez ere para la vela. Crucé todas las salas sin obstáculo, pasé ante una docena de mesas ocupadas por parroquianos que comían, bebían, charlaban; llegué hasta el fondo del café, hasta el «salón Rojo», sin encontrar a mi hombre. Avergonzado e impaciente, salí a la calle y tomé la dirección del castillo.

¿No era aquello cosa del diablo, del diablo ardiente, vivo, eterno, que no quería poner fin a mis tribulaciones? A grandes pasos rabiosos, con el cuello de la americana levantado sobre mi nuca, con las manos crispadas en los bolsillos del pantalón, marchaba injuriando a mi desgraciada estrella durante todo el camino. ¡Ni una hora de paz y tranquilidad durante siete, ocho meses; ni el alimento indispensable durante una semana para que el desfallecimiento no me hiciera doblar las rodillas! Por añadidura, me había mantenido honrado en medio de tanta miseria, honrado de arriba abajo. ¡Que Dios me perdonase! ¡Cómo había hecho el ridículo! Empecé a pensar en los remordimientos que había tenido por haber querido empeñar la colcha de Hans Pauli. Reí sarcásticamente de mi delicada probidad, escupí con desprecio y no encontraba palabras para mofarme de mi idiotez. ¡Ah! ¡No me volvería a suceder! Si encontrara en la calle aunque fuese la hucha de un colegial, el único óre de una pobre viuda, lo recogería y me lo guardaría con propósito deliberado y dormiría como un tronco. No en vano había sufrido lo indecible, mi paciencia había llegado a su límite, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

Di tres o cuatro vueltas a la torre del castillo, luego adopté la resolución de volver a mi casa, di aún un corto paseo por el parque, y, por fin, volví a bajar por la calle de Karl Johann.

Eran, aproximadamente, las once. La calle estaba bastante oscura y la gente vagaba por todas partes, ya en parejas silenciosas, ya en parejas ruidosas. Era el gran momento, la hora del amor sensual, en que el tráfico secreto llega a su apogeo, en que se proyectan las aventuras alegres. Faldas crujientes, aquí y allá una breve risa sensual, senos ondulantes, respiraciones violentas, anhelosas; allá, hacia el Gran Hotel, una voz que llama: ¡Emma! Toda la calle no era más que un pantano del que ascendían cálidos vapores.

Involuntariamente exploré mis bolsillos, en busca de dos coronas. La pasión que vibraba en cada movimiento de las paseantes, la sombría luz de los faroles, la noche tranquila como encinta, todo atacaba mi sistema nervioso, la atmósfera llena de murmullos, de abrazos, de declaraciones temblorosas, de palabras no dichas, de pequeños gritos. Algunos hombres galanteaban a grandes gritos en el portal de Blomovist. Y yo no tenía las dos coronas. ¡Era una desolación, una miseria sin semejante, tanta indigencia! ¡Qué humillación, qué deshonor! De nuevo pensé en el último óbolo de una pobre viuda, que yo robaría, en la gorra o en el pañuelo de un colegial, en la alforja de un mendigo, que sin pizca de vergüenza llevaría a un trapero para divertirme con el dinero. Para consolarme a mí mismo y absolverme, me puse a achacar todos los defectos posibles a aquellas gentes alegres que me rozaban al pasar; alcé furiosamente los hombros y lancé miradas de desprecio sobre todos aquellos que desfilaban ante mí, pareja a pareja. ¡Esos estudiantes frugales, chupadores de bombones que creían cometer un acto de libertinaje «europeo» cuando lograban acariciar el seno de una modistilla! ¡Esos jóvenes, banqueros, comerciantes, leones de bulevar, que no desdeñaban ni a las hijas de los marineros, a las zafias maritornes del mercado que se dejan tumbar tras la primera puerta por un jarro de cerveza.

¡Qué sirenas! Su cama estaba aún caliente del cuerpo del bombero o del palafrenero de la noche anterior; el trono estaba siempre vacante, siempre disponible. «¡Suba, se lo ruego...!» Escupí lejos, sin cuidarme de si podía tocar a alguien; estaba furioso; lleno de desprecio por aquellas gentes que se tocaban unas a otras y aparecían a mis ojos tal como eran. Levanté la cabeza y saboreé la satisfacción de ser el único que conservaba limpio su camino.

En la plaza del Parlamento encontré una muchacha que me miró muy fijamente cuando llegué a su lado. -¡Buenas noches! -dije.

-¡Buenas noches! Y se paró.

¡Jem! ¿Qué hacía tan tarde por la calle? ¿No era un poco peligroso para una joven pasearse por la calle de Karl Johann en tal hora? ¡No! ¿Pero no le decían nada, no la importunaban, quería decir, lo diría claramente, no le pedían irse con ella?

Me miró estupefacta, observó mi rostro para descubrir mi oculto pensamiento. Luego pasó su mano bajo mi brazo, diciendo:

-¡Ea, vamos!

La seguí. Después de andar unos pasos a lo largo de la estación de coches, me paré, y desprendiéndome de ella le dije:

-Escucha, amiga mía, no tengo ni un óre. Y me dispuse a marchar.

Al principio no quería creerme; pero cuando me hubo palpado los bolsillos sin encontrar nada, se enfadó, echó la cabeza hacia atrás y me llamó pobrete. -¡Buenas noches! -le dije.

-¡Espera un poco! -gritó-. Tus gafas, ¿son de oro? -No.

-Entonces, ¡vete al diablo! Me marché.

Un minuto después echó a correr detrás de mí y me llamó.

-Puedes venir conmigo aunque así sea -me dijo. Me sentí humillado por el ofrecimiento de una pobre ramera y rehusé. Por otra parte, la noche estaba muy avanzada y me esperaban en algún sitio; y, además, ella no tenía suficientes medios para aquellos sacrificios.

-Ahora quiero que vengas conmigo. -Es que yo no voy en estas condiciones. -Entonces es que vas a ver a otra -me dijo. No -contesté.

¡Ah! Todo mi organismo estaba destrozado. Las mujeres eran ya para mí como los hombres; la miseria me había debilitado por completo. Pero me noté en una situación deplorable frente a aquella muchacha singular, y resolví terminar el asunto.

-¿Cómo te llamas? -le pregunté.

¿María? Bien. ¡Escucha, María! Empecé a explicarle mi conducta. La muchacha estaba cada vez más asombrada. ¿Creía que yo era de esos que van por la noche por las calles para agarrarme a las muchachas? ¿Tan mala opinión tenía de mí? ¿Le dije acaso al principio alguna palabra deshonestas? ¿Es que alguien se portaba como yo cuando tenía malas intenciones? Sólo la había acompañado un poco para ver hasta dónde seguía el juego. Por lo demás, mi nombre era Tal y Tal, el pastor Tal y Tal. ¡Buenas noches! ¡Anda y no peques más!

Me marché.

Me frotaba las manos de contento por mi excelente encuentro, y hablaba sólo en alta voz. ¡Qué alegría la de deambular así realizando buenas obras! ¡Quizá había dado a aquella mujer destrozada el pequeño impulso que la salvaría para toda la vida! Y ella me estaría agradecida cuando pensara en ello; hasta en su lecho de muerte se acordaría de mí, con el corazón lleno de reconocimiento. ¡Oh, nada se pierde con ser honesto siempre, honesto y probo! Estaba de un humor verdaderamente alegre, me sentía con buena salud y valeroso, sucediera lo que sucediera. Si al menos tuviese una vela, quizá podría terminar mi artículo.

Andaba, haciendo girar al extremo de un dedo mi llave nueva, tarareando, silbando, y buscaba un medio para procurarme luz. No había otra solución que bajar mi recado de escribir a la calle y ponerlo bajo el farol. Abrí la gran puerta y subí a buscar mis papeles.

Al bajar cerré la puerta con llave, por fuera, y me instalé bajo los rayos luminosos del farol. Todo estaba tranquilo, no oía más que los graves pasos de un agente en la parte baja de la calle de la Travesía, y, más allá, en el Alto de San Juan, los ladridos de un perro. Nada me importunaba; me subí el cuello de la americana hasta las orejas y me puse a pensar con todas mis fuerzas. Sería una magnífica ayuda si tuviera la suerte -de dar fin al ensayo. Estaba precisamente en un punto algo difícil y había, que hallar una transición imperceptible para pasar a una novela ideada, luego un final resbaladizo, en sordina, un largo murmullo que debía acabar por fin en un clímax brusco, enloquecedor como un cañonazo o el ruido producido por una montaña que estalla. Punto.

Pero las palabras no querían acudir. Releí todo el párrafo desde el principio. Leía en alta voz cada frase, y me era absolutamente imposible reunir mis ideas para ese clímax de gran estrépito. Por añadidura, mientras yo trabajaba, el agente policíaco llegó al centro de la calle, a poca distancia de mí, y me quitó toda inspiración. ¿Qué le importaba que yo estuviese a punto de escribir el admirable clímax de un artículo para *El Comendador*? ¡Dios mío, qué imposible era sostenerme a flote por más esfuerzos que hiciera! Seguí allí durante una hora, el agente se marchó, el frío comenzaba a ser muy vivo para permanecer inmóvil. Descorazonado y deprimido por esta nueva tentativa abortada, abrí la puerta y subí a mi cuarto.

También hacía frío, y apenas podía ver la ventana en las espesas tinieblas. Busqué mi cama, me quité los zapatos y me senté, para calentarme los pies con las manos. Luego me acosté tal como estaba, completamente vestido, como solía hacerlo desde algún tiempo.

Al día siguiente, por la mañana, me senté en el lecho, desde que amaneció, y cogí mi artículo. Hasta mediodía estuve en la misma posición. Logré escribir de diez a veinte líneas, pero todavía no llegaba al final. Me levanté, me puse los zapatos y empecé a pasear por la habitación para entrar en calor. Había escarcha en los cristales de la ventana; miré afuera, nevaba; en el patio interior, una espesa capa de nieve se extendía sobre el piso y sobre la fuente.

Paseaba por el cuarto dando vueltas de un lado a otro, rascaba las paredes con las uñas, apoyaba con precaución la frente en la puerta, golpeaba el suelo con el dedo índice, todo sin ninguna razón; pero con calma y circunspección, como si se tratara de un asunto importante. Y a pesar de que dije lentamente y en voz bastante alta para oírlo yo mismo: «¡Dios mío, esto es la locura!», continué haciendo lo mismo. Al cabo de un rato, quizá de un par de horas, reuní mis fuerzas, me mordí los labios y me incorporé lo mejor que pude. ¡Era preciso acabar aquello! Busqué una viruta que mascar, y me puse a escribir resueltamente, cortas frases, una veintena de pobres palabras que me arrancaba a tirones, para avanzar algo por lo menos. Luego me detuve; mi cabeza estaba vacía; no podía más. Como era absolutamente incapaz de proseguir, fijé los ojos, desmesuradamente abiertos, en las últimas palabras de la cuartilla inacabada; miraba estúpidamente los extraños caracteres temblorosos, que me espiaban como figurillas enfadadas, salidas del papel, y acabé por no comprender nada de aquello y por no pensar en nada.

Pasaba el tiempo. Oía los ruidos de la calle: carros, caballerías que pasaban; me llegaba la voz de Jens Ola; cuando hablaba con los caballos de la cuadra. Yo estaba completamente atontado y no hacía más que producir chasquidos con la lengua. El estado de mi estómago era lamentable.

Comenzaba a oscurecer, cada vez estaba más abatido, me oprimía la fatiga y me recosté en la cama. Para calentarme las manos pasaba los dedos por mi cabello, a lo largo, a lo ancho, de través. Cogía pequeños mechones, pelos arrancados que se me quedaban entre los dedos e inundaban la almohada. No pensaba en ello precisamente en aquel momento, como si no se tratara de mí; por lo demás, tenía cabellos de sobra. Intenté nuevamente sacudir el extraño sopor, que se filtraba en todos mis miembros como una bruma; me senté de nuevo en la cama, me golpeé con la mano las rodillas, tosi todo lo fuerte que me permitía el pecho, y caí de nuevo en la cama. No podía hacer nada; me extinguía sin remedio, con los ojos abiertos, completamente fijos en el techo. Por último, metí el dedo índice en la boca, y comencé a chuparlo. Algo comenzó a moverse en mi cerebro, una idea que se abría camino allá dentro, una invención completamente de loco; ¡eh!, ¿y si mordiera? Y sin reflexionar, cerré los ojos y apreté los dientes.

Di un salto. Por fin estaba despierto. De mi dedo goteaba un poco de sangre y la chupé. No me molestaba. Además, la herida no tenía importancia; pero de repente había vuelto sobre mí; movía la cabeza; fui a la ventana a buscar un trapo que ponerme en la herida. Mientras me ocupaba de esto, mis ojos se llenaron de agua y lloré en silencio. El esquelético dedo mordido tenía un aspecto muy lamentable. ¡A qué situación había llegado, Dios del cielo!

La oscuridad aumentaba. Quizá no fuese imposible escribir el final durante la noche, si tuviera una vela.

Mi cabeza estaba completamente despejada, y no sufría mucho; ni siquiera sentía el hambre tan fuerte como unas horas antes, y podía soportarla hasta el día siguiente. Quizá pudiera obtener una vela fiada, provisionalmente, en la tienda de comestibles, explicando mi situación. Allí me conocían muy bien. En los buenos días, cuando tenía dinero, había comprado allí muchos panes. No cabía duda de que me darían una vela por mi buen nombre. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, me cepillé un poco el traje, quitando los cabellos caídos en mi americana, tan bien como pude hacerlo en la oscuridad. Luego bajé a tientas la escalera.

Al llegar a la calle, se me ocurrió que sería mejor pedir un pan. Estuve indeciso un momento, me paré y medité: «¡De ningún modo!», me contesté, por último, a mí mismo. Desgraciadamente, no estaba en estado de tolerar ningún alimento; volverían las mismas historias, con las visiones, los presentimientos, las ideas insensatas. Mi artículo no quedaría terminado nunca, y se trata de ir a ver al *Comendador* antes de que me haya olvidado nuevamente. «¡Absolutamente imposible!» Me decidí por la vela.

Entré en la tienda.

Junto al mostrador había una mujer comprando; a mi lado, un montón de pequeños paquetes con papeles diferentes. El dependiente, que me conocía y sabía lo que acostumbraba comprar, dejó a la mujer, y sin decir nada, envolvió un pan en un periódico y me lo alargó.

-No..., hoy no; quiero una vela.

Lo dije muy suave y humildemente, para no molestarle y para no estropear la suerte de obtener una vela, al fiado.

Mis palabras le sorprendieron, pues era la primera vez que le pedía otra cosa que pan.

-¡Ah, bien! Entonces, espere un momento -y se puso a despachar a la mujer.

Ésta recogió sus compras, pagó con un billete de cinco coronas, del que le dieron la vuelta y se fue. Hemos quedado solos el dependiente y yo.

Dijo:

-¡Ah, sí! Entonces, es una vela. -Abrió un paquete de velas y sacó una para mí.

Me miro y le miré. Tenía mi petición a flor de labios, pero no llegué a formularla.

-Es verdad -dijo él de repente-; ya me ha pagado usted.

Dijo sencillamente que había pagado, oí cada palabra. Comenzó a sacar monedas de la caja y a contarlas, corona a corona, relucientes, gruesas... y me dio la vuelta de cinco coronas, las cinco coronas de la mujer. -¡Aquí tiene! -dijo.

Permanecí un instante mirando el dinero, tuve la sensación de que había algo que sonaba; no medité, no pensé absolutamente en nada, y me quedé simplemente en éxtasis ante aquella riqueza que se amontonaba y lucía ante mis ojos. Maquinalmente recogí el dinero.

Sigo ante el mostrador, estúpido de asombro, atontado, anonadado; doy un paso hacia la puerta y me detengo. Dirijo mi vista hacia un punto de la pared, donde hay una campanilla con tirador de cuero, y al extremo una borla de cordones. Me quedo con la vista fija en aquel objeto.

El dependiente cree que quiero entablar conversación, ya que no tengo prisa por marcharme, y dice, mientras arregla unas hojas de papel de embalar que hay en el mostrador:

-Parece que llega el invierno.

-¡Jem! Sí -contesto-, parece que llega el invierno. Parece que ya estamos en él. Y un poco después agrego: ¡Bah, no es demasiado pronto! Pero, verdaderamente, parece que ya ha llegado. Sin embargo, no es demasiado pronto.

Yo me oída decir estas tonterías, pero cada palabra que hablaba me parecía que provenía de otra persona.

-¿Lo cree usted así? -preguntó el dependiente. Metí la mano en el bolsillo, con el dinero; abrí el picaporte y salí; oí cómo me despedía.

Estaba ya a alguna distancia de la puerta, cuando sentí que ésta se abría con violencia y que me llamaba el dependiente. Me volví sin extrañeza, sin sombra de inquietud; me contenté con recoger el dinero en la mano, dispuesto a devolverlo.

Tome usted, ha dejado olvidada la vela -dijo el dependiente.

-¡Ah! ¡Gracias! ¡Gracias, muchas gracias! -volví a bajar la calle, con la vela en la mano.

Mi primer pensamiento razonable fue para el dinero. Fui junto a un farol y lo reconté, lo sopesé y sonreí. ¡Estaba, pues, magníficamente libre de inquietudes, grandiosa y maravillosamente libre de inquietudes por largo tiempo! Metí la mano con el dinero en el bolsillo, y eché a andar.

Me paré ante un figón de la calle Grande, y deliberé fría y tranquilamente si me arriesgaría a tomar un tentempié, al momento. Oía desde fuera el ruido de los platos y de los cuchillos y el sonido de la carne golpeada; fue una tentación demasiado fuerte para mí, y entré.

-Un bisté -dije.

-¡Un bisté! -gritó la criada junto a un ventanillo.

Me instalé ante una mesita desocupada, muy cerca de la puerta, y esperé. Estaba un poco oscuro el rincón donde me había sentado; me creí bien oculto, y me puse a pensar. De cuando en cuando la criada me miraba con curiosidad.

Había cometido mi primera deshonestidad, mi primer robo, junto al que todo lo anterior no significaba nada; mi primera pequeña... gran caída... ¡Basta! No había que pensar en ello. Por otra parte, tenía completa libertad para arreglar más tarde el asunto con el tendero, cuando encontrara ocasión propicia. No estaba obligado a continuar por el mismo camino; por otra parte, no me había hecho el propósito de vivir más honradamente que todos los demás hombres; no existía ningún contrato...

-¿Cree usted que ventrá pronto el bisté?

-Sí, en seguida. -La criada abre el ventanillo y mira a la cocina.

Pero, ¿y si se descubría el asunto? ¿Si el dependiente comenzaba a sospechar, si reflexionaba en el incidente del pan, en la vuelta de las cinco coronas que había dado a la mujer? No era imposible que sucediera esto, quizá la próxima vez que yo entrara en la tienda. ¡Y qué, Dios mío...! Alcé los hombros con indiferencia.

-¡Aquí tiene usted! -dijo amablemente la criada, poniendo el plato con el bisté en la mesa-. ¿No quiere usted pasar a otra habitación? Está esto muy oscuro. -No, gracias; prefiero seguir aquí -contesté.

Su amabilidad me conmovió; pago el bisté inmediatamente, le di al azar lo que saqué del bolsillo, y le cerré la mano. Al ver que sonreía, dije para embromarla, con las lágrimas en los ojos: «Guarda el resto para comprarte una granja... ¡Que te aproveche!».

Empecé a comer; a medida que comía era más voraz y me tragaba grandes trozos sin masticarlos. Desgarraba la carne como un caníbal.

La muchacha volvió a mi lado.

-¿No quiere usted nada de beber? -dijo, inclinándose un poco hacia mí.

La miré. Hablaba en voz muy baja, casi con timidez y bajando la vista.

-Media botella de cerveza, por ejemplo..., o lo que usted quiera... Soy yo quien... por añadidura... si usted quiere...

-No, muchas gracias -contesté-. Ahora, no. Ya volveré otra vez.

Se retiró y se sentó detrás del mostrador; no veía más que su cabeza. ¡Graciosa muchacha!

Cuando acabé, gané la puerta rápidamente. Ya tenía náuseas. La muchacha se levantó. Temí llegar a la luz y no quería dejarme ver para que no sospechara mi miseria. Me despedí rápidamente, me incliné y salí.

El alimento comenzaba a surtir efecto; me hacía sufrir y seguramente no podría soportarlo por mucho tiempo. Según iba andando, vaciaba mi boca en cada rincón sombrío de la calle, luchaba por contener las náuseas, que aumentaban cada vez más; apretaba los puños y me resistía; golpeaba el suelo con el pie, y volvía a tragar rabiosamente lo que me subía del estó

rnago... ¡Inútil! Terminé por correr hacia la puerta cochera, doblado, cegado por el agua que acudía a mis ojos, y allí me vacié de nuevo.

Esto me desesperó, subí la calle llorando, maldiciendo las potencias crueles que me perseguían de tal suerte; les prometí la pena del infierno y las penas eternas, en castigo de su maldad. Las potencias eran poco caballerosas; verdaderamente, muy poco caballerosas; podría decirse... Fui derecho hacia un hombre que estaba embobado ante un escaparate, y le pregunte apresuradamente qué convenía, según él, dar a un hombre que había ayunado mucho tiempo. Iba en ello su vida -dije-, y no soportaba el bisté.

-He oído decir que es buena la leche, leche hervida -contestó el hombre, sorprendido:- Además, ¿por qué hace esa pregunta?

-¡Gracias! ¡Gracias! -dije-. Puede que la leche hervida no sea mala.

Y me marché.

Entré en el primer café que encontré, y pedí leche hervida. Me la sirvieron y la bebí tan caliente como pude, tragué con glotonería hasta la última gota, pagué y salí. Tomé el camino de mi casa.

Entonces sucedió algo extraño. Ante mi puerta, apoyada en el farol y bajo su luz, había una persona que distinguí a distancia..., era la dama vestida de negro. La misma de las tardes anteriores. No podía engañarme; era la cuarta vez que la veía en el mismo sitio. Estaba completamente inmóvil.

Encuentro aquello tan extraño, que involuntariamente acorto el paso; en aquel momento están claras mi ideas, pero me noto sobreexcitado, mis nervios están irritados por la última comida. Como de costumbre, paso junto a ella, llego a la puerta de mi casa y estoy a punto de entrar. Entonces me paro. Tengo una súbita inspiración. Sin darme cuenta de lo que hago, me vuelvo y me dirijo a la dama, la miro de frente y la saludo:

-¡Buenas noches, señorita! -¡Buenas noches! -contesta.

«¡Perdón! ¿Buscaba a alguien? Ya la había visto otras veces; ¿podía yo ayudarla en algo? De todos modos, le pedía que me perdonase.»

«¡Oh! Ella no sabía exactamente...»

«Al otro lado de la puerta no vivía nadie, excepto tres o cuatro caballos y yo; sólo había una cuadra y un taller de hojalatero. Me inclinaba a creer que estaba equivocada, si buscaba a alguien por allí.»

Entonces ella vuelve su rostro y dice:

-No busco a nadie; estoy aquí, simplemente. «¡Ah, bien! Estaba allí, simplemente; estaba allí todas las tardes, por capricho. Era un poco extraño. Cuanto más pensaba en ello, más me desorientaba la dama. Resolví ser audaz. Hice sonar ligeramente el dinero que había en mi bolsillo, y, descaradamente, la invité a beber un vaso de vino en cualquier parte... como homenaje al invierno que había llegado... No se necesitaba mucho tiempo... ¿Quizá no aceptaba?»

«¡Oh, no, gracias! No era conveniente. No, no podía; pero si era tan amable que la acompañara... El camino de su domicilio estaba bastante oscuro y la molestaba tener que subir sola la calle de Karl Johann a una hora tan avanzada.»

Echamos a andar; ella iba a mi derecha. Me invadió un sentimiento singular, un hermoso sentimiento; la idea de estar en presencia de una muchacha. La miré durante el camino. El perfume de sus cabellos, el calor que emanaba de su cuerpo, el olor femenino que despedía, la dulzura de su aliento cada vez que volvía su rostro hacia mí; todo ello me invadía y penetraba impetuosamente en mis sentidos. Podía entrever un rostro lleno, un poco pálido bajo el velo, y un alto seno que hinchaba el abrigo. La idea de todos aquellos encantos que adivinaba ocultos por el abrigo y el velo, me turbaba, me aturdiría dichosamente sin saber por qué; no pude resistir más; le toqué la mano, toqué su espalda y sonreí estúpidamente. Oí latir mi corazón.

-¡Qué extraña es usted! -dije. -¿Por qué?

«Pues bien; en primer lugar, tenía la costumbre de permanecer de pie todas las tardes ante la puerta de una cuadra sin la menor intención, simplemente porque se le ocurría.»

«¡Bah! Podía tener sus razones para hacerlo. Por otra parte, le gustaba acostarse tarde; siempre le había gustado. ¿Me gustaba a mí acostarme antes de medianoche?»

«¿A mí? Si había en el mundo alguna cosa que detestara, era el acostarme antes de la medianoche...» «¡Pues, bien! Ella se daba aquel paseo las noches que no tenía nada mejor que hacer; vivía en la parte alta de la plaza de San Olaf...»

-¡Ylajali! -grité. -¿Qué dice usted?

-He dicho simplemente: Ylajali..., no es nada. ¡Continúe usted!

«Vivía en la plaza de San Olaf, y llevaba una vida muy solitaria, con su madre. Pero estaba tan sorda, que no podía hablar con ella. ¿Qué tenía de extraño que le gustara salir un poco?»

-¡Oh, nada en absoluto! -contesté.

-¿Entonces? Y en el tono de su voz advertí que sonreía.

-¿No tiene una hermana?

-Sí, una hermana mayor... ¿Cómo lo sabe? Pero se ha marchado a Hamburgo.

-¿Hace poco?

-Unas cinco semanas. ¿Cómo sabe usted que tengo una hermana?

-Realmente no lo sabía, era una simple pregunta. Callamos. Pasó a nuestro lado un hombre que llevaba un par de zapatos bajo el brazo; el resto de la calle, hasta donde podíamos ver, estaba desierto. Allá, hacia el Tívoli, brillaba una larga hilera de bombillas de color. Ya no nevaba. El cielo estaba despejado.

-¡Dios mío! ¿No tiene usted frío sin abrigo? -preguntó de pronto, la dama, mirándome.

¿Tenía que contarle por qué carecía de abrigo? ¿Debía revelar ahora mi situación, espantarla y hacerla huir sin esperar nada más? Era delicioso ir a su lado; que lo ignorara todavía. Mentí al contestar:

-No, en absoluto. Y para cambiar de conversación, pregunté:- ¿Ha visto usted la colección de fieras del Tívoli?

-No -contestó-. ¿Merece verse?

¿Y si se le ocurría ir entonces? ¿Entrar en aquel local tan alumbrado y concurrido? Sería demasiado desastroso. Mi raído traje, mi rostro demacrado, que ni siquiera me había lavado en dos días, la pondrían en precipitada fuga y quizá descubriría que no llevaba chaleco...

Respondí, pues:

-¡Oh, no! No creo que valga la pena.

Y me vinieron a la imaginación algunas felices ideas, de las que hice uso inmediatamente, modestas palabras, resto de mi cerebro agotado.

¿Qué podía esperarse de una pobre colección como aquélla? Además, no me interesaba ver fieras enjauladas. Los animales saben que va uno allí a verlos; sienten los cientos de miradas curiosas y sufren su influencia. A mí déme usted animales que no sepan que se les observa, seres feroces que viven en su cubil, en el que están echados, con sus verdes ojos indolentes, lamiéndose las patas pensativamente. ¿No? «¡Oh! Verdaderamente, tenía razón.»

«Me gustaba el animal en todo su salvajismo original y terrible. El paso silencioso, furtivo en las espesas tinieblas nocturnas, el murmullo y el terror del bosque, los gritos de un pájaro que pasa, el viento, el olor de la sangre, el ruido allá arriba, en el espacio; en una palabra, el alma del reino animal cayendo sobre el animal salvaje...»

Pero tuve miedo de fatigarla y el sentimiento de mi inmensa miseria volvió a mí y me aplastó. ¡Si al menos hubiera estado un poco mejor vestido, habría podido ofrecerme a acompañarla al Tívoli! No comprendía qué gusto podía encontrar esta mujer en que la acompañara por toda la calle de Karl Johann un indigente medio desnudo. ¿En qué pensaba, Dios mío? ¿Tenía yo algún motivo razonable para dejarme llevar a tan largo paseo y torturar por aquel pájaro de seda? ¿No me costaba esto grandes esfuerzos? ¿No me daba cuenta de que el frío de la muerte me penetraba hasta el corazón al más ligero soplo de viento que nos azotaba el rostro? ¿No era ya aquélla la locura que alborotaba en mi cerebro, una locura producida únicamente por las continuas privaciones durante muchos meses? Aquella mujer me impedía incluso

volver a mi casa, tomar un poco más de leche, otra cucharada de leche, que quizá pudiera soportar. ¿Por qué no me volvía la espalda, permitiendo que me fuera al diablo... ?

Estaba desesperado, y mi desesperación me empujó al fin. Le dije:

-Realmente, usted no debía pasear conmigo, señorita; comprometo a usted a los ojos de todo el mundo, sólo por mi traje. Sí, es la pura verdad, lo digo como lo pienso.

Se quedó cortada, me dirigió una rápida mirada y dijo:

-¡Dios mío, también! -y no dijo más. -¿Qué quiere usted decir? -pregunté.

-¡Oh, no, no hablemos de eso! Ya nos queda muy poco camino.

Comenzó a andar un poco más aprisa. Entramos en la calle de la Universidad, desde la que veíamos los faroles de la plaza de San Olaf. Entonces ella acertó el paso de nuevo.

-No quiero ser indiscreto -dije-. Pero ¿no podía usted decirme su nombre antes de separarnos? ¿Y tampoco quiere usted levantarse el velo, aunque sólo sea un instante para que pueda verla? Se lo agradecería mucho.

Una pausa. Esperé.

Ya me ha visto usted -contestó. -¡Ylajali! -dije por segunda vez.

-Me persiguió usted una tarde hasta casa. ¿Estaba ebrio?

Observé que sonreía de nuevo.

-Sí -dije-, desgraciadamente, aquel día estaba borracho.

-¡Qué feo está eso en usted!

Reconocí, contrito, que, en efecto, había hecho mal. Habíamos llegado a la fuente, nos paramos y miramos las numerosas ventanas iluminadas de la casa número 2.

-No debe usted acompañarme más. ¡Gracias por esta noche!

Bajé la cabeza sin osar decir nada. Me descubrí. ¿Me daría la mano?

-¿Por qué no me pide que le acompañe un poco? -dijo con picardía, mirándome a la punta del zapato. -¡Dios mío! -contesté-. ¡Si usted quisiera!

-Sí, pero nada más que un poco. Dimos media vuelta.

Estaba completamente turbado, no sabía a qué santo encomendarme; aquella mujer trastornaba por completo mis ideas. Estaba radiante de alegría. Era ella quien quiso expresamente acompañarme, la idea no había sido mía; era su propio deseo. La miraba, y me iba envalentonando por momentos; me alentaba y me atraía con cada una de sus palabras. Olvidé mi pobreza, mi bajeza, toda mi lamentable existencia; sentí correr mi sangre por las venas, como antes de mi decaimiento, y me decidí tantear el terreno con una estratagema.

-Además, no fue a usted a quien seguía la otra vez -dije-. Fue a su hermana.

-¿Fue a mi hermana? -dijo, en el colmo del asombro.

Se paró, me miró, esperando una respuesta. Lo preguntaba en serio.

-Sí -contesté-. Es decir, era a la más joven de las dos damas que iban delante de mí.

-¡La más joven! ¡Ah! -y rompió a reír a carcajadas, como una niña-. ¡Oh, qué astuto es usted! Ha dicho usted eso sólo para que me levante el velo. He comprendido. Pero se quedará usted con las ganas... como castigo.

Comenzamos a reír y a gastar bromas, hablamos sin descanso, todo el tiempo; yo no sabía lo que decía, estaba radiante de alegría. Ella me contó que me había visto una vez, hacía ya mucho tiempo. Yo estaba con tres camaradas, y había hecho locuras; seguramente también estaba ebrio entonces, estaba casi segura de ello.

-¿Por qué creyó usted eso? -¡Se reía usted tanto!

-Sin duda. Es verdad que en aquel entonces yo reía mucho.

-¿Y ahora, no?
-¡Oh, sí! Ahora también. Es tan agradable vivir... Llegamos a la calle de Karl Johann.

Ella dijo:
-No vayamos más lejos.
Volvimos y subimos por la calle de la Universidad. Al llegar por segunda vez a la fuente, acorté el paso, pues sabía que no me permitiría acompañarla más allá.
-Ahora debe usted marcharse -me dijo, parándose.
-Sí, tendré que hacerlo -contesté.
Pero un instante después dijo que podría acompañarla hasta la puerta.
-¿No tiene inconveniente, verdad? -No -dije.
Pero cuando llegué a la puerta, toda mi miseria se abatió sobre mí. ¿Cómo no perder el valor al verme maltratado por la vida hasta aquel punto? Ante una mujer joven estaba yo, sucio, desgarrado, desfigurado por el hambre, sin lavar, vestido sólo a medias, como para que se me tragara la tierra. Me encogí, me incliné instintivamente y dije:
-¿No podría volver a verla?
No tenía ninguna esperanza de que me lo permitiera; esperaba más bien una repulsa seca que me volviera a mi puesto y me dejara frío.
-Sí -dijo. -¿Cuándo? -No lo sé. Hubo una pausa.
-¿No sería usted tan amable que levantara su velo por un instante, sólo un momento -dije-para que pueda ver a quién he tenido el gusto de hablar? Nada más que un instante. Querría ver la persona con quien he hablado...
Un silencio.
-Puede usted encontrarme aquí, a la puerta, el martes por la noche -dijo-. ¿Le parece bien? -¡Oh, sí! ¿Me lo permite usted?
-A las ocho. -Muy bien.
Pasé la mano por su abrigo y le quité la nieve como pretexto para acariciarla; sentía como una voluptuosidad su presencia.
-Pero no debe usted pensar muy mal de mí -me dijo, sonriendo.
-No...
De pronto, con un movimiento rápido, levantó el velo sobre su frente.
Permanecimos un minuto mirándonos. «¡Ylajali!», exclamé. Se alzó sobre la punta de los pies, rodeó mi cuello con su brazo y me besó en los labios. Sentí palpitar su pecho, que respiraba tumultuosamente.
De repente se arrancó de mis brazos, se despidió a media voz, anhelante, se volvió, y subió la escalinata, sin decir más...
La puerta se cerró...
Al día siguiente continuaba nevando; era una nieve pesada, mezclada con lluvia, en gruesos copos azulados que caían y se convertían en barro. El tiempo estaba húmedo y helado.
Me había despertado un poco tarde, con la cabeza extrañamente turbada por las emociones de la noche, con el corazón embriagado por el agradable encuentro. En mi arrobamiento, había permanecido echado un rato, completamente despierto, imaginando Ylajali a mi lado; abría los brazos, me estrechaba a mí mismo, besaba en el vacío... Por fin me levanté, tomé una taza de leche e inmediatamente un bisté. Ya no tenía hambre, pero mis nervios estaban sobreexcitados de nuevo.

Bajé al mercado de trajes. Se me había ocurrido que podría encontrar un chaleco de ocasión barato, algo que llevar bajo mi americana, no importaba qué. Subí la escalera del mercado y encontré un chaleco que me puse a examinar. Mientras estaba ocupado en esto, pasó por allí un amigo; me hizo un signo con la cabeza y me llamó; dejé el chaleco y fui hacia él. Era ingeniero técnico y se dirigía a su oficina.

Vamos a tomar un vaso de cerveza -dijo-. Pero, vamos pronto, tengo muy poco tiempo... ¿Quién era la dama que acompañabas ayer por la noche?

-¿Y si fuera mi novia? -dijo celoso de su pensamiento.

-¡Ah, caramba! -dijo. -Sí, lo decidimos ayer.

Le había aplastado, creía en mi palabra. Le agobié a mentiras para deshacerme de él. Nos sirvieron la cerveza, la bebimos y partimos.

-¡Hasta la vista...! Escucha -dijo de repente-, te debo algunas coronas y es una vergüenza que no te las haya devuelto después de tanto tiempo. Te las daré mañana.

-Gracias -contesté, sabiendo que nunca me devolvería las coronas.

Desgraciadamente, la cerveza se me subió en seguida a la cabeza. La aventura de la víspera me asediaba y me enloquecía. «¿Acudirá el martes a la cita? ¿Meditará y concebirá sospechas...? ¿Sospechas de qué...?»

De pronto mis ideas se aclararon por completo y empezaron a girar en torno al dinero. Me sentí angustiado, espantado de mí mismo. Se me representó el robo, con todos sus detalles. Vi la tiendecita, el mostrador, mi delgada mano cogiendo el dinero, y me describí los procedimientos de la policía cuando llegara a detenerme. Con hierros en las manos y en los pies; no, en las manos solamente, quizá en una mano nada más; la delegación de policía, el interrogatorio del comisario, el ruido de su pluma arañando el papel, su mirada, su terrible mirada: ¿Estaba bien, señor Tangen? La celda, las eternas tinieblas...

¡Hum! Apreté violentamente los puños para darme valor, apreté el paso y llegué a la plaza del Gran Mercado. Me senté.

¡Basta de niñerías! ¿Cómo demonios podrían probar que había robado? Además, el dependiente de la tienda no querría dar escándalo, aunque un buen día se acordara de cómo había sucedido; tenía suficiente. Nada de ruido, nada de escenas, ¡se lo ruego!

Pero, a pesar de ello, aquel dinero pesaba un poco en mi bolsillo y no me dejaba en paz. Me puse a sondearme a mí mismo y descubrí, claro como el día, que era más dichoso antes, cuando sufría con toda mi honradez. ¡E Ylajali! ¡No la había conducido a la bajeza con mis manos pecadoras! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ylajali!

Me sentía borracho como una cuba, me levanté de un salto y fui derecho hacia la vendedora de pasteles, cerca de la farmacia de El Elefante. Todavía podía salvarme del deshonor, no era tarde aún, lejos de eso; ¡demostraría al mundo entero de lo que yo era capaz! Por el camino preparé el dinero, lo llevaba en la mano, hasta el último óre. Me incliné sobre el puestecillo de la buena mujer como si fuera a comprar algo y le puse todo el dinero en la mano. No dije ni una sola palabra y me marché inmediatamente.

¡Qué placer admirable el de ser de nuevo un hombre honrado! Mis vacíos bolsillos ya no me pesaban, era un goce para mí volver a encontrarme limpio. Bien pensado, aquel dinero me causaba en el fondo muchas inquietudes secretas y con frecuencia me había estremecido al pensar en él. No tenía yo un alma pervertida; mi innata honradez se había vuelto contra la vil acción; perfectamente. A Dios gracias, me había limpiado la conciencia. «¡Imítadme! -dije, lanzando una mirada sobre la plaza que hormigueaba-. ¡Imítadme al menos!» Acababa de proporcionar a una

pobre vieja vendedora de pasteles lo que significaba una bendición; no sabía ella a qué santo agradecerse. Aquella noche, sus pequeños no se acostarían con hambre... Me excitaba con estos pensamientos y pensé que había obrado de un modo admirable. Gracias a Dios, el dinero ya no estaba en mis manos.

Ebrio y enervado, crucé la calle, henchido de orgullo. ¡Poder presentarme puro y honrado ante Ylajali y mirarla cara a cara! En mi embriaguez, no concebía mayor dicha. Ya no tenía dolores; mi cabeza estaba clara y despejada; era como debía ser, una cabeza de luz eterna que resplandecía sobre mis hombros. Me entraron ganas de hacer travesuras, cosas detonantes, de armar ruido y de revolver la ciudad. Al pasar por toda la calle de Graensen me conduje como un loco; los oídos me zumbaban ligeramente y, en mi cerebro, la embriaguez estaba en su apogeo. Entusiasmado de temeridad, se me ocurrió ir hacia un mozo de cuerda que no me había dicho una palabra, decirle mi edad, cogerle de la mano, dirigirle una penetrante mirada y dejarle en seguida sin ninguna explicación. Distinguía las diversas gradaciones de las voces y las risas de los paseantes. Observé algunos pajarillos que saltaban ante mí en la calzada; me puse a estudiar la expresión del suelo y hallé toda clase de signos y figuras extrañas. Así llegué a la plaza del Parlamento.

Me paré en seco y miré los coches atentamente. Los cocheros se paseaban charlando, los caballos bajaban la cabeza ante el mal tiempo. «¡Vamos!», dije, dándome un codazo. Fui rápidamente hacia el primer coche y monté. «Calle de Ullevaal, número treinta y siete», grité. Y partimos.

Por el camino, el cochero empezó a mirar detrás de sí, de soslayo, hacia el sitio en que yo estaba sentado. ¿Había sospechado algo? Sin duda alguna mi traje miserable había llamado su atención.

-Es una persona a la que necesito ver -dije para prevenirle; y le expliqué que me era absolutamente necesario encontrar a tal persona.

Paramos ante el número 37, salté del coche, subí la escalera corriendo hasta el segundo piso, cogí el cordón de la campanilla y tiré; dentro, la campanilla sonó seis o siete veces de un modo espantoso.

Abrió la criada; observé que llevaba pendientes de oro y botones de tela negra en su traje gris. Me miró con cara de espanto.

Pregunto por Kierulf, Joaquín Kierulf, un comerciante de lanas, pequeño, no hay miedo a equivocarse...

La criada movió la cabeza.

-No vive aquí ningún Kierulf -dijo.

Me miró fijamente y puso la mano en el picaporte, dispuesta a retirarse. No se tomó ningún trabajo para encontrar a mi hombre; la perezosa criatura parecía que podía conocer a la persona por quien yo preguntaba si se tomara el trabajo de meditar un poco. Me enfurecí, le volví la espalda y bajé la escalera corriendo. -¡No es aquí! -grité al cochero.

-¿No es aquí?

-No. Vamos a la calle de los Lutines, número once. Estaba violentamente agitado y el cochero se contagió; creyó firmemente que me iba en ello la vida y arreó sin vacilar. Llevábamos un paso del diablo. -¿Cómo se llama ese señor? -preguntó, volviéndose en su asiento.

-Kierulf; Kierulf, el comerciante de lanas.

Al cochero le parecía también que no había manera de equivocarse. ¿Solía llevar una chaqueta clara? -¿Qué dice? -exclamé-. ¿Una chaqueta clara? ¿Está usted loco? ¿Cree que es una taza de té lo que busco?

La chaqueta clara me trastornaba, echándome a perder la imagen que había formado de mi hombre. -¿Qué nombre ha dicho usted? ¿Kjaerulf? -Seguramente -respondí-. ¿Hay en ello algo extraordinario? El nombre no deshonra a nadie. -¿Tiene cabellos rojos?

A fe mía, sería posible que tuviera los cabellos rojos. Y desde el instante que el cochero lo decía, tuve la seguridad de que tenía razón. Me sentí reconocido hacia el pobre cochero y le dije que había acertado; era exactamente como él decía, sería un verdadero fenómeno, dije, ver al tal hombre sin sus cabellos rojos. -Debe ser el mismo al que he llevado en el coche varias veces -dijo el cochero-; también tenía un garrote de nudos.

Este detalle me hacía ver al tal hombre en realidad y dije:

-Nadie ha visto todavía a ese hombre sin su bastón en la mano. Está usted seguro, completamente seguro. Sí, era seguramente el hombre que él había llevado. Le reconocía...

Y marchamos tan de prisa que el caballo hacía saltar chispas con los cuatro cascos.

A pesar de mi sobreexcitación, no perdí un instante mi presencia de espíritu. Pasamos ante un policía y vi que tenía el número 79. La cifra me hirió cruelmente, se clavó en mi cerebro como una espina; «¡79, exactamente 79, no lo olvidaré!».

Me hundí en el fondo del coche, presa de los más locos caprichos, me encogí bajo la capota para que nadie me viera mover los labios y empecé a hablar conmigo mismo, idiotamente. La locura arraigaba en mi cerebro y la dejaba hacer; tenía al conciencia plena de sufrir influencias de las que no era dueño. Me echaba a reír con una risa silenciosa y apasionada, sin el menor motivo, alegre y ebrio todavía a causa de la cerveza que bebí.

Mi sobreexcitación decrecía poco a poco; cada vez estaba más tranquilo. Sentía frío en mi dedo herido y lo metí en el cuello de mi camisa para calentarlo un poco. Así llegamos a la calle de los Lutines. El cochero paró.

Descendí sin prisa, sin pensar, agotado, con la cabeza pesada. Atravesé la puerta cochera, crucé un patio interior, llegué ante una puerta que abrí; entré y me encontré en un pasillo, una especie de antecámara con dos ventanas. En un rincón había dos maletas, una sobre otra, y en la parte más larga, contra la pared, un viejo sofá de madera blanca, con cubierta. A la derecha, en la habitación contigua, oí voces y gritos de niños; sobre mí, en el primer piso, el ruido de un martilleo en una plancha de hierro. Inmediatamente me di cuenta de aquello al entrar.

Atravesé tranquilamente la habitación y me dirigí a la puerta opuesta sin apresurarme, sin pensar en huir; la abrí y salí a la calle de los Carreteros.

Levanté la vista hacia la casa que acababa de atravesar y leí encima de la puerta: «Posada y hospedería para viajeros».

No se me ocurrió ocultarme, escapar del cochero que me esperaba; llegué a mitad de la calle de los Carreteros sin temor y sin pensar en hacer mal. Kierulf, el comerciante de lanas que tanto tiempo había ocupado mi imaginación, aquel ser en cuya existencia creía y que me era absolutamente necesario encontrar, había huido de mi pensamiento, se había borrado con todas las locas invenciones que venían y se marchaban a su tiempo; no le recordaba más que como una cosa lejana, como una reminiscencia.

Iba decayendo a medida que avanzaba; me sentía pesado y caminaba arrastrando los pies. La nieve continuaba yendo en grandes copos húmedos. Por fin llegué al barrio de Groenland; fui hasta la iglesia y me senté en un banco a descansar. Todos los transeúntes 149 me miraban con asombro. Me abismé en mis pensamientos.

¡En qué triste estado me hallaba, Dios mío! Tan profundamente hastiado y fatigado me sentía de toda mi vida miserable, que, a juicio mío, no valía la pena luchar más para conservarla. La adversidad había tomado la delantera y había sido muy ruda; yo estaba extraordinariamente destrozado, no era más que la sombra de lo que había sido. Mis hombros estaban hundidos, fuera de su sitio, y adquirí la costumbre de andar completamente encorvado para proteger mi pecho lo mejor posible. Examinando mi cuerpo pocos días antes, en mi habitación, lloré por él durante mucho rato. Llevaba la misma camisa desde hacía muchas semanas; estaba tiesa de sudor viejo y me había despellejado el ombligo. Salía de la herida un poco de agüilla sanguinolenta; no era dolorosa, pero me molestaba tenerla en medio del vientre. Carecía de remedio para ella y la herida no se cerraba sola; la lavé, la sequé cuidadosamente y me puse la misma camisa. No podía hacer otra cosa...

Sentado en el banco, pensando en todo esto, me entristecí. Me disgustaba a mí mismo. Hasta mis manos me parecían repugnantes. La deformación impúdica del dorso de mis manos me atormentaba; me sentía brutalmente impresionado a la vista de mis delgados dedos; odiaba todo mi cuerpo flácido, y me horrorizaba llevarlo, sentirlo junto a mí. «¡Si todo esto pudiera terminar ahora! ¡Dios mío, quisiera morir!»

Completamente abatido, sucio y envilecido, me levanté maquinalmente y empecé a andar hacia mi casa. En el camino pasé ante una puerta en la que podía leerse: *Mortajas, en casa de la señorita Andersen, a la derecha de la puerta cochera*. «¡Viejos recuerdos!», dije, pensando en mi antigua habitación del barrio de Hammersborg, en la butaca de báscula, en el «Aviso» del director de Faros y en el pan tierno de Fabián Olsen, el panadero. ¡Ah!, entonces era mucho más feliz que ahora. Escribí una noche un artículo de diez coronas y ahora no podía escribir nada, ya no podía escribir más, notaba mi cabeza hueca cuando lo intentaba. ¡Sí, quería acabar! Y andaba, andaba.

A medida que me acercaba a la tienda de comestibles, aumentaba mi presentimiento de acercarme a un peligro; pero perseveraba en mi proyecto: quería denunciarme a mí mismo. En la puerta encontré una chiquilla que llevaba una taza en la mano, la dejé pasar y cerré la puerta. El tendero y yo estamos frente a frente, solos por segunda vez.

-¡Hola! -dijo-. ¡Qué tiempo tan horrible!

¿Por qué iba con rodeos? ¿Por qué no me sujetaba en seguida? Contesté, enfurecido:

-No vengo para hablar del tiempo.

Le sorprendió mi violencia. En su cerebro de tendero no cabía la idea de que le hubiese robado cinco coronas.

-¿No sabe usted que lo estafé? -dijo impaciente, respirando con trabajo, temblando, dispuesto a emplear la fuerza si se decidía inmediatamente.

Pero el pobre hombre no tiene la menor sospecha. ¡Entre qué gente estúpida estoy obligado a vivir, Dios mío! Le lleno de injurias, le explico ce por be cómo sucedió, le indico dónde estaba yo y dónde estaba él cuando ocurrió el hecho, dónde estaba el dinero, cómo lo había yo cogido y apretado el puño. Lo comprende todo, pero no reacciona. Se vuelve de un lado a otro, presta atención a unos pasos que se oyen en la habitación contigua, me indica con un dedo en los labios que hable más bajo y acaba por decirme:

-¡Eso es innoble por su parte!

-¡Ah! ¡Permítame! -grito, en mi deseo de contradecirle y excitarle. La cosa no era tan vil ni tan baja como él se figuraba, en su calabacín de mancebo. Claro que yo no me guardé el dinero, nunca se me hubiera ocurrido cosa tan fea; no quise aprovecharme de él personalmente, eso repugnaba a mi carácter, radicalmente honrado...

-¿Qué ha hecho, entonces?

-Se lo regalé a una pobre vieja, hasta el último óre, para que lo sepa. Así soy yo. No puedo olvidar por completo a los pobres...

Medita un instante. No está bien convencido de mi honradez. Por fin dice:

-¿No hubiera hecho mejor devolviendo el dinero? -Escuche -contesto desvergonzadamente-, no quería ponerle en un apuro, quería evitarle disgustos. Esta es la gratitud que uno recibe cuando es magnánimo. Vengo a explicarle lo sucedido y veo que no tiene usted más vergüenza que un perro, ni está dispuesto a olvidar el asunto. Bueno, bueno; me lavo las manos. ¡Váyase al diablo! ¡Adiós!

Al salir cierro de golpe la puerta.

Pero cuando llegué a mi cuarto, aquel cedazo por donde calaba la nieve derretida, con las piernas doloridas por las correrías de la jornada, perdí los humos y me volví a sentir agobiado. Lamentando mi ataque al pobre tendero, lloré, me cogí de la garganta para castigar mi villanía y me armé un escándalo. Al pobre le había entrado un miedo mortal de perder su empleo, y por eso no quería decir nada de las cinco coronas que la casa perdía. Me había aprovechado de su temor, le había atormentado con mi discurso en voz alta, hiriéndole con cada una de mis palabras. Su amo estaba quizá en la pieza contigua, y poco faltó para que saliera a ver qué sucedía. ¡Mi infame conducta no tenía perdón de Dios!

Bueno; pero ¿por qué no me detuvieron? Aquello, al menos, hubiera sido una solución. Por decirlo así, yo mismo tendí las manos a las esposas. Lejos de ofrecer resistencia, habría ayudado a ponérmelas. ¡Dios de cielos y tierra! ¡Un día de mi vida por tener un segundo de felicidad! ¡Toda mi vida por un plato de lentejas! ¡Óyeme, aunque sólo sea esta vez...!

Me acosté con las ropas mojadas; tenía la vaga idea de que podría morir esta noche y empleé mis últimas fuerzas en ordenar un poco mi cama para que mi cadáver ofreciera un buen aspecto al día siguiente. Uní las manos y elegí la posición.

De pronto recordé. ¡Ylajali! ¿Cómo pude olvidarla durante tantas horas? Y de nuevo penetró en mi espíritu una luz débil; un ligero rayo de sol que me proporcionó un agradable calor. Luego, el sol aumentó, fue una dulce y suave luz de seda, cuya caricia me adormeció' deliciosamente. Pero el sol era cada vez más fuerte, me abrasaba las sienes, penetraba como un torrente de lava en mi cerebro enflaquecido. Por fin arde en mis ojos una enloquecedora hoguera de rayos, el cielo y la tierra se inflaman, arden hombres y animales, son pasto de las llamas los campos, danzan diablos de fuego; todo es abismo, un desierto, un universo ardiendo, un juicio final humeante...

Al día siguiente, me desperté sudoroso con todo el cuerpo mojado; presa de violenta fiebre. Al pronto, no tuve clara conciencia de lo que me había ocurrido; miré en torno a mí con extrañeza, me sentí completamente transformado, no me reconocí a mí mismo. Tocaba mis brazos y mis piernas, me quedé estupefacto al ver la ventana en aquella pared y no en la otra; oí el piafar de los caballos en el patio como si procediera de arriba. Realmente, estaba enfermo.

Mis cabellos, mojados y fríos, me caían por la frente; me levanté, apoyándome en un codo y miré la almohada; también en ella había muchos cabellos mojados. Durante la noche, se me

habían hinchado los pies dentro de los zapatos, pero no me dolían; sólo no podía mover los dedos.

Como decaía el día y empezaba a menguar la claridad, me levanté y empecé a andar por la habitación. Intenté andar a pasos pequeños, cuidando de guardar el equilibrio separando mis pies lo más posible. No sufría mucho y no lloraba, ni, a pesar de todo, estaba triste; por el contrario, me sentía maravillosamente satisfecho; en aquel momento no se me ocurría que nada pudiera ser distinto de lo que era.

Después salí.

Lo único que me molestaba un poco era, a pesar de mi repugnancia por la comida, el hambre que tenía. Comencé a sentir de nuevo un apetito escandaloso, un 154

profundo y feroz deseo de comer, que aumentaba sin cesar. Me roía implacablemente el estómago, donde se realizaba un trabajo silencioso, extraño. Me parecía llevar en él una veintena de gusanos que volvían la cabeza a un lado y roían un poco, volvían la cabeza al otro lado y roían otro poco, permanecían un instante tranquilos, volvían a su trabajo y se abrían un camino sin ruido y sin prisa, dejando espacios vacíos por donde pasaban...

No estaba enfermo, sino agotado, y comencé a transpirar. Me dirigía al Gran Mercado, a descansar un poco; pero el camino era largo y difícil. Por fin llegué a una esquina de la plaza y de la calle del Mercado. El sudor me corría por los ojos empañando mis gafas, cegándome. Detuve mis pasos para enjuagarme un poco. No sabía a punto fijo dónde me hallaba, ni pensaba en nada; a mi alrededor había un alboroto espantoso.

De pronto, suena un grito a mi lado, una advertencia fría, cortante. Oigo el aviso, adivino su significado; nerviosamente doy un salto de costado, un paso, tan rápido como lo permiten mis flacas piernas. Un monstruo, que no es más que el carro de un panadero, pasa a mi lado, y su rueda roza mi americana; si me hubiera apresurado más, habría salido completamente indemne. Hubiera podido ir más listo, haciendo un poco de esfuerzo; ya no había remedio; sentí dolor en uno de mis pies, como si me rompieran los dedos; por decirlo así, los sentí apretados dentro del zapato.

El panadero detuvo a los caballos con todas sus fuerzas y se volvió en su asiento, preguntando aterrado qué me ha sucedido. ¡Oh! Podía haber sido algo peor... Aquello no era grave..., no creía haberme roto nada... ¡Oh! Por favor.

Me arrastré hasta un banco como pude. El grupo de curiosos que me rodeó, manteniendo la vista fija en mí, me desconcertaba. Realmente, no era un golpe mortal; dentro de todo estuve de suerte, ya que era necesario que ocurriese la desgracia. Lo peor era que mi zapato se había estropeado, tenía la suela completamente arrancada. Levanté el pie, y vi sangre por la hendidura. ¡Bah! Nadie tenía la culpa de aquello; el hombre no se había propuesto agravar mi triste estado; se le veía muy apesadumbrado. Hasta creo que me habría dado uno de los panecillos que llevaba en el carro si se lo hubiera pedido. De seguro me lo hubiera dado con alegría. ¡Que Dios le conceda la dicha en recompensa, adonde quiera que vaya!

Tenía un hambre cruel, y no sabía cómo poner término a mi feroz apetito. Me senté de un lado y luego del otro, en el banco, y apoyé el pecho en las rodillas. Cuando oscureció, me arrastré hacia el Depósito.

Dios sabe cómo llegué hasta allí... y me senté en la esquina de la balaustrada. Arranqué uno de los bolsillos de mi americana, y empecé a masticarlo -sin ninguna idea fija, desde luego- con aspecto sombrío, con la mirada fija ante mí, sin ver; aparte esto, no advertía nada.

De repente se me ocurrió bajar a los puestos del Mercado de la Carne, que estaba cerca, para procurarme un pedazo de carne cruda. Me levanté, salvé la balaustrada, fui hasta el otro extremo del tejado del Mercado y bajé al nivel de los mostradores, grité al pie de la escalera, haciendo un ademán de amenaza, como si hablara con un perro que se quedaba arriba, detrás de mí. Descaradamente me dirigí al primer dependiente que encontré.

Tenga usted la amabilidad de darme un hueso para mi perro -dije-. Nada más que un hueso, aunque esté bien pelado; es sólo para que tenga algo que llevarse a la boca.

Me dio un hueso, un magnífico hueso, al que se adhería algo de carne, y me lo guardé en el bolsillo. Di las gracias al hombre tan calurosamente, que me miró asombrado.

-No hay de qué -me dijo.

-No diga usted eso -balbucí-; es usted muy amable.

Subí. Mi corazón latía con fuerza.

Me metí en el callejón de los Herreros, tan lejos como pude ocultarme, y me detuve ante la puerta carcomida de un patio sin luz. Completa oscuridad reinaba a mi alrededor; empecé a morder la carne del hueso.

No era agradable, despedía un nauseabundo olor de sangre vieja, y me dio vómito en seguida. Hice una nueva tentativa. Si pudiera retener un trocito de carne, produciría su efecto. Probé de nuevo, pero me dieron bascas. Me enfurecí, mordí violentamente la carne, arranqué un pedacito y lo tragué a la fuerza. De nada me sirvió. Tan pronto los pedazos se calentaban en mi estómago, ascendían. Apreté locamente los puños, lloré de desesperación, y mordí como un poseído; tanto lloré, que el hueso se mojó de lágrimas; vomité, juré y mordí cada vez más fuerte; oré como si mi corazón fuera a romperse, y vomité otra vez. En voz alta amenacé a todas las potencias del mundo con las penas del infierno.

Silencio. Ni un ser humano en las cercanías, ni una luz, ni un ruido. Llego al colmo de la sobreexcitación, respiro pesada y ruidosamente, lloro y rechino los dientes cada vez que tengo que devolver los trozos de carne que quizá me hubieran reanimado un poco. No consiguiendo nada, a pesar de todas mis tentativas, arrojo el hueso contra la puerta. Lleno del más impotente odio, transportado de furor, dirijo violentamente al cielo peticiones y amenazas.

Nadie me contesta.

Tiemblo de sobreexcitación y debilidad, sigo allí sin moverme, murmurando aún blasfemias e injurias, sollozando después de mi violenta crisis de lágrimas, destrozado y afónico después de mi loca explosión de furor. Permanecí allí una media hora, sollozando y gruñendo, arrimado a la puerta. Al oír las voces de dos hombres que entraban en el callejón de los Herreros, abandoné la puerta, y deslizándome a lo largo de las casas, salí a las calles alumbradas. Al llegar, arrastrando los pies, al Alto de Young, mi imaginación empezó a trabajar de un modo insensato. Di en pensar que las casuchas de las esquinas del mercado, los cobertizos y los viejos puestos de los ropavejeros son una vergüenza para aquel sitio. Deslucen todo el aspecto del mercado, profanan la ciudad. ¡Abajo todo aquello! Mientras andaba, calculaba lo que costaría transportar allí el Servicio Cartográfico, el bello edificio que me gustaba más cada vez que lo veía. El traslado no costaría menos de setenta o setenta y dos mil coronas, una bonita suma, hay que convenir en ello, una hermosa cantidad, guardada en el bolsillo para comenzar. Movía la cabeza vacía y convenía en que era una bella suma para comenzar, teniéndola en el bolsillo. Todo mi cuerpo seguía temblando, y suspiraba profundamente como un dejo de mi tempestad de lágrimas.

Tenía la sensación de que ya no me quedaba vida, de que, en el fondo, entonaba mi canto del cisne. Pero me era indiferente y no me preocupaba en absoluto; por el contrario, me dirigí a la

parte baja de la ciudad, hacia los muelles, cada vez más lejos de mi casa. Con la misma indiferencia me hubiera tumbado en la calle para dormir. Los sufrimientos me dejaban cada vez más insensible. El dolor del pie herido se propagaba hasta la pantorrilla, pero ni aquello me importaba gran cosa. Había padecido peores sensaciones.

Llegué así hasta el muelle del Ferrocarril. No había ningún tráfico, ningún ruido, y sólo se veía un ser humano, descargador o marinero, que andaba con las manos en los bolsillos. Encontré un cojo, que miró insistentemente y de reojo hacia mi lado, cuando nos cruzamos. Le paré instintivamente, me descubrí y le pregunté si estaba al corriente de la partida de *La Monja*. Luego no pude evitar el producir un chasquido con mis dedos, bajo la misma nariz del hombre, exclamando: «¡Pardiez!».

La Monja. ¡Sí! *La Monja*. La había olvidado por completo. Pero la idea de *La Monja* dormía en el fondo de mi alma, escondiéndose, y yo la llevaba sin saberlo.

«¡Caramba, sí! *La Monja* debía de haberse dado a la vela. »

«¿No podría él decirme el puerto de destino?»

El hombre meditó, apoyado en su pierna más larga y manteniendo en el aire la más corta, que se balanceaba ligeramente.

-No -me dijo-. ¿Sabe usted qué cargamento ha tomado?

-No -contesté.

Pero ya se me había vuelto a olvidar *La Monja*, y pregunté al hombre qué distancia podía haber hasta Holmestrand, calculada en buenas millas geográficas. -¿Hasta Holmestrand? Supongo...

-¿O hasta Vebulngsnaes?

-¿Qué podría decirle? Calculo que hasta Holmestrand...

-¡Oiga! Mientras piensa en ello -interrumpí nuevamente-, ¿no sería usted tan amable que me diera un pequeño chicote de tabaco, nada más que un poquito?

El hombre me dio el tabaco, le di las gracias calurosamente y me fui. No utilicé el tabaco, lo guardé inmediatamente en el bolsillo. El hombre seguía mirándome. Sin duda había despertado su desconfianza de uno u otro modo. Andando o parándome, sentía detrás de mí aquella mirada de sospecha y me disgustaba la persecución de tal individuo. Me volví, me acerqué a él y le dije:

-¡Guarnecedor de calzado!

Sólo estas palabras: «Guarnecedor de calzado». Nada más. Al decírselo le miraba fijamente a los ojos, sentía que le miraba de un modo terrible; era como si le hubiera mirado desde otro mundo. Permanecí un instante inmóvil a su lado y luego me arrastré hasta la plaza del Ferrocarril. El hombre no profirió ni un sonido, se limitó a seguirme con la vista. ¿Guarnecedor de calzado? Me paré de repente. No era esto lo que había querido decirle. Ya conocía al inválido, me lo encontré una hermosa mañana en lo alto de la calle de Graensen, cuando llevaba mi chaleco a empeñar. Me parecía que había pasado una eternidad desde aquel día.

Parado, mientras reflexionaba en todo esto -apoyado en la pared de una casa que hacía esquina a la plaza y a la calle del Puerto-, me estremecí de repente e intenté andar. Como no lo conseguí, miré recto ante mí, con fijeza, completamente avergonzado..., no había manera de escapar..., estaba frente a frente del *Comendador*.

Se me ocurrió una idea descabellada, y hasta di un paso para separarme de la pared, y atraer la atención del *Comendador*. No lo hice para despertar su compasión, sino para burlarme

de mí mismo, para ponerme en la picota; me hubiera dejado caer al suelo en plena calle, rogando al *Comendador* que me pisara, que pateara mi rostro. Ni siquiera le saludé.

Quizá sospechara él que mis asuntos no marchaban del todo bien y acertó un poco el paso; le dije para detenerle

-Debía llevarle a usted un artículo, pero aún no lo he acabado.

-¡Ah! -contestó con interés-. ¿No lo ha terminado usted aún?

-No, no he podido llegar a terminarlo.

De repente, mis ojos se llenan de lágrimas ante la amabilidad del *Comendador*; toso y carraspeo desesperadamente para conservar la serenidad. El *Comendador* sopla con la nariz una vez; se para y me mira. -¿Tiene usted con qué vivir entretanto? -dice. -No -contesto-; no tengo nada. Ni siquiera he comido hoy, pero...

-¡Dios mío! ¡Es imposible que se deje usted morir de hambre, muchacho! -dice al tiempo que mete la mano en su bolsillo.

El sentimiento de la vergüenza se despierta entonces en mí, retrocedo hasta la pared, donde me apoyo; veo al *Comendador* buscando en su cartera, pero no digo nada. Me tiende un billete de diez coronas. No hace ningún alarde, me da sencillamente diez coronas, repitiéndome que no es posible que me deje morir de hambre.

Balbuceo unas objeciones y no cojo el billete inmediatamente. Es una vergüenza para mí... y además es demasiado.

-¡Vaya, tome usted! -me dice mirando su reloj-. Esperaba el tren, y ya está aquí; le oigo llegar.

Cogí el dinero, la alegría me paralizaba y no pude decir una palabra, ni siquiera darle las gracias.

-No vale la pena que se atormente usted por eso -dijo por fin el *Comendador*-, siempre puede escribir algo equivalente a esa cantidad.

Se marchó.

Cuando se alejó un poco recordé que no le había dado las gracias. Intenté alcanzarlo, pero no podía correr tanto, las piernas no me obedecían y estuve a punto de caer de bruces. Se alejaba cada vez más. Renuncié a mi intento, pensé llamarle; pero no me atreví, y cuando por fin me di valor para hacerlo, aunque le llamé una, dos veces, estaba muy lejos y mi voz era muy débil.

Permanecí en la acera siguiéndole con la vista y llorando en silencio. «¡Jamás he visto cosa semejante! -me dije-; me ha dado diez coronas!» Fui a colocarme en el sitio en que él se había parado y remedé sus gestos. Puse el billete ante mis ojos, lo miré por los dos lados y empecé a jurar -erre que erre- que lo había efectivamente recibido; lo que tenía en la mano era un billete de diez coronas.

Un momento después -quizá mucho tiempo, porque ya el silencio empezaba a reinar por todas partes- me encontré, con bastante sorpresa, en la calle de Lutines, ante el número once. Allí había engañado al cochero que me llevó una vez, allí había cruzado una casa sin encontrar a nadie.

Después de dedicar un instante a abstraerme y asombrarme, pasé por la puerta cochera, por segunda vez, y entré en la «Posada hospedería para viajeros». Pedí una cama y me dieron en seguida una habitación. Martes.

Soleado y tranquilo, un día claro y admirable. La nieve se ha derretido; por todas partes hay vida, regocijo, rostros alegres y sonrisas.

Los chorros de agua que lanzan las fuentes caen en arcos dorados por el sol, azulados por el cielo azul...

Hacia el mediodía salí de mi posada de la calle de Lutines, donde seguía viviendo con las diez coronas del *Comendador*, y fui al centro de la población. Estaba del mejor humor, y vagué toda la tarde por las calles más frecuentadas, mirando a la gente. Antes de las siete, di una vuelta por la plaza de San Olaf y miré con disimulo a las ventanas del número dos. ¡Dentro de una hora iba a verla! Durante todo aquel tiempo me invadió una ligera, una deliciosa angustia. ¿Qué iba a suceder? ¿Qué le diría cuando saliera? ¿Buenas tardes, señorita? ¿O sonreiría simplemente? Resolví atenerme a la sonrisa. Desde luego, la saludaría en voz muy baja.

Me retiré, un poco avergonzado de haber ido tan temprano, vagué un momento por la calle de Karl Johann, sin perder de vista el reloj de la Universidad.

A las ocho volví por segunda vez por la calle de la Universidad. Pensé que iba a llegar con unos minutos de retraso y alargué el paso cuanto pude. Tenía el pie muy dolorido, pero, fuera de esto, todo iba bien.

Me detuve cerca de la fuente y respiré; estuve allí algún tiempo mirando a las ventanas del número dos; pero ella no venía. ¡Bah! Podía esperar, no tenía prisa; habría encontrado algún obstáculo. Seguí esperando. ¡Caramba! ¿No habría soñado yo aquella historia? ¿Había tenido con ella mi primer encuentro aquella noche, o tuve fiebre?

Perplejo, empecé a cavilar; pero cada vez estaba más seguro de mi asunto.

-¡Jem! -oí detrás de mí.

Oí también ligeros pasos cercanos; pero no me volví, y seguí con la vista fija en el gran portal de enfrente.

-¡Buenas tardes! -dijeron entonces.

Olvidé sonreír, me descubrí en seguida; tan asombrado estaba de verla llegar por aquel lado.

-¿Hace mucho tiempo que espera usted? -preguntó con la respiración un poco agitada a causa de la marcha.

-No, nada en absoluto, he llegado hace un instante -contesté-. ¿Y qué, si hubiera tenido que esperar más tiempo? Además, pensaba que vendría usted por otro lado.

-He acompañado a mamá a casa de unos amigos. Pasa la tarde fuera de casa.

-¡Ah, sí! -dije.

Habíamos empezado a andar. Un policía, parado en la esquina de la calle, nos miraba.

-Pero ¿adónde vamos? -pregunta ella, parándose. -Donde usted quiera, donde usted prefiera. -¡Uf! ¡Es tan molesto decidir uno mismo!

Pausa.

Entonces dije simplemente, por decir algo:

-En las ventanas de su cuarto no hay luz, según veo.

-No -contestó vivamente-. La criada también se ha marchado. Estoy sola en casa.

Nos paramos a mirar las ventanas de la casa número 2, como si ninguno de los dos las hubiera visto antes.

-Entonces, ¿podemos subir a su casa? -dije-. Estaré todo el tiempo sentado junto a la puerta, si usted quiere...

Pero inmediatamente me puse a temblar de emoción y lamenté amargamente haber sido tan audaz. ¿Y si se ofendiera y se marchara? ¿Si no pudiera volver a verla más? ¡Ah, qué traje tan miserable llevaba yo! Esperaba una respuesta, desesperado.

165

-Nada de eso no se quedará usted cerca de la puerta -dijo.

Subimos.

En el pasillo, que estaba oscuro, me cogió de la mano y me guió. «No tenía necesidad de estar tan callado -dijo-, podía hablar.» Entramos. Mientras ella encendía la luz -no fue una lámpara lo que encendió, sino una vela-, mientras encendía la vela,

dijo con breve risa:

-Pero no conviene que me mire usted. ¡Uf! ¡Me da vergüenza! ¡Pero no lo haré más!

-¿Qué es lo que no volverá a hacer?

-Nunca más... ¡Oh, no! ¡Dios me libre...! No volveré a abrazarle.

-Nunca más -dije, y nos echamos a reír los dos.

Tendí los brazos hacia ella, huyó, se escapó; pasó al otro lado de la mesa. Nos quedamos mirándonos un instante. La vela estaba entre nosotros.

Empezó a quitarse el velo y el sombrero, mientras sus ojos vigilaban mis movimientos para que no la cogiera. Intenté un nuevo ataque, tropecé en la alfombra y caí; mi pie herido se negaba a sostenerme. Me levanté completamente avergonzado.

-¡Dios mío, qué encarnado se ha puesto usted! -dijo ella-. ¿Tan terriblemente torpe es?

-¡Oh, sí! Muy torpe.

La persecución se reanudó. -¿Me parece que cojea usted? -Un poco, ahora muy poco.

-La otra vez, tenía usted un dedo herido; ahora, un pie; es lástima que tenga tantos males.

-Fui atropellado hace unos días.

-¿Atropellado? ¿También ebrio, entonces? ¡Dios mío, qué vida lleva usted, joven!

Me amenazó con el dedo y se puso seria.

-¡Vaya, sentémonos! No, ahí, junto a la puerta; es usted demasiado discreto; aquí; usted ahí y yo aquí, así... ¡Uf! ¡Qué enojosas son las gentes discretas! Tiene una que decirlo y hacerlo todo, no le ayudan a una en nada. Ahora, por ejemplo, podría usted haberlo pensado solo, ¿no es cierto? Y cuando le digo una cosa así, pone usted unos ojos como si no creyera que se lo digo en serio. Pues sí, es verdad, lo he observado varias veces; vaya, ya vuelve a empezar. Pero no intentará hacerme creer que es tan tímido cuando se decide. Estaba usted muy descarado el día de la borrachera que me siguió hasta casa importunándome con sus travesuras. «¡Que se le cae el libro, señorita, que se le cae el libro!» Sí, fue algo feo por su parte.

Yo la miraba como un loco. Mi corazón latía con violencia, la sangre corría, cálida, por mis venas. Qué maravilloso goce el de encontrarme en una habitación acogedora, oír el tic-tac de un reloj y hablar con una joven llena de vida, en lugar de hablar conmigo mismo.

-¿Por qué no dice usted nada?

-¡Ah, qué gentil es usted! -dije-. Estoy prendado de usted, profundamente apasionado. No puedo con ello. Es usted el ser más admirable que... Sus ojos tienen a veces el resplandor; no he visto nunca nada parecido; se diría que son flores, ¿eh? No, no, quizá no sean flores, pero... Estoy locamente enamorado de usted y no puedo hacer nada. ¿Cómo se llama? En serio, tiene usted que decirme cómo se llama...

Y usted, ¿cómo se llama? ¡Dios mío, casi lo había olvidado otra vez! Todo el día de ayer estuve pensando que se lo debía preguntar. Es decir, no *todo el día*, no pensé constantemente en usted todo el día de ayer.

-¿Sabe usted qué nombre le doy yo? La llamo Ylajali. ¿Qué le parece a usted? Tiene un sonido muy suave?

-¿Ylajali? -Sí.

-¿Es un nombre extranjero? -¡Oh, no, no es eso!

-No es feo.

Después de largo coloquio cambiamos nuestros nombres. Se sentó junto a mí en el diván y con el pie retiró la silla. Y empezamos a charlar.

-Hoy se ha afeitado usted -dijo-. En resumidas cuentas, tiene usted mejor aspecto que la última vez; pero solamente un poco mejor; no vaya a figurarse que... No, la última vez estaba usted verdaderamente indecente. Y por añadidura tenía un dedo envuelto en un trapo horrible. Y en este estado quería usted a todo trance entrar conmigo y beber un vaso de vino en cualquier parte. ¡Muchas gracias!

-¿Entonces, se debió a mi miserable aspecto el que no quisiera usted ir conmigo?

-No -contestó bajando los ojos-. No. Dios es testigo de que no fue por eso. Ni siquiera pensé en ello. -Escuche -le dije-. Usted cree, sin duda, que yo pudo vestirme y vivir como quiera. Pero no puedo; soy pobre, muy pobre.

Me miró.

-¿Es usted pobre? -preguntó. -Sí, lo soy.

Hubo una pausa.

-¡Oh, Dios mío! Yo también lo soy -dijo con un movimiento de cabeza lleno de valor.

Cada una de sus palabras me embriagaban, penetraban en mi corazón como gotas de vino, aunque fuera, sin duda, una frívola muchacha de Cristianía, con su jerga habitual, sus pequeñas audacias y su charlatanería. Me maravillaba la costumbre que tenía de poner la cabeza un poco vuelta y de prestar atención cuando yo decía algo. Sentía su aliento en mi rostro.

-Sabe usted que... -dijo-. Pero no tiene usted que enfadarse... Cuando me dormí anoche, coloqué mi brazo para usted... así... como si estuviese acostada allí... Y luego me dormí.

-¿De verdad? ¡Que bonito! Una pausa.

-Pero fue necesario que sucediera a distancia para que usted se atreviera a tal cosa, pues de otro modo... -¿No cree usted que podría hacerlo también... de otro modo?

-No, no lo creo.

-¡ Oh, sí! De mí puede usted esperar todo -dijo; y rápidamente le rodeé el talle con un brazo.

Me molestó que me juzgara tan excesivamente tímido y me engallé, reuní todo mi valor y le cogí una mano. Ella la retiró suavemente y se separó un poco de mí. Fue el golpe de gracia para mi valor. Me avergoncé y volví la vista a la ventana. En mi rincón, tenía un aspecto verdaderamente lastimoso; no podía hacerme ilusiones. Otra cosa hubiera sido de haberla

encontrado cuando todavía tenía aspecto de hombre, en mis días de prosperidad, cuando podía atender a mi subsistencia. Me sentí muy deprimido.

-¡Lo ve usted! -dijo ella-. Se le puede desconcertar con un pequeño fruncimiento de cejas, desconcertarle con sólo separarse un poco de usted.

Sonrió con picardía, con los ojos cerrados, como si también ella quisiera evitar que la mirase.

-¡ Oh, eso es demasiado fuerte! -exclamé-. Ya verá usted.

Violentemente rodeé su espalda con mi brazo. ¿Había ella perdido el juicio? ¿Me tomaba por un novicio? No podría decir que yo no conocía el asunto. ¿Pero era un demonio aquella mujer? Si no se tratara más que de aquello, entonces...

Permanecía sentada muy tranquila, con los ojos siempre cerrados; no hablábamos ninguno de los dos. La estreché fuertemente contra mí, apreté su cuerpo contra mi pecho, y ella no dijo nada. Oí el latido de nuestros corazones, el suyo y el mío, como un galope de caballos.

La besé.

Ya no sabía lo que hacía; dije alguna tontería que la hizo reír, murmuraba tiernas palabras muy cerca de su boca, le acaricié las mejillas y la abracé muchas, muchas veces. Solté uno o dos botones de su traje, y entreví sus senos, senos blancos y redondos que se transparentaban bajo la camisa como dos delicadas maravillas.

-¿Puedo mirar? -digo, e intento soltar otros botones, trato de agrandar la abertura; pero mi emoción es demasiado fuerte, y no consigo soltar los botones bajos, en donde el traje está más ceñido. Está permitido mirar un poco..., nada más que un poco... Rodea mi cuello con su brazo lenta y cariñosamente; sus rosadas y vibrantes narices lanzan su aliento en mi cara. Con la otra mano, comienza a soltarse los botones uno a uno. Ríe con una risa avergonzada, una risa breve, y me mira varias veces para ver si yo noto que tiene miedo. Desata las cintas, desabrocha su corsé, arrobada, angustiada. Y mis rudas manos juegan con botones y cintas...

Para desviar mi atención de lo que hace, acaricia mi hombro con la mano izquierda y dice:

-¡Cuántos cabellos caídos tiene usted aquí!

-Sí -contesto, intentando llegar a su pecho con mis labios. En aquel instante está echada con los vestidos completamente abiertos. Parece de repente que se avergüenza, como si hubiera ido demasiado lejos; se arregla y se incorpora un poco. Y para ocultar su turbación ante su ropa abierta, habla de los cabellos caídos sobre mis hombros.

-¿A qué se debe que se le caiga el cabello de esta manera?

-No lo sé.

-Bebe usted demasiado, realmente, y puede ser... ¡No lo diré! ¡Debería darle vergüenza! ¡No lo hubiera creído en usted! ¡Tan joven y caérsele ya el pelo...! Ahora, si usted quiere, cuénteme qué vida lleva. ¡Estoy segura de que es horrible! Pero sólo la verdad, ¿oye usted? Nada de evasivas. Además, en su cara veré si intenta ocultarme algo. ¡Empiece usted!

¡Ah, qué lasitud me invadió! ¡Cómo hubiera preferido permanecer tranquilamente mirándola, en lugar de fatigarme y quebrantarme con aquellas tentativas. No servía para nada, estaba convertido en un pingajo. -¡Ea, empiece usted! -dijo.

Aproveché la ocasión y lo conté todo; no conté más que la pura verdad. No recargaba los tintes sombríos, porque no era mi intento despertar su compasión; también le dije que un día me apropié de cinco coronas.

Ella era toda oídos, estaba boquiabierta, pálida, temerosa, con el espanto en sus ojos brillantes. Quise reparar el mal, disipar la triste impresión que había producido, y, por tanto, dije:

-Eso se ha acabado; ya no me sucederán cosas semejantes; ahora estoy salvado.

Pero ella estaba muy abatida. «¡Dios me asista!», exclamó, y calló. Repetía esta frase a cortos intervalos, y volvía al silencio. «¡Dios me asista!»

Me puse a jugar, a hacerle cosquillas, la levanté hasta mi pecho. Había abrochado su traje, y esto me irritó. ¿Por qué se había abrochado? ¿Era más indigno a sus ojos que si me cayera el pelo por llevar una vida desordenada? ¿Tendría mejor opinión de mí si me hubiera pintado como una calavera...? Basta de bromas ¡Sólo se trataba de ir al asunto! ¡Y si no se trataba más que de aquello, yo era su hombre!

Me fue forzoso renovar mis tentativas.

La acosté, la eché sencillamente en el diván. Ella resistió poco y parecía asombrada.

-No, pero... ¿qué quiere usted? -dijo. -¿Qué quiero?

-No..., no, pero... -Sí, pero sí...

-No, ¡oye usted! -gritó. Y agregó estas palabras, que me hirieron -: ¡A fe mía, creo que está usted loco! Involuntariamente me detuve un momento y dije: -¡No lo crea usted!

-Sí. ¡Tiene usted un aire tan insolente! Y el día que usted me siguió... ¿No estaba usted ebrio aquel día? -No. Pero tampoco tenía hambre, acababa precisamente de comer.

-Pues era peor.

-¿Hubiera usted preferido que estuviese ebrio? -Sí... ¡Oh, me da usted miedo! ¡Dios mío, no puede usted dejarme...!

Resistía con una energía singular, demasiado enérgicamente para ser una resistencia de pura timidez. Logré, como por inadvertencia, tirar la vela, que se apagó. Oponía una resistencia desesperada y lanzó un pequeño gemido.

-¡No, eso no, eso no! Si quiere, le permito que me bese el pecho. ¡Sea usted amable!

Me detuve instantáneamente. Tenían sus palabras tal acento de espantosa angustia, que me conmovieron. ¡Pensaba resarcirme dándome permiso para besar sus senos! ¡Qué hermoso era esto, qué hermoso y qué ingenuo! Debía caer de rodillas ante ella.

-¡Pero, querida mía! -dijo, completamente desconcertado-, no comprendo, no entiendo, realmente su juego...

Se levantó y volvió a encender la vela, con las manos temblorosas; yo permanecí sentado en el diván sin intentar nada... ¿Qué iba a ocurrir? En el fondo yo estaba completamente abatido.

Miró a la pared, sobre el reloj, y se sobresaltó.

-¡Ah, la criada va a venir en seguida! -dijo. Fueron las primeras palabras que pronunció. Comprendí la alusión y me levanté. Cogió su abrigo, como si fuera a ponérselo, pero reflexionó, lo dejó y fue hacia la chimenea. Para que esto no pareciera como que me echaba, pregunté:

-¿Era militar su padre? -y al mismo tiempo me preparé para marcharme.

-Sí, era militar. ¿Cómo lo sabe?

-No lo sabía. Es una simple idea que se me ha ocurrido.

-¡Es singular!

-Sí. Hay ciertos instantes en que tengo presentimientos. Quizá haya algo de locura en esto... Levantó los ojos vivamente, pero no contestó. Notaba que mi presencia era una tortura para ella y quise ponerle término. Fui hacia la puerta. ¿No quería abrazarme ahora? ¿Ni darme la mano? Me paré, esperando.

-¿Se marcha usted? -dijo, permaneciendo inmóvil junto a la chimenea.

No contesté. La miré sin hablar, humillado, desconcertado. ¡Todo lo había echado a perder! No parecía importarle que yo estuviese dispuesto a marcharme; y, de repente, la veía por completo perdida para mí. Busqué algo que decirle en despedida, una frase acertada, honda, que la penetrase y pudiera influir en ella un poco. Y contrariamente a mi decisión de ser frío y altivo, empecé sencillamente, agitado, vejado, herido en lo vivo, a hablar de futilidades. No encontraba la frase que quería y hablaba completamente aturdido. Todo fue, una vez más, literatura y facundia.

-¿Por qué no me decía clara y simplemente que debía marcharme? -pregunté-. Sí, ¿por qué no? No tenía por qué enfadarse. En vez de recordarme que la criada iba a volver en seguida, podía haberme dicho simplemente: Ahora es necesario que se vaya usted, porque tengo que ir a buscar a mi madre y no quiero que me acompañe por la calle. ¿No era esto lo que pensaba? Bastaba muy poco para ponerme en la calle; el solo acto de coger su abrigo para dejarlo en seguida, me había convencido. Como le he dicho, tengo presentimientos. Y quizá, en el fondo, no era la locura...

-¡Dios mío, perdóneme esa palabra! Se me ha escapado -gritó, pero continuó inmóvil, sin venir hacia mí.

Fui inflexible y proseguí. Continuaba charlando con el penoso sentimiento de que la enojaba, de que ni una sola de mis palabras le importaba, y a pesar de todo, seguía hablando. En el fondo, podía tenerse un alma delicada sin estar loco. Quería decir que había naturalezas que se alimentaban de bagetalas y morían por una palabra demasiado dura. Le di a entender que yo era una de esas naturalezas. El hecho era que mi pobreza había agudizado en mí ciertas facultades, hasta el punto de producirme serios disgustos, sí, lo aseguro, serios disgustos. Pero aquello también tenía sus ventajas, me servía de auxilio en ciertos momentos. El inteligente pobre es un observador mucho más fino que el rico inteligente. El pobre mira a su alrededor a cada paso que da, espía suspicazmente cada palabra que oye a las gentes que encuentra; a cada paso que da él mismo impone a sus pensamientos y sus sentimientos un deber, una norma. Tiene el oído fino, es impresionable, es un hombre experimentado, su alma tiene quemaduras...

Y hablé largamente de las quemaduras que tiene mi alma. Pero cuanto más hablaba, más quieta estaba ella, hasta que por fin dijo «¡Dios mío!» varias veces, con desesperación, retorciéndose las manos. Yo veía que la torturaba, y no quería torturarla; pero lo hacía a pesar mío. Por último, creí haberle dicho a grandes trazos lo esencial de lo que tenía que decirle, me conmovió su mirada desesperada y grité:

-¡Ahora me voy! ¿No ve usted que ya tengo la mano en la cerradura? ¡Adiós, adiós! -dije-. Podía usted contestarme cuando me he despedido dos veces, y estoy dispuesto a irme. Ni siquiera le pido otra entrevista, para no atormentarla más. Pero, dígame: ¿por qué no haberme dejado tranquilo? ¿Qué le hice yo? Yo no entorpecía su camino, ¿no es verdad? ¿Y por qué se aparta de repente de mí, como si no me conociera en absoluto? Me arranca usted ahora mis últimas ilusiones, me destroza, me hace más miserable de lo que era. Pero, ¡Dios mío!, no estoy loco. Sabe usted muy bien, a poco que piense en ello, que estoy completamente sano de espíritu. ¡Vaya, venga usted a darme la mano! ¿O me permite que yo vaya? ¿Quiere? No le haré nada, sólo pretendo arrodillarme ante usted un instante. ¿Puedo hacerlo? No, no; no lo haré, porque veo que tiene miedo; no lo haré, no lo haré, ¿oye usted? ¡Dios mío!, ¿por qué está tan asustada? Yo permanezco tranquilo, no me muevo. Quería arrodillarme en la alfombra, un minuto nada más, sobre el color rojo, a sus pies. Pero usted ha tenido miedo, he visto el miedo en sus ojos, y me he estado quieto. ¿Acaso he dado un paso al hacerle este ruego? He

permanecido tan inmóvil como ahora, cuando le he indicado el sitio donde hubiera querido arrodillarme ante usted, ahí, sobre la roja rosa de la alfombra. No la he señalado ni siquiera con el dedo, no la señalo, me abstengo de hacerlo para no asustarla, hago un simple movimiento con la cabeza y miro hacia abajo ¡así!, y usted comprende muy bien qué rosa quiero decir; pero usted no quiere dejarme arrodillar ahí. Me teme y no se atreve a acercarse a mí. No comprendo cómo ha tenido el valor de llamarme loco. ¿Verdad que no lo cree usted ya? Una vez, en verano, hace mucho tiempo, estuve loco; trabajaba mucho y olvidaba ir a comer a la hora cuando tenía mucho en qué meditar. Me sucedía eso todos los días; hubiera debido acordarme, pero siempre lo olvidaba. ¡Por el Dios del cielo, que es verdad! ¡Que Dios no me permita salir vivo de aquí si miento! No lo hacía por necesidad, tengo crédito, un gran crédito, en casa de Ingebert y en casa de Gravensen; a menudo tenía también mucho dinero en el bolsillo, y, sin embargo, no compraba comida, porque se me olvidaba. ¿Comprende usted? No dice usted nada, no contesta, no se mueve usted del lado de la chimenea, espera usted ahí a que yo me vaya...

Se acercó apresuradamente hacia mí y me tendió la mano. La miré, lleno de desconfianza. ¿Lo hacía de buen grado o sólo para desembarazarse de mí? Me rodeó el cuello con un brazo, le vi lágrimas en los ojos. Me quedé mirándola. Me ofreció su boca. No podía creerla; sin duda hacía un sacrificio con tal de acabar pronto.

Dijo algo que entendí como esto: «Le amo, a pesar de todo». Lo dijo en voz muy baja y confusamente; quizá no lo entendí bien, tal vez no fueran las mismas palabras; pero me echó al cuello los dos brazos, se levantó sobre las dos puntas de los pies para llegar a buena altura, y quedó así.

Temí que fuese forzada tan viva demostración de cariño, y dije simplemente:

-¡Qué encantadora está usted ahora!

No dije más. Di algunos pasos hacia atrás, abrí la puerta y salí de espaldas. Ella permaneció en la habitación.

CUARTA PARTE

Había llegado el invierno, un invierno húmedo y mísero, casi sin nieve; una noche perpetua, sombría y brumosa, sin el menor golpe de viento fresco en toda una semana. Los faroles estaban encendidos casi todo el día en las calles, y, a pesar de ello, las gentes se tropezaban en la niebla. Todos los ruidos, el sonido de las campanas, los cascabeles de los caballos de alquiler, las voces humanas, el ruido de los cascos sobre el pavimento, sonaban sordamente, como envueltos en la atmósfera espesa. Las semanas se sucedían y el tiempo no cambiaba.

Yo seguía viviendo en el barrio de Vaterland. Estaba cada vez más sólidamente unido a aquella posada, aquel hotel amueblado para viajeros, donde me permitían vivir, a pesar de mi miseria. Mi dinero se había agotado desde hacía tiempo, pero yo continuaba yendo y viniendo por allí, como si tuviera derecho o como si fuera de la casa. La patrona no me decía nada; pero no por eso me atormentaba menos la imposibilidad de pagarle. Así transcurrieron tres semanas. Llevaba varios días de trabajo, sin lograr escribir nada que me satisficiera; a pesar de mi aplicación y de

mis constantes tentativas no acudía la inspiración. Era igual que tratase de desarrollar un tema como otro: la suerte no me sonreía.

Me dedicaba a estas tentativas en un cuarto del primer piso, la mejor habitación para viajeros. Allí permanecía, sin que nadie me molestase, desde el primer día en que tuve dinero para pagar la cuenta. No perdía nunca la esperanza de hacer un artículo sobre cualquier asunto para pagar mi habitación y mis otras deudas; por eso trabajaba con tanta asiduidad. Tenía ya escrito un buen trozo, que prometía mucho. Era una alegoría, un incendio en una librería, un pensamiento profundo que quería desarrollar con todo cuidado para entregarlo, a cuenta, a El Comendador. Ya vería éste cómo había socorrido a un verdadero ingenio; no dudaba de que lo vería; sólo se trataba de esperar que la musa me visitase. ¿Por qué no acudiría a mi invitación desde el primer día? Era la única contrariedad que experimentaba. Mi patrona me daba de comer todos los días, algunas rebanadas de pan con manteca por la mañana y por la tarde, y mi nerviosidad había ido desapareciendo. Ya no me envolvía las manos con trapos para poder escribir, y podía mirar la calle desde mis ventanas del primer piso, sin sentir vértigos. Me sentía mucho mejor por todos los conceptos, y empezaba a sorprenderme no haber terminado aún mi alegoría. No me explicaba la causa de aquello.

Acabé por sospechar un día que el estado de debilidad a que había llegado entorpecía mi cerebro, incapacitándolo para todo trabajo.

Aquel día, mi patrona entró en mi habitación con una factura, rogándome que la comprobase; había de haber algún error en el cálculo -dijo- porque no confrontaba con su libro; pero ella no podía encontrar el error.

Me puse a contar. Mi patrona estaba sentada enfrente, mirándome. Conté los veinte sumandos, primero de arriba abajo, y encontré el total exacto; luego de abajo arriba, y obtuve el mismo resultado. Miré a la mujer que, sentada frente a mí, esperaba mi decisión; en seguida observé que estaba encinta, a pesar de no mirarla con ojos escrutadores.

-La suma está bien -dije.

-Ahora, mire cada cantidad; estoy segura de que no puede ascender a tanto.

Me puse a comprobar cada partida; dos panecillos, a 25; la lámpara de vidrio, 18; jabón, 20; manteca, 32... No era necesario tener un cerebro muy inteligente para recorrer estas columnas de cantidades, esta pequeña factura de tendero que no tenía ninguna dificultad; hice honrados esfuerzos para encontrar el error de que hablaba la mujer, pero no lo hallaba. Después de haber mirado y remirado estas cantidades durante algunos minutos, sentí, ¡ay!, que todo ello empezaba a bailar en mi cabeza; no veía ninguna diferencia entre el debe y el haber, mezclaba todo junto. Por fin me paré bruscamente en el siguiente artículo: 3, 5/16 de queso, a 16. Mi cerebro tuvo una avería, literalmente, y fijé mi mirada estúpida en aquella línea, sin poder apartarla.

-¡Maldita manera de escribir así estas cantidades! -dije, desesperado-. Hay aquí, que Dios me perdone, sólo cinco dieciseisavos de queso. ¡Se ha visto nunca cosa semejante! ¡Mire, vea usted misma!

-Sí -contestó la patrona-, tiene costumbre de escribir así. Es queso de Holanda, ¡Sí, está bien! Cinco dieciseisavos hacen cinco onzas.

-Sí, comprendo -interrumpí, aunque en realidad no comprendía nada en absoluto.

Intenté de nuevo hacer el sencillo cálculo, que algunos meses antes habría hecho en un minuto; sudaba sangre y agua pensando con todas mis fuerzas en aquellas cantidades enigmáticas, y entornaba meditativamente los ojos como si estudiase el asunto con la mayor

antelación. Pero tuve que renunciar a ello. Las cinco onzas de queso habían dado cuenta de mí; era como si se hubiera roto algo en mi frente.

Mas para dar la impresión de que seguía haciendo cálculos, movía los labios y, de cuando en cuando, decía un número en alta voz, bajando cada vez más los ojos sobre la factura como si continuara trabajando y me acercara al final. Por fin dije:

-La he recorrido del principio al fin, y no hay error en ella, por lo que he podido ver.

-¿No hay error? Así, pues, ¿no está equivocada? Comprendí que no me creía. Y de pronto, me pareció que ponía en sus palabras un acento de desprecio, un tonillo indiferente que nunca le había oído antes. Dijo que quizá yo no estaba acostumbrado a contar en dieciseisavos, que tendría que dirigirse a alguien que entendiera de ello, para comprobar bien la factura. Lo dijo, no en tono agresivo para avergonzarme, sino seriamente preocupada. Al llegar a la puerta, y a punto de salir, dijo sin mirarme: -¡Perdóneme que le haya molestado! Salió.

Poco después, la puerta volvió a abrirse, y entró mi patrona; no podía haber ido más allá del corredor. -¡Y ahora que pienso! -me dijo-. No lo tome a mal, pero, ¿no me debe usted algo? ¿No hizo ayer tres semanas que vino? Sí, eso es. Desgraciadamente, ya he de luchar bastante con una familia tan numerosa para que pueda hospedar a nadie a crédito...

La contuve.

Trabajo en un artículo del que ya le hablé -dije-, y en cuanto lo termine, tendrá usted su dinero. Puede estar completamente tranquila.

-Sí, pero no termina usted nunca su artículo... -¿Usted cree? Es posible que la musa me visite mañana, quizá esta misma noche; nada se opone a que sea esta misma noche y entonces mi artículo estará terminado en un cuarto de hora, todo lo más. Comprenda que mi trabajo no es como el de otras personas; no puedo sentarme y producir determinada cantidad al día, he de esperar el momento. Y no hay nadie que pueda decir el día ni la hora en que la musa acudirá; es preciso que la cosa siga su curso.

Mi patrona se retiró. Pero su confianza en mí quedaba muy quebrantada.

En cuanto me quedé solo, me levanté de un salto y me arranqué los cabellos de desesperación. ¡Estaba perdido sin remedio, irremisiblemente perdido! ¡Mi cerebro había hecho bancarrota! ¿Había llegado a tal grado de idiotez que era incapaz de calcular el valor de un pedazo de queso? Por otra parte, ¿era posible que hubiese perdido el juicio cuando podía plantearme estas preguntas? Además, mientras me esforzaba en calcular, ¿no hice la luminosa observación de que mi patrona estaba encinta? No tenía razón alguna para sospecharlo, nadie me lo había dicho y no se me ocurrió la idea por intuición; lo vi con mis propios ojos y lo comprendí inmediatamente; y, por añadidura, en un momento de desesperación, mientras estaba sumido en un cálculo de dieciseisavos. ¿Cómo explicarme esto ?

Me asomé a la ventana que daba a la calle de los Carreteros, donde algunos niños, pobremente vestidos, jugaban arrojándose unos a otros una botella vacía y gritando a voz en cuello. Un carro de mudanzas pasó cerca de ellos, rodando lentamente; sería una familia desahuciada, que cambiaba de domicilio fuera de la época de mudanzas. Tal fue la idea que tuve al momento. El carro iba cargado de camas y somieres, camas apolilladas y cómodas, sillas pintadas de rojo, con tres pies, estereras, hierros viejos, batería de cocina. Una muchacha, casi una niña, muy fea y con la nariz destilante de constipado, iba tendida en todo lo alto de la carga y se agarraba con sus pobres manos amoratadas para no caerse. Se acomodaba sobre un montón de horribles colchones húmedos, en que habían dormido niños, y miraba a los muchachos que se lanzaban la botella vacía...

Observé todo aquello sin que me costara trabajo comprender el significado y mientras estaba en la ventana oía también la voz de la criada de mi patrona, que cantaba en la cocina, contigua a mi cuarto; conocía la canción y presté oído para ver si desafinaba. Y me dijo que un idiota no podía hacer todas aquellas observaciones y que, a Dios gracias, yo era tan razonable como cualquiera.

De pronto vi que dos niños empezaban a reñir en la calle. Conocía a uno de ellos, que era el hijo de mi patrona. Abrí la ventana para oír lo que decían y al momento se reunió una caterva de chiquillos bajo mi ventana. Todos alzaban los ojos, llenos de deseo. ¿Qué esperaban? ¿Quién arrojaba algo? ¿Flores marchitas, huesos, puntas de cigarro, algo bueno que roer o que sirviera de juguete? Dirigían hacia mi ventana sus caras amoratadas por el frío, con los ojos desmesuradamente abiertos. Pero los dos enemigos continuaban injuriándose. Palabras parecidas a grandes monstruos viscosos salían de aquellas bocas infantiles, espantosos apodos, palabras de mujerzuelas, juramentos de marineros que quizá habían aprendido en los muelles. Y los dos estaban tan trabados de insultos, que no vieron a mi patrona que corría hacia ellos para saber la causa de la reyerta.

-Sí -explicó su hijo-. ¡Me ha cogido por la garganta y no he podido respirar durante un gran rato! Y volviéndose hacia el enemigo, que reía aviesamente, se enfureció gritando:- ¡Vete al diablo, pedazo de bruto! ¡Valiente piojoso, que coge a la gente por la garganta! ¡Maldito, voy a...!

Y la madre, aquella mujer embarazada que llenaba con su vientre la estrecha calle, reprendió a su hijo de diez años, cogiéndole del brazo para llevárselo.

-¡Chist! ¡Cierra el pico! ¡También tú tienes la lengua muy larga! ¡Hablas tan groseramente como si te hubieras criado en un burdel! ¡Basta ya; entra en casa!

-¡No quiero!

-¡Ya estás andando!

-¡No me da la gana!

Desde la ventana veía que la cólera de la madre iba en aumento. La desagradable escena acabó por excitarme violentamente y no pudiendo resistir más grité al chico que subiera a mi cuarto un momento. Grité dos veces, sólo para separarlos, para poner fin a la escena; la segunda vez grité tan fuerte que la madre se volvió estupefacta y levantó la vista. Instantáneamente se repuso, me miró descaradamente, con gesto de arrogancia, y se retiró, no sin lanzar a su hijo una frase llena a acrimonia, y en voz muy alta para que yo pudiese oírla:

-¡Uf! ¡Vergüenza debiera darte mostrar ante la gente lo malo que eres!

No perdía el más insignificante pormenor de lo que pasaba. Mi atención se mantenía despierta a todo y mi espíritu iba formando juicio de todo lo que mis ojos recogían. Era, pues, inadmisibile que mi razón estuviera trastornada. ¿Y por qué había de estarlo entonces, precisamente?

« Oye -me dije de pronto-: ya dura demasiado este asunto de tu razón. ¡Basta de preocupaciones y tonterías! ¿Es un síntoma de locura observar y recoger las cosas tan minuciosamente como tú haces? Casi me harías reír, te lo aseguro; porque no deja de tener gracia. En una palabra: a todo el mundo le ocurre al quedarse cortado, por azar, y esto precisamente ante las cuestiones más sencillas. Lo repito, estoy a punto de reírme de ti. En cuanto a la factura del tendero, esos miserables cinco dieciseisavos de queso de pobre -mejor diría queso con clavo y pimienta dentro-, por lo que se refiere a ese ridículo queso, al mejor calculista podría haberle ocurrido lo mismo que a mí. Sólo el olor de ese queso es capaz de acabar con un hombre... Me río yo de todo el queso picante. ¡A mí dadme algo que sea

comestible! ¡Ponedme ante cinco dieciseisavos de buena manteca de vaca! ¡Eso ya es otra cosa!»

Reí nerviosamente de mis propias bufonadas y me parecieron prodigiosamente divertidas. Realmente, nada tenía de trastornado, estaba en mi cabal juicio.

Mientras me paseaba por la habitación hablando conmigo mismo, aumentaba mi alegría y mi risa bulliciosa. Me parecía que un rato de alborozo, un momento de verdadero y claro éxtasis, sin preocupación de ninguna clase, bastaría para poner mi cabeza en estado de trabajar. Me senté a la mesa y empecé a ocuparme de mi trabajo. Y la cosa marchaba bien; mucho mejor que desde hacía tiempo; no adelantaba mucho, pero me parecía que lo poco que hacía era de primera calidad. Escribí durante toda una hora sin sentirme fatigado.

Llegaba precisamente a un punto muy importante de la alegoría «Un incendio en una librería». Me parecía ese punto de tal importancia, que todo lo que llevaba escrito hasta entonces no servía para nada. Quería precisamente dar forma, con una real profundidad, a este pensamiento: que no eran libros que se quemaban, sino cerebros, cerebros de hombres, y quise hacer una verdadera noche de San Bartolomé, con aquellos cerebros en llamas. De pronto se abrió la puerta y entró mi patrona como un vendaval, llegando hasta el centro de la habitación, sin pararse siquiera en el umbral.

Lancé un grito ronco, como si hubiera recibido un golpe...

-¿Qué? -dijo-. Creí que había dicho usted algo. Ha llegado un viajero y necesitamos esta habitación para él. Dormirá usted en la nuestra esta noche... ¡Ah! Allí también habrá una cama para usted.

Y sin esperar mi asentimiento comenzó a reunir mis papeles sobre la mesa, desordenándolos.

Mi alegre humor desapareció como llevado por un golpe de viento. Me levanté en seguida, furioso, desesperado. Dejé que la mujer limpiara la mesa, sin dejar nada; no pronuncié ni una palabra. Ella me puso todos los papeles en las manos.

No podía adoptar otro partido, era preciso abandonar la habitación. ¡Mi precioso instante quedaba roto! En la escalera encontré ya al nuevo ocupante, un joven con dos áncoras azules dibujadas en el dorso de las manos; detrás de él subía un mozo con un baúl a la espalda. El extranjero debía de ser un marino y, por lo tanto, un simple viajero de paso para una noche; no ocuparía mi cuarto mucho tiempo. Quizá al día siguiente, cuando él se marchase, volvería a tener un momento feliz; cinco minutos de inspiración y mi trabajo sobre el incendio quedaría terminado. Había de tomar, pues, aquel contratiempo con paciencia.

Nunca había entrado en el cuarto de la familia, la única habitación donde estaba día y noche el hombre, la mujer, el padre de la mujer y cuatro niños. La criada vivía en la cocina, donde dormía también por la noche. Me acerqué a la puerta bien a disgusto y llamé; nadie me contestó, pero oí hablar al otro lado.

Cuando entré, el hombre guardó silencio y ni siquiera contestó a mi saludo, limitándose a dirigirme una mirada de indiferencia como si no me conociera. Por otra parte, jugaba a las cartas con otro personaje a quien yo había visto en los muelles, un mozo apodado *Vaso de vidrio*. Una criatura parloteaba sola en su lecho, y el anciano, padre de la patrona, estaba sentado, muy encogido, en un diván y apoyaba la cabeza en sus manos como si le doliera el pecho y el vientre. Tenía los cabellos casi blancos y en su posición encogida ofrecía el aspecto de un reptil que espiera un ruido.

-Vengo, desgraciadamente, a pedirle un sitio aquí para pasar la noche -dijo al hombre.

-¿Ha dicho eso mi mujer? -preguntó. -Sí. Hay nuevo huésped en mi habitación.

El hombre no contestó nada, volvió a sus cartas. Aquel hombre permanecía un día y otro jugando a las cartas con cualquiera que entrase en su habitación; jugaba sin interés, nada más que por pasar el tiempo y tener algo entre las manos. No hacía nada y sólo se movía al lento compás de sus miembros perezosos, mientras su mujer subía y bajaba, iba y venía, estaba siempre ojo avizor en todo y se encargaba de atraer clientes. Puesta en relación con descargadores y faquines del muelle, éstos, por una pequeña comisión, a menudo le llevaban algún viajero.

Entraron dos de los hijos, dos niñas delgadas, pecosas, vestidas casi de andrajos, y poco después la patrona. Le pregunté dónde iba a instalarme para pasar la noche. Contestó, secamente, que podía acostarme allí con los demás, o en la antesala sobre el diván, como mejor me pareciese, y mientras me habla ba daba vueltas por la habitación, recogía algo que ponía en orden, y ni siquiera me miró.

Ante aquella respuesta me quedé cortado, me arrinconé junto a la puerta, encogiéndome y hasta fingí estar satisfecho de cambiar mi habitación con otro por una noche. Puse una cara amable, para no irritarla y evitar quizá que me arrojase por completo de la casa. «¡Oh, ya encontraré manera de arreglarme!», le dije. Y me callé.

Ella seguía dando vueltas por la habitación. -Además, le repito que no puedo dar a crédito mesa y lecho -dijo.

-Sí, pero ya sabe usted que sólo se trata de esperar unos días a que mi artículo esté terminado -contesté-, y entonces le regalaré, además, un billete de cinco coronas, con mucho gusto.

Pero la mujer no tenía ninguna fe en mi artículo, bien se veía. Y no podía mostrarme soberbio y dejar la casa por una pequeña mortificación; demasiado sabía lo que me esperaba, una vez puesto en la calle. Pasaron varios días.

Seguí viviendo abajo, con la familia, porque hacía mucho frío en la antesala, desprovista de estufa; allí dormía también por la noche, en el suelo. El marino extranjero siguió habitando mi cuarto, sin intención aparente de marcharse pronto. Al mediodía entró la patrona diciendo que le había pagado un mes anticipado. Había de examinarse para capitán antes de embarcarse, y por eso vino a la ciudad. Comprendí que mi habitación estaba perdida para mí.

Salí a la antecámara y me senté. De poder escribir algo, había de ser precisamente allí, en la cama. La alegoría ya no me preocupaba; tenía otra idea, un plan de primer orden; quería escribir un drama en un acto, *El signo de la Cruz*, asunto de la Edad Media. Ya llevaba estudiado cuidadosamente cuanto se refería al personaje principal, una abominable cortesana fanática que había pecado en el Templo, no por debilidad o sensualidad, sino por odio al cielo; había pecado al pie del altar, con el paño del altar bajo la cabeza, sólo por desprecio al cielo.

Pasé muchas horas atormentado por la idea de esta figura central hasta que la concebí claramente, como si la viera en carne y hueso, tal como yo quería presentarla. Sería de cuerpo defectuoso y repugnante; alta, sus largas piernas se verían a través de sus ropas a cada paso. Tendría también grandes orejas, muy separadas. En una palabra, no sería nada agradable a la vista, apenas se la podría soportar con la mirada. Lo que más me interesaba en ella era su extraordinaria impudicia, y el paroxismo insensato del pecado premeditado. Realmente me preocupaba en demasía; mi cerebro estaba como henchido de tan extraña y monstruosa criatura. Durante dos largas horas trabajé en mi drama escribiendo sin descanso.

Después de haber escrito una decena de páginas con gran trabajo, a veces con largos intervalos en los que llenaba inútilmente cuartillas que me veía obligado a romper, me sentí

fatigado, rígido de frío y de lasitud; me levanté y salí a la calle. La última media hora me habían perturbado mucho los gritos de los niños en la habitación de la familia; de modo que tampoco hubiera podido escribir más. Di un largo paseo por el otro lado del camino de Drammen y estuve fuera hasta la noche, andando y pensando en la manera de continuar mi drama. Aquel día, antes de volver a casa, me ocurrió lo siguiente:

Estaba parado ante una zapatería en la parte baja de la calle de Karl Johann, casi junto a la plaza del Ferrocarril. ¡Dios sabe por qué me había parado ante aquella zapatería! Miré a través del escaparate sin pensar ni un momento que yo necesitaba calzado; mi pensamiento corría bien lejos, por otras regiones del mundo. Mucha gente pasaba detrás de mí hablando, y no oía nada de lo que decían. De pronto, una voz saludó en voz muy alta.

-¡Buenas tardes!

Era la Señorita, y el saludo se dirigía a mí. -¡Buenas tardes! -contesté distraídamente. Tuve que mirar un instante a la Señorita antes de reconocerle. -¿Qué hay? ¿Cómo va eso? -me preguntó -¡Oh, no muy mal...! Como de costumbre. -Escuche -me dijo-. ¿Sigue de tenedor de libros en casa de Christie?

-¿Christie?

-Creí que había dicho una vez que era tenedor de libros en casa de Christie, el comerciante.

-¡Ah, sí! Pero aquello se acabó. Es imposible trabajar con ese hombre. Pronto lo di por terminado. -¿Y por qué?

-¡Ah! Un día hice una falsa escritura, y entonces... -¿Una falsa...?

¿Una falsa...? La Señorita me preguntaba llanamente si había cometido una falsificación. Me lo preguntaba con prisa, lleno de curiosidad. Profundamente herido, le miré sin contestar.

-¡Sí, sí, Dios mío! ¡Esto le puede ocurrir al mejor! -dijo para consolarme.

Me creía un falsificador.

-¿Qué quiere decir «sí, sí, Dios mío, eso le puede ocurrir al mejor?» -pregunté-. ¿Falsificar? Escuche, querido señor, ¿cree usted de verdad que yo puedo cometer semejante infamia? ¿Yo?

-Pero, querido me ha parecido oír claro que decía... Eché la cabeza atrás, me separé de la Señorita y miré a la calle. Mi vista se fijó en un traje rojo que se acercaba a nosotros: una mujer acompañada de un hombre. De no estar hablando en aquel momento con la Señorita, de no haberme ofendido su grosera sospecha y no haber vuelto la cabeza con aire de indignación, aquel traje rojo me hubiera pasado inadvertido. Pero ¿qué me importaba? ¿Qué me importaba, aunque fuese el traje de la señorita Nagel, la dama de honor de la reina?

La Señorita hablaba pretendiendo reparar su yerro; no le escuchaba, abstraído en la contemplación de aquel traje encarnado que se acercaba subiendo por la calle. Me atravesó el pecho una aguda emoción, como una fina picadura y debí de murmurar con el pensamiento, porque lo hice sin mover los labios:

-¡Ylajali!

La Señorita se volvió entonces, descubrió a la pareja y la saludó con la vista. Yo no saludé. Es posible que saludara. El traje encarnado siguió subiendo por la calle de Karl Johann, y desapareció.

-¿Quién es ese que va con ella? -preguntó la Señorita.

-*El Duque*, ¿no le ha visto usted? Le llaman *el Duque*. ¿Conoce usted a la mujer?

-Sí, un poco. ¿Usted no la conoce? -No. -contesté.

-Me pareció que saludaba usted muy atentamente. -¿Eso hice?

-¿No la ha saludado usted, quizá? ¡Es muy singular! Pues ella no ha hecho más que mirarle a usted todo el tiempo.

-¿De qué la conoce usted? -pregunté.

A decir verdad, él no la conocía. La vio una tarde de aquel otoño al salir del Gran Hotel con tres jóvenes alegres. La encontraron paseando sola cerca de la librería de Cammermeyer, y le habían hablado. Al principio no les hizo caso; pero uno de los jóvenes, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le pidió permiso para acompañarla hasta su casa, jurándole que no le tocaría ni un cabello, y que sólo quería acompañarla para convencerse de que llegaba sin obstáculos, pues, de lo contrario, no podría dormir en toda la noche. La seguía, hablándole sin cesar, inventando mentira tras mentira; decía llamarse Waldemar Atterdag y se hizo pasar por fotógrafo. Acabó ella por reír con aquel joven alegre a quien no desconcertaba su frialdad por dejarse acompañar.

-¿Y qué pasó después? -pregunté conteniendo la respiración.

-¿Qué pasó? ¡Oh, nada de suposiciones! Es una dama.

La Señorita y yo quedamos silenciosos un momento.

-¡Caramba! ¡Era *el Duque*! -dijo de pronto, pensativo-. Desde el momento que va con ese hombre, no respondería de ella.

Seguí callado. ¡Sí, bueno, era *el Duque* quien se la adjudicaría! Y después de todo, ¿qué me importaba? Hice una reverencia a ella y a todos sus encantos, ¡una hermosa reverencia! E intenté consolarme pensando de ella lo peor; gozándome en difamarla. Sólo me irritaba el haberme descubierto ante la pareja, si realmente lo hice. ¿Por qué me descubriría ante tales individuos? Ella no me importaba en absoluto, no era nada bonita, se había ajado. ¡Dios mío, cómo se había marchitado! Tal vez me hubiera mirado a mí sólo, nada tendría de sorprendente; tal vez sentía remordimientos. Mas no por eso había de caer yo a sus pies y saludar como un idiota, habiéndose marchitado desde que no la veía. ¡Podría guardársela *el Duque*, buen provecho! Quizá llegara el día en que pudiera pasar orgullosamente ante ella sin mirarla. Tal vez podría hacerlo aunque ella me mirase fijamente y aunque llevara un traje de color rojo de sangre, por añadidura. ¡Todo podía suceder! ¡Sería un triunfo! Tenía tal confianza en mí mismo que era capaz de acabar mi drama aquella misma noche, y antes de ocho días, haría doblar las rodillas a la joven... Con todos sus encantos, sí, con todos sus encantos...

-¡Adiós! -dije secamente.

Pero *la Señorita* me retuvo. Preguntó: -¿Y ahora, qué hace ahora?

-¿Qué hago? Escribo, naturalmente. ¿Qué otra cosa podía hacer? Es de lo que vivo. De momento trabajo en un gran drama: *El signo de la Cruz*, asunto de la Edad Media.

-¡Ah, caramba! -dijo *la Señorita* sinceramente-. Y si lo termina, entonces...

-No me inquieta eso mucho -contesté-. De aquí a unos ocho días, espero que oirá hablar de mí a todo el mundo.

Y me marché.

Al entrar en casa me dirigí inmediatamente a mi patrona y le pedí una lámpara; no pensaba acostarme, el drama bullía en mi cerebro y tenía la firme esperanza de escribir sin parar hasta la aurora. Observando que mi patrona hacía un gesto de desagrado al verme entrar en la habitación, le hablé con toda humildad. «Tenía un drama admirable casi acabado -repuse-; sólo

faltaban algunas escenas.» Le di a entender que bien podría ser representado en uno u otro teatro, antes de que yo mismo lo supiese. Si quisiera hacerme el favor...

Pero la mujer no tenía lámpara. Meditó, pero no recordó que tuviera una lámpara en ninguna parte. Si quería esperar hasta las doce, podría quizá utilizar la de la cocina. ¿Por qué no compraba una vela?

Me callé. Yo no tenía diez óre para comprar una vela, y ella lo sabía perfectamente. ¡Iba a fracasar de nuevo! La criada estaba con nosotros en la habitación y no en la cocina; por lo tanto, la lámpara de allí no estaba encendida. Pensé en ello, pero no dije nada. De repente me preguntó la criada:

-Me había parecido que salía usted del castillo, no hace mucho. ¿Ha estado usted comiendo allí?

Y se rió muy fuertemente de su chanza.

Me senté y saqué mis papeles. Intentaría hacer allí algo, mientras esperaba. Pero no logré escribir ni una línea. Las dos niñas de la patrona entraron y empezaron a hacer diabluras a un gato, un extraño gato enfermo, que apenas tenía pelo; cuando le soplaban en los ojos sacudía la cabeza. El patrón y otras personas jugaban a las cartas en torno de la mesa. Como de costumbre, sólo la mujer hacía algo: cosía.

Bien veía que no se podía escribir nada entre aquel bullicio, pero no me molestó por mí. Y hasta sonrió cuando la criada me preguntó si había comido en el castillo. Toda la casa se me había vuelto hostil. Parecía que la vergüenza de tener que abandonar a otro mi habitación daba derecho a considerarme como un intruso. Hasta la criada, una muchacha de ojos, negros, con el pelo rizado y el pecho completamente liso, se burlaba de mí al darme por la tarde las rebanadas de pan con manteca. Siempre me preguntaba de dónde sacaba el dinero, porque me había visto paseando ante el Gran Hotel con un mondadientes. Estaba al corriente de mi miseria y se complacía en recordármela.

Absorto en mis reflexiones, soy incapaz de hilvanar una idea para mi drama. En vano me esfuerzo. La cabeza comienza a zumbarme extrañamente y acabo por capitular. Guardo los papeles en el bolsillo, y levanto la vista. La criada está sentada frente a mí y la miro, miro su cuerpo estrecho y sus hombros caídos que aún no están completamente desarrollados.

¿Por qué se metía conmigo? ¿Podía perjudicarla en algo si salía del castillo? Pocos días antes se rió de mí descaradamente, porque tuve la desgracia de tropezar en la escalera o de engancharme en un clavo y hacer me un siete en la americana. La víspera recogió los papeles tirados por mí en la antesala, leyó los fragmentos enmendados de mi drama, y me escarneó en presencia de todo el mundo, sólo por el gusto de reírse de mí, que nunca la había importunado ni recordaba haberle pedido nunca un favor. Yo mismo me hacía la cama por la noche, en el suelo de la habitación, para no causarle ninguna molestia. También se burlaba de mí porque se me caía el pelo. Encontraba cabellos míos flotando en el agua de la palangana por las mañanas, y se burlaba. Mis zapatos estaban un poco estropeados, sobre todo el que había sido alcanzado por el carro del panadero, y también era para ella un objeto de mofa. «¡Que Dios bendiga a usted y a sus zapatos! -decía-. Mire cómo se ríen a carcajadas.» Tenía razón; mis zapatos ni siquiera tenían tacones, pero yo no podía comprarme otros por entonces.

Mientras pensaba en esto, asombrado de la perversidad de la criada, las pequeñas se pusieron a incomodar al anciano, que estaba en su lecho; las dos retozaban a su alrededor, regocijadas en su travesura, consistente en hurgarle las orejas con unas pajas. Durante un rato observé el juego sin intervenir. El viejo no movía ni un dedo para defenderse, sólo miraba a sus

perseguidoras con ojos furiosos cada vez que le pinchaban, y movía la cabeza para librarse de las pajitas cuando ya las tenía en las orejas.

Aquel espectáculo me alteraba los nervios. El padre levantó la vista por encima de las cartas, y rió las gracias de las pequeñas, advirtiéndole a sus compañeros lo que sucedía. ¿Por qué no se movía el viejo? Di un paso para acercarme al lecho.

-¡Déjelas tranquilas! ¡Déjelas tranquilas! ¡Está paralítico! -gritó el patrón.

Por temor a ser echado a la calle al acercarse la noche, por simple temor de descontentar al hombre si intervenía en aquella escena, volví en silencio a mi sitio y allí permanecí tranquilo. ¿Por qué iba a arriesgar mi lecho y mi comida metiéndome en querellas de familia? ¡Nada de tonterías por un viejo paralítico! Me sentí duro como las piedras.

Las pequeñas no cesaban en sus travesuras. Las excitaba el que el viejo no quisiera tener la cabeza quieta, y le pinchaban en los ojos y en las narices. Él las contemplaba con una mirada inexpresiva, sin decir palabra, y sin poder mover los brazos. De repente, se incorporó y escupió a una de las chicas en la cara; se levantó nuevamente y escupió a la otra; pero sin alcanzarla. Vi que el patrón tiraba las cartas y de un brinco se ponía junto al lecho, gritando, rojo de ira:

-¡Mucho cuidado con escupir a las chiquillas en los ojos, viejo cerdo!

-¡Pero, por Dios, si ellas no le dejan en paz! -grité fuera de mí.

Temiendo que me echasen no grité demasiado fuerte; por otra parte, tan excitado estaba, que temblaba todo mi cuerpo.

El patrón se volvió contra mí:

-¡Cállese! ¿Qué diablos le importa a usted? Póngase un candado en la boca; es todo lo que le pido y lo mejor que puede usted hacer.

Intervino entonces la mujer y se armó una escandalera.

-¡Dios me perdone, pero creo que todos estáis completamente locos! -gritó-. Si queréis seguir aquí, es preciso que los dos os estéis muy tranquilos, os lo aconsejo. ¿No basta con dar lecho y cebo a la pobreza, sino que, además, ha de armar un barullo de juicio Final, y convertir la casa en un infierno? Esto se ha acabado, ¿lo oís? ¡Chist! Cerrad los hocicos, muchachas, y limpiaos las narices porque si no, lo voy a hacer yo misma. ¡No he visto nunca gente semejante! Así entran aquí directamente de la calle los piojosos que no tienen un óre para comprarse unguento gris, arman ruido durante la noche y se quedan viviendo como si fueran de familia. No me gusta eso, ¿lo oís?, y pueden marcharse los que no están en su casa. ¡Quiero tener tranquilidad en mi casa, ya lo oís!

No dije nada, no abrí la boca; pero me volví a sentar cerca de la puerta y escuché el alboroto. Todos gritaban a la vez, hasta las niñas y la criada, que quería explicar cómo había comenzado la disputa. Con tal de que me esté quieto, esto terminará por apaciguarse; y seguramente no se llegará a medidas extremas, mientras no diga una palabra. ¿Qué podría decir? ¿No estábamos en invierno y se acercaba la noche? ¿Era aquél el momento de golpear la mesa y de irritarse? ¡Sobre todo, nada de tonterías! Y permanecía tranquilo sin abandonar la casa, aunque casi me habían puesto a la puerta. Levanté una mirada indiferente a la pared, donde había un Cristo cromolitografiado, y seguí obstinadamente silencioso, a pesar de lo que decía la patrona.

-Si quiere usted que me marche, señora, no hay por qué molestar tanto -dijo un jugador.

Se levantó. El otro jugador le imitó.

-No, no me refiero a ti. Ni a ti tampoco -les contestó la patrona-. Si es necesario, sabré demostrar lo que quiero decir. Si es preciso, ¡oís! Ya os enseñaré quién es...

Hablaba con frases entrecortadas, lanzando sobre mí sus miradas a cortos intervalos y alargando la cuestión para mejor darme a entender la indirecta.

«¡Silencio! -me dije-. ¡Sobre todo, callar! Aún no me había echado concretamente. ¡Sobre todo, nada de orgullo por mi parte; nada de soberbia a destiempo! ¡No nos desazonemos...! Ese Cristo del cromó tenía una cabellera de un verde singular. Más parecía un poco de hierba, o para expresarme con toda precisión, hierba tupida de una pradera... Era una observación muy exacta por mi parte: hierba de la pradera hermosamente tupida...» En aquel momento cruzó mi mente una serie de fugaces asociaciones de ideas; la hierba verde en un pasaje de la Escritura, donde se dice que toda vida se parece a la hierba que se quema; de allí al juicio Final, donde todo debe abrasarse; luego un pequeño punto descendiendo hacia el terremoto de Lisboa, del cual tuve un recuerdo en una escupidera de cobre español y en un portaplumas de ébano que vi en casa de Ylajali. ¡Ah, sí, todo era efímero! ¡Todo como la hierba que arde! Todo terminaba en cuatro tablas y una mortaja... *casa de la señorita Andersen, a la derecha de la puerta cochera...*

Todo esto se resolvía en mi cabeza en aquel instante desesperado en que mi patrona estaba a punto de echarme a la calle.

-¡No lo entiende! -gritó-. Digo que debe usted marcharse. ¡Ahora ya lo sabe! ¡Creo, Dios mío, que este hombre está loco! ¡Ahora mismo va usted a marcharse! ¡Fuera! ¡Ya hemos hablado bastante!

Yo miraba hacia la puerta, no para marcharme; nada de eso. Se me ocurrió una idea desvergonzada. Si hubiese tenido llave de la puerta la hubiera echado, me habría encerrado con los demás para dispensarme de marchar. Tenía un pavor absolutamente histérico de encontrarme en la calle. Pero la puerta no tenía llave y me levanté. No había ninguna esperanza.

De pronto, la voz de mi patrón se unió a la de la mujer. Me detuve estupefacto. Cosa extraña; aquel hombre, que antes me había amenazado, se ponía ahora de mi parte, diciendo

-No puede echarse a la gente a la calle por la noche, ya lo sabes. Nos exponemos a una multa.

Ignoraba que aquello fuese punible, no lo creía; pero quizá era cierto, porque la mujer mudó de pronto de opinión, se calmó y ya no volvió a hablarme, hasta me dio dos rebanadas de pan para cenar, pero no las acepté, pretextando que ya había comido fuera.

Cuando por fin me fui a la antesala para acostarme, la patrona me siguió, se paró en el umbral y dijo en alta voz, acercándose su vientre grávido:

-Pero ésta es la última noche que duerme usted aquí, téngalo por dicho.

' -Sí, sí -contesté.

Quizá al día siguiente podría encontrar un lecho, si me ocupaba de ello. Entretanto celebraba no verme obligado a pasar fuera aquella noche.

Dormí hasta las cinco o las seis de la mañana. Aún no era de día cuando me desperté, pero me levanté en seguida. Como me acosté completamente vestido a causa del frío, no tenía que ponerme nada. Después de beber un poco de agua y abrir la puerta sin ruido, salí en seguida, ante el temor de un nuevo encuentro con mi patrona.

Un policía que había pasado la noche de guardia era el único viviente que había en la calle; poco después, dos hombres empezaron a apagar los faroles de las inmediaciones. Andando sin rumbo fijo, me encontré en la calle de la Iglesia y tomé el camino que baja hasta la fortaleza. Helado y medio dormido, con las rodillas y la espalda cansada del largo paseo, hambriento, me senté en un banco y dormí largo tiempo. Durante tres semanas había vivido exclusivamente de rebanadas de pan que mi patrona me había dado por la mañana y por la noche; hacía exactamente

veinticuatro horas que no había comido; el hambre comenzaba a arañarme y era preciso encontrar cuanto antes un remedio. Volví a dormirme en el banco pensando en esto...

Me desperté al oír hablar cerca de mí, y después de desperezarme un poco, vi que ya era entrado el día y que todo el mundo estaba en pie. Me levanté y partí. El sol apareció detrás de los montes. El cielo estaba pálido, y en mi alegría por aquella mañana, después de unas semanas tan sombrías, olvidé todos mis padecimientos; pensando que otras veces me había visto en peor situación, me di unos golpecitos en el pecho y canté un trozo de canción. Mi voz sonaba tan mal, tenía un tono tan cascado, que al oírla me asomé yo mismo. Aquel magnífico día, aquél pálido cielo bañado de luz, me impresionaba tanto, que empecé a sollozar muy alto.

-¿Qué le sucede a usted? -me preguntó un hombre.

No contesté, pero me alejé apresuradamente, ocultando mi rostro a todo el mundo.

Llegué a la parte baja de los muelles. Un gran barco de tres palos, con pabellón ruso, descargaba carbón; leí el nombre de Copegoro en el costado. Me distraje un momento mirando lo que ocurría a bordo del buque extranjero. Debía de estar casi descargado, porque la cifra que indicaba los nueve pies aparecía sobre el agua, a pesar de todo el lastre que ya había embarcado; y cuando los cargadores paseaban por el puente con sus pesadas botas, todo el navío sonaba a hueco.

El sol, la luz, la brisa salada del mar, toda aquella vida activa y alegre me revigorizaba y hacía latir mi sangre en las venas. Pensé que podría hacer algunas escenas de mi drama, allí sentado. Saqué mis papeles del bolsillo.

Intenté hacer una argumentación, que ponía en boca de un fraile, un parlamento que debía estar lleno de vigor y de intolerancia; pero no lo conseguí. Entonces salté por encima del monje y quise componer un discurso del juez a la sacrilega; escribí media página del discurso, y me paré. No quería formarse la atmósfera idónea alrededor de mis palabras. La actividad que reinaba en torno mío, los cantos de los marineros, el rechinar de las grúas, los ruidos ininterrumpidos de los tiros de los vagones concordaban muy poco con el ambiente espeso y enmohecido de la Edad Media que debía envolver mi drama como una bruma. Volví a guardar mis papeles y me marché.

A pesar de todo, estaba muy inspirado y veía claro que podría hacer algo inmediatamente, si todo marchase bien. ¡Si tuviera un lugar donde refugiarme! Pensé en ello, me paré en medio de la calle a reflexionar; pero no conocía en toda la ciudad un solo lugar tranquilo donde instalarme un rato. No había más solución que volver a mi cuarto del barrio de Vaterland. Me repugnaba, me decía constantemente que era imposible; pero avanzaba como deslizándome, acercándome sin cesar al lugar prohibido. Realmente, aquello era lastimoso, convenía en ello; era incluso ignominioso; verdaderamente ignominioso; pero no abandonaba la idea. No tenía el menor orgullo, me atrevería a decir, y no era demasiado fuerte afirmar que yo era uno de los seres menos arrogantes que existían en aquel momento. Continué.

Me detuve ante la puerta cochera a deliberar. ¡Bah! ¡Pase lo que pase, había que arriesgarse! En el fondo, ¿de qué se trataba sino de una bagatela? Además, aquello duraría pocos días, y Dios no volvería a permitir que me viese obligado a buscar refugio en aquella casa. Entré en el patio. Todavía estaba indeciso al pisar en sus piedras desiguales, y, cuando llegué a la puerta, estaba dispuesto a volverme. Apreté los dientes. ¡No, nada de soberbias a destiempo! En el peor de los casos, podría excusarme diciendo que venía a decir adiós, a despedirme cortésmente y a llegar a un arreglo acerca de mi pequeña deuda en la casa. Abrí la puerta de la antesala.

Una vez dentro, me detuve y permanecí completamente tranquilo. Precisamente ante mí, a dos pasos de distancia, estaba el patrón en persona, sin sombrero ni chaqueta, mirando por el ojo de la cerradura la habitación de la familia. Hizo un gesto de silencio con la mano para que me estuviera quieto, y de nuevo miró por el ojo de la cerradura. Rió.

-¡Venga! -murmuró.

Me acerqué andando de puntillas.

-¡Mire! -dijo, y rió con risa silenciosa y cálida-. ¡Mire! ¡Ji, ji! ¡Están acostados ahí! ¡Mire al viejo! ¿Ve usted al viejo?

En la cama, precisamente debajo del cromo del Cristo y frente a mí, vi dos siluetas; la patrona y el marino extranjero; las piernas de la mujer ponían una mancha blanca en el colchón hundido. En su cama, junto a la otra pared, su padre, el viejo paralítico, miraba apoyado en sus manos e inclinado hacia adelante, acurrucado como de costumbre, sin poder moverse...

Me volví hacia mi patrón. Hacía grandes esfuerzos para no reír a carcajadas. Se pellizcaba la nariz. -¿Ha visto usted al viejo? -cuchicheó-. ¡Dios mío! ¿Ha visto usted al viejo? ¡Está sentado y mira! Y volvió al ojo de la cerradura.

Fui a la ventana y me senté. Aquel espectáculo desordenó implacablemente todos mis pensamientos y mis sentidos, y ahuyentó mi rica inspiración. ¡Bah! ¡Qué me importaba! Puesto que el propio marido lo aceptaba, ¡qué digo!, encontraba en ello una gran diversión, no había motivo para que yo me ocupara de ello. Por lo que respecta al anciano, un viejo es un viejo. Puede que no lo viera, quizá dormía sentado; sabe Dios si estaría muerto. No me asombraría que estuviese muerto. Y no hice de ello un caso de conciencia.

Una vez más cogí mis papeles y quise apartar toda impresión extraña. Me había parado en una frase del discurso del juez: «Así me lo ordenan Dios y la Ley, así me lo ordena mi propia conciencia...». Miré por la ventana, para reflexionar lo que su conciencia debía ordenarle. Del interior de la habitación llegó hasta mí un pequeño ruido. ¡Bah, eso no me importaba absolutamente nada! Además, el viejo estaba muerto, quizá se habría muerto aquella mañana a las cuatro; aquel ruido me era, pues, del todo indiferente; ¿para qué diablos ocuparme de él? ¡Vaya tranquilidad!

«Así me lo ordena igualmente mi propia conciencia...»

Pero todo se había conjurado contra mí. El hombre no estaba completamente tranquilo ante el ojo de la cerradura; oía de cuando en cuando sus risas ahogadas, y veía moverse todo su cuerpo; también en la calle sucedía algo que me distraía. Un chiquillo estaba sentado en la otra acera, y jugaba solo al sol; sin pensar en nada malo; ataba tiras de papel y no hacía daño a nadie. De repente se levantó jurando; salió a la calzada, andando de espaldas, y vio a un hombre ya maduro, de barba roja, que, acodado a una ventana abierta del primer piso, le escupía en la cabeza. El muchacho lloraba de rabia y lanzaba a la ventana injurias impotentes, mientras el hombre se reía de él; esto duró unos cinco minutos. Me volví para no ver llorar al niño.

«Así me lo ordena igualmente mi propia conciencia, de...»

Me era imposible seguir. Por fin, todo se puso a dar vueltas en mi cabeza; incluso me pareció que todo lo que había escrito no servía para nada y aun era un absurdo peligroso. No podía hablarse de conciencia en la Edad Media; la conciencia había sido inventada por aquel profesor de baile, llamado Shakespeare, y, por consiguiente, todo mi discurso era falso. ¿No había nada bueno en mis cuartillas? Las leí una vez más, y mi duda se desvaneció en seguida; hallé pasajes grandiosos, largos trozos de una gran originalidad. Renació en mi pecho la imperiosa y enervante necesidad de reanudar mi trabajo y acabar mi drama.

Me levanté y fui hacia la puerta, sin hacer caso de las señas furiosas del patrón para que no hiciera ruido. Salí resueltamente de la antesala, subí la escalera hasta el primer piso, y entré en mi antigua habitación. El marino no estaba allí, ¿qué me impedía sentarme un instante? No tocaría sus cosas, ni siquiera utilizaría su mesa; me sentaría en una silla cerca de la puerta, y tan satisfecho. Puse nerviosamente los papeles sobre mis rodillas.

Todo fue admirablemente durante unos minutos. Las frases surgían de mi cerebro una tras otra y escribía sin interrupción. Llené página tras página, como desbocado. Gemí dulcemente en el éxtasis de mi inspiración y casi perdí la conciencia. El único ruido que oía era mi propio gemido de alegría. Se me ocurrió otra idea feliz: la de una campana, que debería sonar en cierto momento de mi drama. Todo marchaba perfectamente.

De pronto oí pasos en la escalera. Temblé y estuve a punto de perder la cabeza, esperando, por decirlo así, el ¡quién vive! Lleno de una vaga angustia, excitado por el hambre, escuché nerviosamente, con el lápiz en la mano, incapaz de escribir una palabra más. Se abrió la puerta y entró la pareja de la habitación de abajo.

Sin darme tiempo de excusarme, la patrona gritó, como caída de las nubes:

-¡Dios me perdone y asista, hele aquí otra vez! -Perdóneme -dije. Quise agregar algo, pero no pude.

-¡Si no sale usted, que Dios me castigue si no voy a buscar a la policía!

Me levanté.

-Sólo quería despedirme -balbucí- y me he visto obligado a esperarla. No he tocado nada, he estado sentado en esta silla.

-¡Oh! No hay nada malo en ello -dijo el marino-. ¿Qué demonios hace? ¡Deje tranquilo a este hombre! Al bajar la escalera, me enfurecí contra la grosera mujer embarazada que pisaba mis talones para hacerme salir rápidamente, y me paré un instante, con la boca llena de las peores injurias que podía decirle. Pero me contuve a tiempo y me callé. Me callé por reconocimiento al extranjero que iba detrás de ella y habría podido oírme. La patrona me seguía y me injuriaba sin cesar, mientras mi cólera crecía a cada paso que daba.

Llegamos al patio, yo muy lentamente, pensando aún si debía agarrar por el cuello a mi patrona. En aquel momento el furor me ofusca por completo y pienso en la efusión de sangre más terrible, en un empujón que podría dejarla muerta en el sitio, en una patada en el vientre. Un mozo se cruza conmigo en la puerta, me saluda y contesto; se dirige a la patrona, que aún me persigue, y oigo que le pregunta por mí; pero no me vuelvo.

A pocos pasos de la puerta me alcanza el mozo, me saluda de nuevo y me para. Me entrega una carta. Violentamente, disgustado, rompo el sobre, y cae un billete de diez coronas; pero ni una carta, ni una palabra.

Miro al mozo y le pregunto:

-¿Qué tonterías son éstas? ¿De quién es esta carta? -No lo sé -contesta-; me la ha dado una señora. Me detengo. El mozo se marcha. Entonces meto el billete en el sobre, hago cuidadosamente una pelota con todo, me vuelvo, veo a la patrona que me mira aún desde la puerta, y le arrojo el billete a la cara. No digo nada, no pronuncio ni una sílaba; observo solamente antes de irme que examina el arrugado papel.

¡Esto sí se puede llamar una conducta digna! No decir nada, no dirigir la palabra a la canalla, sino arrugar tranquilamente un billete y arrojarlo a la cara de los perseguidores. ¡Podía decirles que aquello era conducirse con dignidad! ¡Así se les debía tratar, como animales...!

Había llegado a la esquina de la calle de Lutines y plaza del Ferrocarril, y, de repente, la calle comenzó a dar vueltas ante mí, todo zumbaba en mi cabeza vacía y caí contra la pared de una casa. No podía andar, ni siquiera levantarme; quedé caído contra la pared y sentí que empezaba a perder el conocimiento. Aquel ataque de inanición no hizo más que aumentar mi loca cólera, levanté el pie y golpeé el suelo. Hice nuevos movimientos para concentrar mis fuerzas, apreté los dientes, fruncí las cejas, giré desesperadamente los ojos y todo ello empezó a producir efecto. Mis ideas se aclararon, y comprendí que estaba a punto de sucumbir. Adelanté las manos y me separé de la pared. La calle seguía bailando y girando conmigo. Me puse a hipar de rabia y luché con toda mi alma contra mi angustia. Resistí valientemente para no caer. Veo que hay patatas en un carro, pero rabioso, por tozudez, quiero decir que no son patatas, que son coles. Y juré con insistencia que eran coles. Oía bien mis propias palabras, y, conscientemente, repetía una y otra vez la mentira con juramento, nada más que por tener la satisfacción de cometer un perjurio. Me embriagaba aquel pecado sin igual, extendía mis tres dedos en el aire, y, con los labios temblorosos, juraba en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que eran coles.

Transcurría el tiempo. Me dejé caer en un escalón que había junto a mí, enjugué el sudor de mi frente y de mi cuello, aspiré profundamente, e hice esfuerzos para estar tranquilo. Descendía el sol y la tarde avanzaba. Volví a examinar mi situación. El hambre era intolerable, y dentro de algunas horas sería de noche; se trataba de encontrar una solución, puesto que todavía había tiempo. Mis pensamientos volvieron a girar en torno de la posada de donde había sido arrojado; no quería volver allí, pero no podía evitar el pensar en ella. Pensándolo bien, la mujer había hecho uso de su derecho al echarme. ¿Por qué iba a pretender que alguien me hospedara sin pagar? Por añadidura, ella me había dado de comer de cuando en cuando; la víspera, a pesar de que la había exasperado, me ofreció dos rebanadas, me las ofreció de corazón, porque sabía que las necesitaba. Por tanto, no podía quejarme. Sentado en el escalón, me puse a rogar y a suplicar en mi fuero interno que me perdonara mi modo de obrar. Sobre todo, lamentaba amargamente haber terminado por mostrarme ingrato con ella y haberle arrojado el papel a la cara...

¡Diez coronas! Di un ligero silbido. ¿De dónde procedía la carta que me había llevado el mozo? Sólo entonces me hice la pregunta con lucidez y presentí de golpe el encadenamiento de los hechos. Creí morir de dolor y de vergüenza y murmuré varias veces: «¡Ylajali!», con voz ronca, a la vez que movía la cabeza. ¿No era yo quien, ayer mismo, resolví pasar orgullosamente ante ella cuando la volviera a encontrar y demostrarle la mayor indiferencia? Y ella, en cambio, se apiadaba de mí y se desprendía del óbolo de la caridad. ¡No, no, no! ¡No sabría nunca el fin de mi degradación! Ni frente a ella había podido guardar una actitud honesta. Zozobraba, zozobraba de cualquier lado que me volviera, caía de rodillas, zozobraba hasta morir, me hundía en el deshonor y no podría elevarme nunca. ¿Nunca más? ¡Esto era el colmo! Aceptar la limosna de diez coronas sin poder devolverlas al donante anónimo. Emplearlas para el pago del alquiler, y aun a regañadientes...

¿No podía recuperar las diez coronas de un modo u otro? Volver a casa de la patrona y hacerle devolver el billete no serviría de nada. Por otra parte, encontraría algún otro medio si reflexionase, si me esforzase en buscarlo. No bastaba pensar como de costumbre. ¡Dios mío, era preciso pensar con todo mi mecanismo humano en el medio de encontrar las diez coronas! Y me puse a pensar con todas mis potencias.

Eran alrededor de las cuatro, y si hubiera terminado mi drama, dentro de un par de horas podría encontrar quizá al director del teatro. Saqué mi manuscrito y quise terminar a toda costa las tres o cuatro últimas escenas. Pensaba, sudaba, releía el principio, pero no sacaba nada.

«¡Basta de tonterías! -me dije-. No es ésta la hora de andarse por las ramas.» Me lancé a cuerpo descubierto en mi drama, escribí todo lo que se me ocurrió, sólo para acabar cuanto antes y poder marchar. Hubiera querido persuadirme a mí mismo de que me encontraba en uno de mis grandes momentos, me agobiaba de mentiras, me engañaba manifiestamente y escribía con facilidad, como si no tuviera que buscar las palabras. «¡Esto sí que es bueno! ¡Es un verdadero hallazgo! -murmuraba de cuando en cuando-: No tienes más que escribirlo.»

Al fin, mis últimos párrafos se me hicieron sospechosos: tan fuertemente contrastaban con los de las primeras escenas. Además, no había huellas de la Edad Media en las palabras del fraile. Rompo mi lapicero con los dientes, me levanto de un salto, rasgo mis cuartillas, las rompo en menudos pedazos, tiro mi sombrero, al suelo y lo pateo. «¡Señoras y señores, he perdido, estoy vencido!» No digo más que estas palabras, mientras pateo mi sombrero.

Un policía, parado a unos pasos de distancia, me observa; está en el centro de la calle y no presta atención a nadie más que a mí. Cuando levanto la cabeza se encuentran nuestras miradas. Hacía sin duda un rato que estaba allí observándome. Recojo mi sombrero, me lo pongo y voy derecho hacia él.

-¿Sabe usted qué hora es? -le pregunto.

Duda un momento antes de sacar el reloj, y no me quita la vista de encima.

-Son las cuatro -contesta.

-¡Exactamente! -digo-. Son las cuatro, perfectamente exacto. Veo que conoce usted su oficio, y no le olvidaré.

Dicho esto, me alejo, dejándolo patitieso, siguiéndome con la vista, con la boca abierta y con el reloj en la mano. Cuando llegué ante el Hotel Real, me volví y miré hacia atrás; permanecía en la misma posición y me seguía con la vista.

¡Je, je! ¡Así se debe tratar a los animales! ¡Con la más exquisita insolencia! Esto imponía a los animales, inspiraba espanto a los animales... Estaba muy contento y me puse a cantar un trozo de canción. Tenía los nervios tensos por la excitación, sin sentir ningún dolor, sin experimentar malestar de ninguna clase, y marchaba ligero como una pluma. Crucé todo el mercado, volví hacia el Departamento de Carnes y me senté en un banco, cerca de El Salvador.

De todos modos, ¿no era indiferente que yo devolviese o no un billete de diez coronas? Desde el momento en que lo había recibido, era mío y, a decir verdad, no había miseria en el lugar de donde procedía. Había que aceptarlo, pues, ya que se me había enviado a mí expresamente, no había por qué dejar que se lo guardara el mandadero. Por tanto, no tenía remedio.

Intenté mirar el tráfico del mercado y ocupar mi pensamiento en cosas indiferentes; pero no pude conseguirlo; me acordaba constantemente del billete de diez coronas. Por último, apreté los puños y me enfurecí. «Le dolería que se lo devolviera -dije-; entonces, ¿por qué hacerlo?» Habría de considerarme demasiado original para aceptar unas cosas y rechazar otras; moviendo la cabeza con arrogancia y diciendo: «No, gracias». Ahora veía adónde conducía aquello. Volvía a encontrarme en la calle. Aun ahora, que tenía la mejor ocasión, no conservaba mi buen lecho tibio; me invadía el orgullo, saltaba a la primera palabra, me picaba, pagaba diez coronas a derecha e izquierda y me marchaba... Me regañé severamente por haber dejado mi posada y haberme creado de nuevo un obstáculo.

Además, que el diablo se lo llevara todo. Yo no había pedido el billete de diez coronas, apenas si lo había visto entre mis manos, lo había dado inmediatamente, había pagado a individuos completamente desconocidos a los que nunca volvería a ver. Así era yo, pagaba

hasta el último maravedí cuando era necesario. Conocía bien a Ylajali y sabía que ella no lamentaría haberme enviado ese dinero; entonces, ¿por qué hablar tanto? Lo menos que podía hacer ella era enviarme un billete de diez coronas de cuando en cuando. La pobre muchacha estaba enamorada de mí, quizá enamorada de mí hasta morir... Este pensamiento me envanecía; no había duda, estaba enamorada de mí la pobre muchacha...

Era las cinco. Después de mi larga sobreexcitación nerviosa, decaía, y percibí de nuevo el zumbido en mi cabeza vacía. Miré recto ante mí, con los ojos fijos, hacia la farmacia de El Elefante. El hambre se ensañaba en mí cruelmente, me devoraba. Mientras miraba al vacío, se precisó poco a poco a mis ojos una silueta que acabé por ver distintamente y por reconocer; era la vendedora de pasteles, cerca de la farmacia de El Elefante.

Me sobresalto, me incorporo en el banco y pienso. No, no había error, era la misma mujer, ante la misma mesa, en el mismo lugar. Doy algunos silbidos, castañeteo con los dedos, me levanto del banco y avanzo en dirección de la farmacia. ¡Basta de tonterías! Lo mismo daba que fuera el dinero del dependiente o el dinero del tendero, ¡pero en buena plata noruega de Konigsberg! No quería ser ridículo; se podía muy bien morir de un exceso de orgullo...

Avancé hasta la esquina, me fijé en la buena mujer y me coloqué ante ella. Le sonreí, le hice con la cabeza un saludo militar, y empecé a hablar como si estuviera convencido que yo volvería un día.

-Buenos días. ¿No me reconoce usted, quizá? -No -contestó lentamente, mirándome.

Sonreía otra vez, como si se tratara simplemente de una alegre broma de su parte el no reconocerme, y dije:

-¿No se acuerda usted que le di una vez un montón de coronas? No dije nada en aquella ocasión, si no recuerdo mal; seguramente no dije nada; tengo costumbre de no decir nada. Cuando se trata con gentes honradas, es inútil hacer un convenio y casi un contrato por una fruslería. Sí, soy yo quien le dio aquel dinero.

-¡Ah, ah! ¿Es usted? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo al pensar en ello...

Quise tomar la delantera para evitar que empezara a darme las gracias por aquel dinero. Así pues, le dije vivamente, recorriendo el puesto con la vista y buscando ya las vituallas:

-Sí, vengo a buscar los pasteles. No comprendió.

-Los pasteles -repetí-. Ahora vengo a buscarlos. Aunque sea sólo parte, la primera entrega. No los necesito todos hoy.

-¿Viene usted a buscarlos...? -preguntó.

-Claro que vengo a buscarlos, sí -contesté riendo alto como si aquello le debiera parecer tan claro como el día.

Y cogí de la mesita un pastel, una especie de pan blando que empecé a comer.

Al verlo, la mujer se levantó de su asiento, en ademán de proteger su mercancía, dándome a entender que no esperaba que volviese a despojarla.

-¿De veras que no? -le dije-. ¿De modo que verdaderamente no?

Me parecía graciosísima la buena mujer. ¿Había visto jamás a alguien dar un puñado de coronas a guardar sin que el interesado las hubiera reclamado? ¡No, ya ve usted! ¿Creía ella, quizá, que era dinero robado porque se lo había dado de aquel modo? ¡No, no lo creía, era dichoso, verdaderamente dichoso, verdaderamente dichoso! Era muy gentil ella teniéndome por un hombre honrado. ¡Ah, verdaderamente era muy buena!

Pero entonces, ¿por qué le había dado yo el dinero? La mujer se exasperó y gritó.

Le expliqué por qué se lo había dado; se lo expliqué a media voz, perentoriamente. Yo acostumbraba obrar de aquel modo, porque tenía una gran confianza en las personas. Siempre que alguien me proponía un contrato, una carta de pago, yo movía la cabeza y decía: «¡No, gracias!». Dios me era testigo de que lo hacía así.

Pero la mujer seguía sin comprenderlo.

Tuve que recurrir a otros medios: adopté un tono decisivo y le perdoné sus tonterías.

-¿No le había sucedido nunca que alguien le hubiera pagado adelantado de un modo parecido? -pregunté-. Quería decir, naturalmente, gente que dispusiera de medios, por ejemplo, uno de los cónsules. ¿Nunca? ¡No era yo quien debía molestarse si la práctica la era desconocida! Eran usos y costumbres del extranjero. ¿No había salido nunca de las fronteras del país? ¡No, vaya! Entonces, no sabía nada de aquello... Y cogí de la mesa otros pasteles.

Gruñó furiosamente, rehusó obstinadamente deshacerse de lo que tenía en su puesto, incluso me quitó de la mano un pastel y lo puso en su sitio. Monté verdaderamente en cólera, golpeé en la mesita y la amenacé con la policía.

-Sería indulgente con ella -dije-, si me dejaba coger todo lo que era mío; no arruinaría su puesto, pues era una gran cantidad de dinero la que yo le había entregado. Pero no quería coger tanto; en realidad, no quería más que la mitad de mi crédito. Y por añadidura, no volvería. Dios me librara, ya que ella era de esta clase de gentes.

Por último separó algunos pasteles a un precio exorbitante, cuatro o cinco, que tasó al precio más alto que pudo imaginar, y me rogó que los cogiera y que me marchara. Seguí discutiendo con ella pretendiendo que me robaba por lo menos una corona y que, además, me explotaba con sus precios fabulosos. «¿Sabe usted que estas cosas están castigadas por la ley? -dije-. ¡Quede con Dios, pero podría usted ir a presidio por el resto de su vida, vieja borrica!» Me dio aún otro pastel y me rogó casi rechinando los dientes, que me fuera.

La dejé.

¡Hum! ¡Se había visto nunca una pastelera con menos escrúpulos! Subía al mercado comiendo mis pasteles y hablando en voz alta de la mujer y de su insolencia, repitiendo lo que uno y otro habíamos dicho, y vi que yo había estado muy superior a ella. Me comí los pasteles a la vista de todo el mundo mientras contaba lo ocurrido.

Los pasteles desaparecían uno tras otro. Tenía buenas tragaderas, nada me bastaba, y no llegaba a saciar mi hambre. ¡Valiente miseria, nunca estaba satisfecha! Tenía tanta hambre, que estuve a punto de engullirme el último pastel, que había resuelto guardar para el pequeño de la calle de los Carreteros, a quien el hombre de la barba roja escupía en la cabeza.

Le recordaba constantemente, no podía olvidar la cara que ponía cuando protestaba llorando y jurando. Se había vuelto a mirar a mi ventana para ver si yo también me reía. Dios sabe si le encontraría al llegar allí.

Me apresuraba por llegar cuanto antes a la calle de los Carreteros, pasé por el sitio donde rompí mi drama -aún vi algunos papeles-, evité al agente que poco antes se quedó tan asombrado de mis actos, y por fin me detuve en el borde de la acera donde el muchacho había estado sentado.

Ya se había ido. La calle estaba casi desierta. Empezaba a oscurecer y no pude ver al muchacho; quizá se hubiera ido a su casa. Dejé el pastel con precaución en la puerta, llamé fuerte, y me fui corriendo. «¡Ya lo encontrará! -me dije-. Lo primero que hará al salir será verlo.» Una alegría idiota humedeció mis ojos ante la idea de que el pequeño encontraría el pastel. Volví a bajar a la plaza del Ferrocarril.

Ya no tenía hambre, pero el alimento azucarado que acababa de tomar empezaba a molestarme. En mi cerebro se alborotaban de nuevo las más locas ideas. ¿Y si cortara a escondidas la amarra de uno de estos navíos? ¿Y si de repente empezara a gritar: ¡Fuego!? Seguí avanzando por el muelle, en busca de una caja donde sentarme, crucé las manos y noté que mi cabeza se atontaba cada vez más. Y no me moví, no hice absolutamente nada para resistir.

Estaba con los ojos fijos en el Copegoro, el tres palos con pabellón ruso. Vi un hombre cerca de la batayola. La linterna roja de babor iluminaba la parte alta de su cabeza. Me levanté para hablarle sin ninguna idea preconcebida y sin esperar recibir contestación.

-¿Se da usted a la vela esta tarde, capitán? -Sí, dentro de un instante.

Hablaba sueco. Debía ser finlandés. -¿No necesita usted un hombre?

Por el momento me daba lo mismo obtener o no una repulsa; me era indiferente su respuesta. Aguardaba y le miraba.

-¡Oh, no! -contestó-. En todo caso tendría que ser un novato.

¡Un novato! Sentí un estremecimiento, me quité furtivamente mis gafas y las guardé en mi bolsillo, subí la escala y llegué a la batayola.

Yo no soy del oficio- dije-, pero puedo hacer el trabajo que usted quiera. ¿Qué destino lleva usted? Vamos en lastre a Leeds a tomar carbón para Cádiz.

-¡Está bien! -dije imponiéndome al hombre-. Me es indiferente adónde va. Haré mi trabajo. Permaneció un instante mirándome y reflexionando.

-¿No has navegado nunca? -preguntó.

-No, pero, como le digo, déme un trabajo y lo haré. Estoy acostumbrado a hacer un poco de todo. Meditó de nuevo. Me había hecho ya a la idea de partir, y empezaba a temer que tendría que volver a tierra.

Vaya, ¿qué piensa usted, capitán? De veras; puedo hacer lo que sea. ¿Qué digo? Muy poco hombre sería si me contentara con hacer mi tarea. Puedo hacer más, si es necesario. Me sentará bien esto y puedo soportarlo.

-¡Bah! Podemos ensayar -dijo, sonriendo por mis últimas palabras-. Si la cosa no va bien, siempre podemos separarnos en Inglaterra.

-¡Naturalmente! -contesté con alegría.

Y repetí que podíamos separarnos en Inglaterra si la cosa no iba bien.

Me puse a trabajar...

En el fiordo me incorporé un momento, hundido por la fiebre y por el agotamiento; dirigí una mirada a la tierra y dije «adiós» por entonces a la ciudad; aquella Cristianía en que con toda claridad brillaban las ventanas de todas aquellas viviendas, de todos aquellos hogares.

FIN.

Digitalizado por Róger E. Antón Fabián: rogerantonfabian@yahoo.es